

Notas del mes

Derechos 0 - Beneficencia 1

Por Antonio Madrid Pérez

Cuaderno de depresión: 19

Por Albert Recio Andreu

Financiarización: involución social

Por Antonio Antón

El euro o la vida

Por Andreu Espasa

¿Y si también quebraran los paraísos fiscales?

Por Miguel Ángel Mayo

Hacia un bloque político y social. Algunas insuficiencias

Por Juan Manuel Aragüés Estragués

El proceso de unidad comunista en Cataluña: limando los extremos

Por Ricard Ribera Llorens

Universidad Complutense: relato de un discurso vacío

Por Fabián Estibáñez

Ensayo

Entrevista a Francisco Fernández Buey

Marta Camps Calvet

La Unión Europea en perspectiva

José A. Estévez Araújo

La Biblioteca de Babel

Los satisfechos

Raúl Cortés

En la pantalla

TPB AFK: The Pirate Bay Away From Keyboard

Simon Klose

La desigualdad de riqueza en Estados Unidos

Un corto recortado

El extremista discreto

Pavlov

El Lobo Feroz

De otras fuentes

Chávez y Yeltsin

Rafael Poch

La tiranía de la multitud

Gonzalo Pontón

Entrevista a Josep Fontana⁴

Ernest Alòs

Derechos 0 - Beneficencia 1

Sobre la responsabilidad por la injusticia

Antonio Madrid Pérez

Hace unos días, el cardenal Bergoglio, ya elegido Papa, exclamaba que le gustaría una iglesia católica para los pobres. No es una frase nueva en la tradición católica, ni tampoco en otras tradiciones confesionales, políticas y éticas. Aunque pareciera que este lenguaje había pasado de moda. Las primeras entrevistas a personas que conocían al cardenal argentino hablaban de sus obras de caridad, de sus visitas a los suburbios, de su opción por los pobres... Quienes se han tomado alguna vez en serio esta cuestión político-práctica que son las desigualdades, y, en concreto, las estructuras que generan desigualdades, saben que una cosa son las palabras, o los gestos (por importantes que sean), y otra los fundamentos de estas palabras y las implicaciones que se está dispuesto a aceptar al llevar a la práctica las palabras. Para que se entienda: hay quien ha sido asesinado, torturado, vejado... por comprometerse en lucha contra las causas flagrantes de las desigualdades y de sus consecuencias sobre las personas.

La pregunta importante es qué significa “la opción por los pobres”. Distintas opciones políticas, morales y teológicas coinciden en las palabras, pero no en lo que quieren decir con ellas y en las transformaciones que aceptarían como deseables. No se ha de olvidar que dentro de la tradición católica la teología de la liberación ha tenido como prioridad fundamental la opción por los pobres. Opción compartida en parte por movimientos sociales y políticos que plantean como prioridad poner remedio a las desigualdades económicas. Sin embargo, la teología de la liberación (es decir, sus fundamentos y sus implicaciones prácticas) ha sido intensamente rechazada por buena parte de la jerarquía católica y por los sectores más conservadores. Pero estos sectores conservadores también han rechazado, cuando no perseguido y asesinado, a otra gente que sin saber si se guiaban por teologías, ideales políticos o por pura vergüenza ante la injusticia, denunciaban los abusos y se posicionan contra ellos.

Como decía, la frase “la opción por los pobres” puede significar cosas muy distintas. Para unos, la “opción por los pobres” convertida en campaña publicitaria se asemeja al eslogan “ponga un pobre en su mesa” que Berlanga retrató en *Plácido*. Como recordarán, la película satiriza esta concepción y práctica de la beneficencia: el pobre sería un presente en la mesa de los privilegiados. Como buen pobre, no se le permitiría protestar, enojarse, rebelarse o proponer y buscar estructuras sociales, políticas y económicas más equitativas. En este modelo, el pobre ha de ser un pobre sumisamente

agradecido: un buen pobre.

Para otros, la beneficencia es una opción deseable ya que estimula la generosidad de los particulares. Este modelo está en auge. La destrucción de los sistemas de protección social, el debilitamiento del contenido social de las fuerzas políticas de izquierdas asentadas en las estructuras formales y la expansión de la ideología que se resume en el “que cada palo aguante su vela”, han contribuido al auge de una beneficencia conservadora.

Esta beneficencia se caracteriza por preservar las desigualdades y, por ellos, los privilegios existentes. Es lo contrario a tomarse en serio los contenidos sociales y democráticos del estado y las condiciones de materialización de los mismos. La beneficencia es esencialmente anti-igualitaria, atenta en muchas ocasiones contra la dignidad de la persona que ha sido colocada en situación de pobreza y es perfectamente compatible con estructuras económicas, políticas y jurídicas generadoras de desigualdades.

La “opción por los pobres” puede significar esto: proteger el modelo y sus injusticias, pero buscar paliativos que en las situaciones extremas eviten el desagradable espectáculo de la pobreza de solemnidad. Este modelo suele verse acompañado por la abundancia de exclamaciones del tipo “hay que ver” y se extiende un discurso de los valores que bajo la expresión “faltan valores” omite que los valores se entroncan con las estructuras económicas e ideológicas. Este uso de la noción de los valores no se plantea políticamente que estos tienen una relación simbiótica con las estructuras económicas y materiales que condicionan la vida de la gente.

Cuando se plantea en serio la cuestión de responsabilidad personal y colectiva en relación a las desigualdades, hay que plantear, como señalaba con fuerza Thomas Merton hace ya bastante tiempo (monje trapense fallecido en 1968): “No basta con una ética de las buenas intenciones subjetivas. Esta ética ha sido juzgada y hallada en falta. ¡Tenemos que volver a enfocar la mirada hacia los resultados objetivos de nuestras decisiones!”, (En *Conjeturas de un espectador culpable*, Sal Terrae, 2011).

La responsabilidad personal, en ocasiones pensada y vivida como compromiso, no debería desligarse de la proyección de la acción política colectiva. Desde hace unos años, potentados como Bill Gates y Warren Buffet, dos de las mayores fortunas del mundo, impulsan el proyecto *Giving Pledge*. Con esta iniciativa se pretende que personas y familias multimillonarias destinen una parte de su fortuna a acciones filantrópicas, siendo posible hacer la donación en vida o al morir. Esta iniciativa no dejaría de ser una anécdota si no fuera porque, tal como yo lo veo, abunda en la tendencia señalada: diluir y disimular el carácter político de las estructuras económicas, jurídicas y

sociales que generan pobreza. Ideas como el *Giving Pledge*, ¿van a estar acompañadas por la exigencia a estas personas y familias de rechazar aquellos beneficios que provengan de la explotación de los trabajadores, de la destrucción del medio ambiente, de la vulneración de los estándares de los derechos humanos a nivel internacional, de la comercialización de armamento, de la evasión fiscal mediante actuaciones de ingeniería financiera o de la especulación financiera?

Iris Marion Young murió antes de poder acabar su último libro: *La responsabilidad por la justicia* (Morata, 2011). Una amiga suya lo preparó para la edición. Young se planteó en este libro una pregunta clásica que ha recuperado su actualidad: ¿Cómo deberíamos pensar sobre nuestra propia responsabilidad en relación a la injusticia social? Young explica cómo desde los años 80 del siglo pasado se extendió la idea según la cual las causas de la pobreza había que buscarlas básicamente en la irresponsabilidad de los pobres. Young contradujo en profundidad esta teoría y llegó a conclusiones que son aplicables al momento actual:

- Se ha instaurado una “irresponsabilidad privilegiada sistémica” que perjudica a millones de personas (por ejemplo, personas con poder en las grandes instituciones toman decisiones que afectan a millones de personas). La irresponsabilidad de unos se legaliza y determinadas instancias quedan desresponsabilizadas, mientras se tacha de irresponsables a los que quedan marginalizados.
- Hemos perdido la convicción de que los problemas y desventajas sociales se pueden mejorar a través de la acción colectiva. Cuanto menos confianza tenemos en nuestro propio compromiso político y democrático, más exigimos a los demás.
- El sistema capitalista global produce injusticias estructurales de privación material de millones de personas con insuficientes o ningún medio de subsistencia, y somete a la mayor parte de estas personas a la dominación a través de la coacción económica: “Por cada injusticia estructural hay un alineamiento de entidades poderosas cuyos intereses están servidos por esas estructuras”.

En un momento en que se incrementan las desigualdades, la beneficencia no es la solución ya que conserva e incrementa las desigualdades, no les pone remedio. El compromiso personal ha de verse conjugado con la responsabilidad colectiva a favor de estructuras que favorezcan la igualdad entre las personas, sin que esto suponga la anulación de la responsabilidad personal por la propia vida.

30/3/2013

La pasión chipriota

Tras el mediático festival en torno a la elección del nuevo papa de Roma vuelve el clásico Via Crucis europeo. Ahora la parada es Chipre. Y asistimos como espectadores a una nueva demostración de incompetencia de nuestros gobernantes. De los que mandan de verdad, no me refiero al Gobierno zombi del Reino de España, sino a los altos mandatarios de la UE y el FMI. Lo vivido el último fin de semana es una muestra más de que nadie tiene ningún plan pensado para resolver la acumulación de problemas estructurales de la Unión Europea. Solo respuestas a corto plazo cuando no hay otra solución. Eso sí, siempre tratando de dar una imagen de seriedad, de tener claras las respuestas, de despreciar alternativas insensatas, aunque ahora el rifirrafe de la quita sobre depósitos ha servido, cuando menos, para dejar al descubierto la endeblez de la tramoya sobre la que se monta el espectáculo. En menos de una semana el plan ha ido cambiando ante la imposibilidad de que el gobierno chipriota aplicara el “impuesto contrarrevolucionario” a los pequeños ahorradores, y también ante el pánico que ello podía generar en el resto de países al ver cómo de la resaca de una noche se cargaban de un plumazo la sacrosanta garantía de los depósitos bancarios básicos.

Al final Chipre tiene su plan de rescate, un eufemismo para indicar que la sociedad chipriota ha entrado en la misma vía de devastación de otras vecinas (al fin y al cabo el país es una especie de apéndice de Grecia). Los pequeños ahorradores se han salvado de la quita, pero no de la devastación de su economía ni de un corralito al estilo argentino. Y ahora a esperar cuál es el próximo candidato y ver qué nueva improvisación se sacan de la manga. Aunque es posible que, si se presenta una más que probable crisis financiera en otro país, las cosas sean aún más complicadas. Puesto que lo que han aprendido muchas personas en pocos días es que la aplicación de corralitos y de quitas a las cuentas corrientes es más que probable. Y por tanto que cualquier país en problemas corre el riesgo de experimentar un pánico financiero que dé lugar a salidas masivas de capitales que sirvan para acelerar el deterioro del sistema financiero y agravar la situación. Las medidas adoptadas con Chipre y la forma de llevarlas a la práctica abren la posibilidad de que se acentúe la elevadísima volatilidad del sistema financiero europeo. Una volatilidad generada en su base estructural —un sistema financiero que permite una total movilidad de capitales y una enorme variabilidad de activos— y que ahora acentúa la intervención política.

Chipre, se nos ha dicho, es un caso excepcional, pues se trata de una economía basada en el sector financiero, más concretamente en su actuación como paraíso fiscal. Lejos de justificarla, esta valoración es un indicativo del cinismo y la inconsciencia que dominan la escena político-económica. En primer lugar parece plausible que una economía centrada sólo en lo financiero pueda experimentar graves problemas. Aunque no puede olvidarse que estamos hablando de un país pequeño, poco más de un millón de habitantes, algo parecido al área urbana de Sevilla (Singapur, una ciudad-nación, tiene 5 millones de habitantes). Posiblemente, si la City de Londres fuera un estado independiente sería bastante mayor y más dependiente de las finanzas que Chipre.

Cualquier economía especializada en una sola actividad está sujeta a fuertes padecimientos cuando las cosas cambian. Éste es precisamente uno de los problemas que ha generado históricamente el desarrollo del capitalismo y que la globalización actual no ha hecho sino acelerar. La propia Unión Europea es una parte sustancial de esta globalización al unificar un vastísimo mercado a partir de países con una muy diferente dimensión y desarrollo económico. Si ya en la mayoría de países europeos las desigualdades territoriales son relevantes, no podía esperarse que de la unión de países diferentes pudiera salir otra dinámica. Especialmente cuando no existen, como sí ocurre en muchos países, mecanismos de redistribución que cuanto menos ayudan a paliar estas desigualdades, a hacerlas soportables.

La especialización productiva de cada territorio es, casi siempre, la resultante de fuerzas externas e internas al mismo. La historia cuenta y ha generado enormes desigualdades entre países, una enorme acumulación de poder económico en algunas áreas. Algo en que ha jugado un papel importante el desarrollo tecnológico, pero también una localización adecuada, un pasado (o presente) imperial. Muchas de las reglas del juego de los organismos internacionales están diseñadas siguiendo los intereses de estas naciones poderosas, de sus élites. Y ello condiciona la elección de estrategias de los países de segunda, tercera y cuarta división, aunque sus élites dirigentes tengan un cierto papel a la hora de optar por una u otra salida. La hiperespecialización es por tanto el resultado de este juego entre los condicionantes externos y las elecciones de las élites, y en muchos casos genera efectos desastrosos para la población local.

La única forma de alterar esta dinámica perversa es generando un nuevo marco de política general que o bien posibilitara un desarrollo más equilibrado de los países, o bien generara potentes mecanismos redistributivos que paliaran sus efectos negativos. Y esto es lo que precisamente impide el marco actual de política económica. Decir a los chipriotas que tienen que cambiar de modelo sin facilitar ninguna vía para ello es mero cinismo (o cretinismo

tecnocrático, por desgracia abundante).

Lo del paraíso fiscal es otro tema de peso. Nadie duda que Chipre lo sea. Pero ahí, más que una preocupación, lo que se expresa es la forma de culpabilizar al país para justificar el castigo. Si de verdad preocuparan los paraísos fiscales la Unión Europea debería empezar por enfrentarse a otros miembros como Luxemburgo —otro pequeño territorio especializado en finanzas y opacidad fiscal—. O en la serie de territorios bajo soberanía británica —Gibraltar, Jersey, Guernsey, Man, las Caimán, Bermudas...—. O en Suiza. O incluso en los regímenes fiscales de Irlanda y Holanda. Verdaderos nodos de un sistema financiero diseñado para evadir impuestos y promover la economía de casino.

Y ciertamente las burbujas financieras han sido auspiciadas por la desregulación del sistema financiero, por la liberalización de los movimientos de capitales, por el levantamiento de controles a las prácticas bancarias y financieras. En 2008 se perdió la oportunidad de hacer tabla rasa del modelo de capitalismo de casino financiero. Quizás no podía ser de otra forma en un mundo donde los principales gobiernos están íntimamente ligados con los grupos de poder bancario. Y el resultado es una sucesión de avatares financieros que generan sobresaltos periódicos y justifican políticas de ajuste que asolan un país tras otro. Ésta es la lección que una y otra vez se niegan a aceptar. Se han dedicado sumas ingentes de recursos a salvar el sistema financiero sin que ello haya servido ni para estabilizarlo ni, sobre todo, para minimizar el desastre social generado por el paro y las políticas de ajuste. Seguimos estando sujetos al riesgo sistémico y al abuso social de la economía financiarizada. Lo de Chipre es sólo un episodio más de esta tragedia sin final a que nos ha conducido en neoliberalismo imperante.

Consultoras letales

Mucho se ha hablado del papel de las empresas de calificación de riesgos en las crisis financieras. Pero no son los únicos agentes activos que ayudan a crear la sinrazón económica que nos atenaza. Uno de estos actores fundamentales lo constituyen las grandes empresas de auditoría-consultoría. Otro de estos inventos liberales pensados en teoría para autoregular los mercados, pero cuyo papel en la práctica es mucho más discutible.

Las empresas de auditoría son en teoría un agente externo que trata de validar la contabilidad de las grandes empresas, defendiendo los intereses de los accionistas y la sociedad de las presuntas malas prácticas de los gerentes y altos ejecutivos. En la práctica, su labor es bastante rutinaria y su capacidad de detectar problemas serios está limitada a detectar fallos garrafales y errores de bulto. El problema es que muchas de las valoraciones de las empresas son contingentes, requieren una enorme cantidad de información,

de control in situ, algo que suele estar fuera de la actividad corriente de los auditores. Es un clásico problema de asimetría de la información: quien controla el día a día de una empresa siempre tiene más conocimiento de lo real que quien acude periódicamente a evaluar la contabilidad. Los problemas van sin embargo más allá. Quien asigna el auditor a la empresa no es alguien externo a la misma, sino la propia empresa. Si el contrato es suculento, el auditor querrá conservar el cliente y no es difícil que antes de hacer un informe muy negativo trate de negociar un apañío que permita la continuidad de la relación. Y, lo que es aún peor, las grandes firmas de auditoría se han convertido en auténticas máquinas de servicios de apoyo a las empresas en forma de asesorías de todo tipo, incluida la legal y fiscal. Así, no es ser muy malpensado esperar que lo que se asesora para eludir impuestos o aumentar beneficios no va a ser puesto en cuestión en la auditoría.

Todos estos problemas son bien conocidos de hace tiempo. Se pusieron en evidencia en la crisis de 2001, cuando la quiebra de Enron. Quedó claro en aquel momento que Arthur Andersen (la mayor auditora mundial por entonces) había ayudado por pasiva (auditoría amable) y por activa (consultoría) a levantar el castillo de humo que se escondía tras la fachada de una gran empresa eléctrica. La crisis condujo al cierre de ambas empresas, a una moderada regulación del modelo, pero no a su puesta en cuestión. Muerta Arthur Andersen, otras empresas han pasado a llenar su espacio con la misma estulticia que su difunta competidora. Algo que se ha puesto en evidencia en toda la larga crisis financiera de los últimos años, donde cientos de empresas parecían tener todo en regla hasta que se demostraba lo contrario.

El papel nefasto de estas empresas no se limita sin embargo a su incapacidad de hacer un buen análisis crítico de las cuentas de las grandes empresas, o a su complicidad en diseñar modelos de gestión para eludir obligaciones. Su enorme crecimiento y popularidad las han convertido en verdaderos promotores de ideas tanto para la gestión privada como para la pública. Y del asesoramiento de esas empresas nacen muchas de las propuestas privatizadoras y de mercantilización de los servicios públicos. Los políticos neoliberales usan esas “marcas” globales como justificativo de sus propuestas de desmembrar el sector público y como coraza para eludir un debate abierto.

La muestra más reciente de este uso la hemos tenido en Catalunya cuando se ha descubierto que la Consellería de Sanitat tiene en su mesa un informe elaborado por Price Waterhouse Coopers (la mayor empresa mundial) donde se promueve la privatización del sistema público de salud. Cuando se ha interpelado sobre el tema al Conseller Boi Ruiz, éste ha asegurado que dicho informe no ha costado ni un centimo público, que PWC lo ha elaborado gratis. Tan escandaloso resulta que las palabras de Boi Ruiz sean falsas —se habría gastado dinero público para promover sus ideas— como verdaderas. Pues en

este segundo caso indicarían que PWC está tratando de influir, por cuenta propia o ajena, de forma velada, sobre las decisiones del Govern. Resulta evidente que se trata de una clara actividad de *lobby*.

No creo que éste sea un caso particular. Si se rastrean la mayor parte de procesos de privatización, es fácil encontrar el papel que juegan en ellos estas verdaderas máquinas neoliberales que son los grandes grupos de auditoría y consultoría. Por si alguien no se había enterado de a qué nos conduce el modelo de gestión privada que promueve PWC, esta misma semana hemos tenido una buena muestra, cuando se ha anunciado que el Hospital de Sant Pau está planteando introducir un sistema para “colar” en las listas de espera a quien se pague la operación. Una muestra de “búsqueda de nuevas fuentes de financiación” que constituye un modelo descarnado de discriminación social. Clasismo en estado puro.

La defensa del sector público, de una economía regida por los intereses de la mayoría dentro de un proceso de decisiones democráticas, exige un cambio profundo en las instituciones. Entre otras cosas, limitar y acotar el papel de un modelo de empresa que transita entre la inutilidad, la conspiración y la propaganda. Un verdadero programa reformista debe evaluar y atacar el conjunto de instituciones neoliberales. Nos va la vida, la dignidad, el bienestar, la democracia.

26/3/2013

Financiarización: involución social

Antonio Antón

La financiarización es un fenómeno global y, al mismo tiempo, heterogéneo. Es una versión extrema de neoliberalismo y globalización. Supone una transformación del sector financiero y su preponderancia frente a la economía productiva, con la protección de la posición de los acreedores financieros. Actúa sobre todas y cada una de las dimensiones de las finanzas públicas: ingreso, gasto, déficit, endeudamiento.

Una referencia fundamental para el análisis de este tema es el libro *La financiarización de las relaciones salariales*, editado por Luis Enrique Alonso y Carlos J. Fernández Rodríguez. Su aspecto principal son las consecuencias sociales de este proceso económico, principalmente en el ámbito del empleo y las relaciones salariales; o como dicen los autores, “la destrucción de las bases sociales del trabajo”. Este tema ha superado el marco académico y entra de lleno en el debate social sobre las consecuencias de la crisis socioeconómica y las políticas neoliberales y cómo afrontarlas. Aquí expongo una valoración sobre cómo hacer frente a la involución social derivada de esta dinámica [1].

Alcance destructivo de la financiarización y escenarios probables

Cabe una reflexión sobre el alcance socialmente destructivo de esta dinámica y cómo frenarla. El libro explica adecuadamente la tendencia dominante —financiarización— y sus consecuencias sociales —mayor subordinación del trabajo, paro masivo, recortes sociales...—. Estamos en un proceso socioeconómico y político regresivo. Existe una gran ofensiva del poder económico y financiero, así como de las élites gestoras e institucionales a su servicio. Su objetivo es la reafirmación de su poder hegemónico y el intento de neutralización de los factores que lo cuestionan y, todavía más, de los componentes que pugnan por su cambio. Dicho de otra forma, la orientación regresiva de la fuerza principal que impulsa la preponderancia del poder financiero está bien definida. ¿Cuáles son los límites o las dificultades para su completo desarrollo? ¿Qué dimensión tienen los factores económicos y sociopolíticos que pueden hacer de contrapeso y condicionar el proceso?.

Podemos descartar la materialización inmediata de la visión catastrofista absoluta (habitual también en la interpretación de la crisis de los años treinta): caos social, destrucción del planeta, guerra total. No obstante, siguiendo el principio de precaución hay que afrontar y prevenir los indicios que conducen a precipicios irreversibles. Existen desafíos relevantes para la

capacidad de gestión de las actuales élites poderosas, es decir, para superar su impotencia o sus errores en el control de procesos que desencadenen consecuencias negativas irreparables, aunque no lleguen o se detengan al borde del abismo. Sin embargo, el paralelismo de algunos aspectos con los de la crisis citada de los años treinta puede oscurecer las diferencias significativas de los actuales (des)equilibrios en cuatro campos fundamentales.

Primero, en el plano económico-social, directamente relacionado con este estudio, se puede decir que los efectos destructivos no han tocado suelo; todavía pueden agravarse más en: destrucción de aparato económico real, productivo y de empleo, la desigualdad social, la segmentación y la descohesión de las sociedades, la exacerbación de las diferencias mundiales y europeas (norte-periferia), el desmantelamiento continuo de los Estados de bienestar europeo, con reestructuración regresiva de los sistemas de protección social colectiva y los servicios públicos. Pero, también respecto de la reproducción del propio sistema económico capitalista, el interrogante es qué dimensión y duración puede tener el agotamiento o el estancamiento económico, la incapacidad para generar suficiente tasa de ganancia para el capital privado, la riqueza y los beneficios empresariales (sin fuerte innovación tecnológica), además de no satisfacer las demandas sociales de bienestar y progreso. Es decir, antes de plantearse un giro global ¿hasta dónde puede llegar el sufrimiento popular, la incertidumbre social, la desvertebración de las sociedades, los conflictos interétnicos y de convivencia? Existen algunos elementos comunes a la otra experiencia histórica de la gran depresión: paro masivo, descenso social de capas trabajadoras y medias con fuerte segmentación, bloqueo y frustración de expectativas juveniles... Y otros elementos distintos. Ahora las redes de protección al desempleo, servicios públicos, seguridad social y familiar todavía ofrecen algunas garantías, aunque está por ver el alcance de su reducción o agotamiento. Por otro lado, las sociedades europeas tienen una composición étnica más fragmentada, existen dificultades para la integración social y se pueden exacerbar dinámicas xenófobas, racistas o fundamentalistas, con riesgos para la convivencia intercultural.

Segundo, en el campo institucional y político se está produciendo una involución democrática de los sistemas políticos, un distanciamiento de las élites políticas respecto de la ciudadanía, por lo que sufren una significativa deslegitimación social. Existen tendencias autoritarias y tecnocráticas que promueven el vaciamiento sustantivo de las democracias liberales, pero, de momento, sin llegar a procesos totalitarios de supresión de las libertades individuales y públicas o la suspensión del estado de derecho. No obstante, el grueso de la ciudadanía europea y, más particularmente, española mantiene una cultura democrática y unos valores básicos de justicia social, que

constituyen frenos a esa involución.

Tercero, en el ámbito geoestratégico es más lejana la hipótesis de una guerra abierta interimperialista: el desafío chino todavía se sitúa, fundamentalmente, en el plano económico, al menos hasta dentro de dos o tres décadas; sigue teniendo una capacidad político-militar muy inferior frente a la hegemonía de EE.UU. (y económica frente a EE.UU. y la UE, que conviene recordar tomada en su conjunto todavía es la mayor potencia económica y comercial del mundo). Puede haber guerras 'regionales', forcejos y tanteos de reequilibrios estratégicos, pero a corto y medio plazo es difícil que se produzca la tercera guerra mundial superdestructiva, con el riesgo de confrontación total o de carácter nuclear, por la pugna de la hegemonía mundial.

Cuarto, en el plano ecologista, sin embargo, es más cercano y grave el riesgo medioambiental, el desencadenamiento de procesos incontrolables de cambio, agotamiento o destrucción de equilibrios de la naturaleza y los sistemas y ciclos vitales. El desarrollo económico y social, equilibrado y sostenible, es un auténtico reto para las élites gestoras (y la población) a nivel mundial.

No es inevitable un fuerte retroceso y subordinación del sur europeo

Los resultados electorales en Italia cuestionan la política de austeridad y a su principal clase política gestora. Al fracaso absoluto del candidato "comunitario" Monti se añade, respecto del año 2008, la pérdida por el partido de Berlusconi de seis millones de votos (aunque algunas encuestas preveían un bajón superior). Mientras tanto, el Partido Democrático de Bersani (que también ha colaborado con algunos recortes promovidos por Monti) también ha descendido en 4,5 millones de votos y no ha sido capaz de representar y articular el conjunto del descontento social. El ascenso claro ha sido para el Movimiento 5 Estrellas, liderado por Grillo, que ha recogido 8,6 millones de votos, entre ellos el 40% del voto juvenil. No es un movimiento antipolítico, es una contestación a "esa" política de austeridad y "esa" clase política, al servicio de los intereses del sistema financiero centroeuropeo y amparado por el bloque de poder que representa Merkel y avalan las principales instituciones europeas. Y expresa la necesidad de "otra" orientación socioeconómica y "otra" gestión y representación política, más sociales y democráticas.

Así, es una dinámica que expresa, de forma distinta a la corriente social indignada española, similar orientación de fondo: rechazo a los recortes sociales, mayor democratización del sistema político y exigencia de un recambio de la clase política. Supone, con todas sus complejidades y ambivalencias, un clamor de gran parte de la sociedad italiana contra la

subordinación de la anterior clase política a los intereses financieros e institucionales ajenos a los de la mayoría social. Junto con los nuevos equilibrios del centro-izquierda de Bersani, si se afirma en una orientación progresista frente a los ajustes económicos, puede señalar un cambio de rumbo en la gestión de la representación política.

Es un síntoma positivo. Frente al refuerzo (junto con la pasada victoria de Hollande) de las tendencias de cambio progresista en Europa, enseguida han salido diferentes autoridades alemanas y europeas a recordar el diseño dominante, particularmente para el sur europeo: política de austeridad, con las llamadas reformas estructurales regresivas y el chantaje de los mercados financieros. Frente al rechazo ciudadano y su expresión democrática se nos trata de imponer la idea de que es inevitable el retroceso social y político. La cuestión es que cada vez tiene menos legitimidad social. Veamos algunas condiciones de esta compleja pugna sociopolítica y democrática frente a los intentos de consolidar la subordinación de los países europeos periféricos.

Centrándonos en el sur europeo, el impacto de los dos primeros elementos (socioeconómico y político-institucional) configura un panorama duro y grave. La crisis económica y social es profunda, sus aparatos económicos son frágiles y dependientes y sus Estados de bienestar más débiles. Sus élites han fracasado en la modernización económica de sus respectivos países y ahora están más endeudados, subordinados y dependientes respecto del eje de poder centroeuropeo (alemán) y mundial.

Existen importantes diferencias entre, por un lado, Grecia y Portugal (e Irlanda) y, por otro lado, España e Italia; después viene Francia. La sensación ciudadana de 'van a acabar con todo' expresa la incertidumbre por el futuro del llamado modelo social europeo, al menos en esos países. Define el contenido regresivo profundo del proyecto neoliberal, aunque está por ver, dado los contrapesos existentes, el grado de cumplimiento de su programa máximo: destrucción del Estado de bienestar, la regulación y las garantías públicas y debilitamiento del sistema democrático o, en otro sentido, la vuelta a la implantación de la economía y el estado liberal del siglo XIX. El temor ciudadano más realista se asienta en la perspectiva inmediata de un paro masivo y prolongado, con poca protección al desempleo y menguadas expectativas de empleo decente, un pronunciado desequilibrio en las relaciones laborales, con fuerte poder y discrecionalidad empresarial, un recorte sustantivo en los servicios públicos (sanidad y educación públicas), con un desmantelamiento progresivo de un débil aunque significativo Estado de bienestar y de protección social. Se está produciendo una brecha profunda respecto de los países del norte cuyas clases populares, en términos comparativos, sobreviven menos mal a los efectos de la crisis y la política de austeridad. En ese sentido, la incógnita es hasta dónde el bloque de poder

que ampara a Merkel puede imponer ese retroceso cualitativo en las condiciones sociolaborales y la dependencia económica y política del sur europeo y, paralelamente, consolidar su hegemonía respecto a las sociedades periféricas, incluyendo el estado francés, sin romper el entramado institucional europeo o recibir un fuerte rechazo popular.

El caso griego es un laboratorio de hasta dónde las élites europeas (y mundiales) pueden apretar el cinturón a la población, cuál es el nivel de su disponibilidad a la renuncia del cobro de parte de sus préstamos, la reducción de la deuda contraída o la flexibilización de los programas de austeridad (una vez traspasados las responsabilidades y los riesgos a los estados y salvados los intereses fundamentales de los acreedores financieros privados y sus sistemas bancarios). Es decir, dentro de un reparto desigual de los costes de la crisis y su salida, cuáles son los retrocesos impuestos a la mayoría social y cuáles son capaces de aceptar los poderosos y los acreedores financieros para evitar unos efectos problemáticos para la estabilidad de los equilibrios básicos que garanticen su continuidad: retorno de capitales, hegemonía del poder y subordinación de las capas populares... O, superando el simple economicismo, qué componentes geoestratégicos —frente a los focos de inestabilidad del mediterráneo y oriente medio—, de legitimidad social, vertebración institucional y desprestigio o ruptura de la propia UE tiene la (casi) tragedia griega y su impacto y su generalización por el resto de países europeos periféricos.

Se está imponiendo un retroceso 'cualitativo' (deflación) de las condiciones laborales y sociales de las sociedades europeas del sur periférico, afectando a Francia, y una dependencia de sus aparatos económicos y productivos. Se agravan las consecuencias sociales y los problemas de cohesión social y deslegitimación de sus élites. Se puede plantear el interrogante: ¿es realista el diseño del poder dominante de prolongar esta situación y cumplir la amenaza de dar otro paso más pronunciado y duradero de sometimiento popular, con mayor reducción salarial y del gasto social, estancamiento económico, descontento ciudadano y desvertebración política? La respuesta, en todo caso, es que no es inevitable. Superando el fatalismo, gran parte de las sociedades europeas, especialmente del sur, está expresando su oposición a la involución social, a un fuerte retroceso de condiciones de empleo y derechos sociolaborales, así como su exigencia de regeneración democrática del sistema político y reequilibrio institucional en la Unión Europea, más solidario. El futuro, como nos indica la experiencia italiana, está lleno de dificultades y complejidades, pero sigue abierto para las opciones progresistas.

Cómo hacer frente a la involución social y evitar el continuismo

El fracaso de la actual política de austeridad ya se va haciendo evidente, incluso para sectores de las élites poderosas. La apuesta institucional europea, que se vislumbra para después de las elecciones generales alemanas de otoño, es el continuismo de la política económica dominante, intentando contener los desequilibrios europeos, junto con una reorientación mínima —flexibilidad en la austeridad, estatalización de los riesgos de la deuda soberana, elementos de crecimiento—. Aunque conlleve una abundante ofensiva retórica, esa opción es insuficiente para abordar los graves problemas estructurales, al menos, para estos países. Puede dar algo de oxígeno a su situación socioeconómica y paliar alguna situación más grave. Pero es insuficiente para garantizar la estabilidad socioeconómica y los derechos de las clases trabajadoras centroeuropeas y, particularmente para los países periféricos, no aporta soluciones equilibradas y razonables a medio plazo, ni neutraliza la conciencia social de miedo, frustración e indignación.

La cuestión es si entre las élites europeas dominantes se pueden configurar algunos sectores representativos del poder, con suficiente lucidez y perspectiva de conjunto y a medio plazo, con una apuesta doble. Por un lado, mantener su hegemonía social y política y garantizar la reproducción del sistema económico. Por otro lado, integrar las sociedades centroeuropeas y satisfacer mínimamente las necesidades sociales del grueso de las sociedades periféricas y sus agentes sociopolíticos. No es una situación completamente inédita en la historia. Con las correspondientes distancias, es lo que inició Roosevelt y el keynesianismo intervencionista en los años treinta y, sobre todo, en la posguerra mundial, desde el propio campo del poder capitalista liberal. Sería una vuelta a revalorizar la 'política', la regulación pública de la economía y los mercados, y garantizar las condiciones sociolaborales y de empleo de las mayorías sociales. Se trata de si van a ser capaces nuevas élites, con el apoyo de sus sociedades, de ponerle (algunos) cascabeles al gato del poder financiero. Sería un reformismo sustantivo desde el propio poder, superando al sector más reaccionario, improductivo y especulativo y las políticas más restrictivas, y con el objetivo de consolidar su propia hegemonía política y económica. Dicho de otro modo, la pregunta es si hay suficiente lucidez y liderazgo en renovadas élites actuales para que cambien algo (significativo para la sociedad) para no cambiar lo fundamental (su hegemonía). De momento no hay respuesta satisfactoria (más allá de los gestos e intentos parciales de Obama/Hollande). En todo caso, el primer paso estructural sería poner coto a la financiarización de la economía, el estímulo de políticas de crecimiento del empleo, la garantía de derechos sociolaborales y democráticos, así como el enfrentamiento con los grupos de poder agresivo y continuista (hoy representados, junto con los acreedores financieros mundiales, por el partido republicano estadounidense y por la alemana Merkel y el británico Cameron).

O bien, otra hipótesis es si la prepotencia del conjunto de los poderosos y la visión cortoplacista y financiera de sus intereses particulares, les impide valorar las graves consecuencias sociales de la prolongación de la crisis y su gestión antisocial, confiando en la utilización de sus últimos recursos para neutralizar su desestabilización a medio plazo: disciplinamiento económico-laboral por los mercados, segregación social y autoritarismo político. Los fenómenos contradictorios de empobrecimiento, inseguridad, frustración e indignación se ampliarían, en una combinación difícil de predecir.

Pero no hay que excluir la posibilidad y la conveniencia de que se produzca una activación de las fuerzas progresistas que, con un proyecto diferenciado y autónomo, puedan condicionar el proceso hacia una transformación profunda del sistema económico y político. En ese sentido, la dimensión de las protestas sociales y el peso, las características y la configuración de los equilibrios entre las distintas tendencias de las izquierdas presentan particularidades en los distintos países, empezando por Grecia y Portugal y pasando por España e Italia hasta llegar a Francia o Alemania.

Se puede contemplar la hipótesis de la aplicación de otra política económica menos agresiva (para el sur) y una dinámica de vertebración social, institucional y política que evite el panorama catastrófico del 'caos social'. Es decir, la prioridad por la maximización inmediata de los beneficios privados, perseguida por el poder financiero y las élites institucionales dominantes, con la correspondiente involución para las mayorías sociales, podrían no llegar hasta la destrucción total de las bases sociales del trabajo, el desmantelamiento absoluto de las garantías del Estado social y de derecho europeo o la liquidación de las fuerzas sindicales y de izquierda.

Por tanto, se puede impedir ese plan extremo, cuestionar la completa hegemonía del poder económico y financiero y las fuerzas conservadoras y condicionar un nuevo reequilibrio (inestable) en la gestión de la crisis, evitando el fatalismo o la resignación ante lo peor y la simple adaptación individual o grupal competitiva, con los recursos desiguales de cada cual. El desafío no es menor, particularmente para la ciudadanía, las izquierdas, los movimientos sociales y las élites progresistas de los países periféricos, que afrontan el riesgo de un retroceso material sustantivo, la pérdida de una década y una generación, la subordinación política, la degradación social y la crisis moral y cívica.

Pero, todavía no existen suficientes fuerzas progresistas y condiciones socioeconómicas que impidan totalmente esa involución social, económica y democrática y aseguren un estatus menos destructivo y desventajoso para la mayoría de la sociedad. Para que esa opción menos mala de contención regresiva sea tomada en consideración por los poderosos y sea asumible por

una parte significativa del poder liberal, parece que la realidad todavía debe mostrar más las consecuencias destructivas de la financiarización y la política de austeridad, en los distintos planos económico, social, político e institucional europeo. Y, por otra parte, que el descontento popular y la deslegitimación social de la clase política y gestora se transformen en una mayor presión ciudadana progresista, el fortalecimiento del sindicalismo y los movimientos sociales progresistas, la renovación de las izquierdas, así como la conformación de un bloque sociopolítico alternativo que impugne esa dinámica y apueste por una gestión y una salida de la crisis más justa y solidaria y la regeneración del sistema político. Sería el único remedio para vencer la completa hegemonía del poder financiero y sus gestores, del 'aquí mando yo', sin controles de la política y con completa subordinación de la mayoría ciudadana. En ese sentido, el factor sociopolítico de una corriente social indignada y una ciudadanía activa, con un proyecto autónomo del poder, es fundamental para empujar en una dinámica de cambio social profundo hacia una Europa (y un mundo) más equitativa, solidaria e integrada. Se trata de atreverse a defender un horizonte progresista, aunque en el proceso se conformen distintas etapas y transiciones.

Nota

[1] Esta amplia y excelente investigación está realizada por dieciocho sociólogos y economistas y está distribuida en catorce capítulos. La primera parte explica los efectos de la financiarización sobre el empleo y el mercado de trabajo, las relaciones salariales y el conflicto social. La segunda parte trata de la geopolítica de la financiarización, en la que analiza diversos casos específicos (Argentina, Japón, Grecia, Latinoamérica, Eurozona y Cajas de Ahorro de España), así como los conflictos en la empresa y en la semiperiferia del sistema-mundo. En otra parte (ver *Cuadernos de Relaciones Laborales*, vol. 31, núm. 1, 2013) glosó las ideas más significativas del libro y realizó un comentario general sobre las consecuencias sociales de la financiarización.

[A. Antón es profesor honorario de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid]

5/3/2013

El euro o la vida

A propósito de "Contra el euro" (Península, 2013), de Juan Francisco Martín Seco

Andreu Espasa



A finales de 1987, altos cargos políticos de Francia y Alemania se reunieron para llegar a acuerdos bilaterales en materia de defensa militar, sobre todo en relación al arsenal nuclear de la potencia gala. El francés Jacques Attali se dirigió a la delegación alemana con un mensaje inquietante: “Para poder tener un equilibrio, hablemos ahora de la bomba atómica alemana”. Los alemanes no salían de su asombro: “Sabéis que no tenemos la bomba atómica. ¿Qué quieres decir?”. A lo que Attali, en aquel entonces consejero del presidente Mitterrand, respondió: “Me refiero al marco alemán” [1]. La anécdota es bastante ilustrativa de una realidad que, en su momento, pasó bastante desapercibida: el euro no se gestó en un laboratorio de brillantes economistas ni tampoco fue el producto de un irracional derroche de generosidad por parte de nuestros vecinos del norte. Su creación debe mucho más al juego de intereses de las grandes potencias europeas y de las oligarquías financieras locales que a una casi inexistente discusión intelectual sobre las ventajas y los peligros de una unión monetaria entre economías con comportamientos y necesidades tan dispares.

Más de una década más tarde, parece que la durísima crisis económica que sufre España y la manifiesta insolidaridad y sadismo con los que se está respondiendo desde Bruselas y Frankfurt han permitido abrir, con indudable retraso, el debate sobre la cuestión de la moneda única europea. Un debate en el que, hasta hace bien poco, los escasos partidarios de tener en cuenta todas las opciones se arriesgaban a una fulminante orden de destierro al reino de lo políticamente demencial. Independientemente de las conclusiones que uno pueda sacar como lector, hay que celebrar la aparición de la última obra

del economista Juan Francisco Martín Seco, *Contra el euro*, aunque sólo sea como ejemplo de coraje intelectual. Escrito en un lenguaje comprensible y con voluntad de ser leído por todo aquel que quiera sofisticar su conocimiento sobre la crisis y el papel de la política monetaria en el abanico de remedios disponibles a corto y medio plazo, el libro es una aportación incisiva y rigurosa al todavía incipiente debate sobre la permanencia en el euro.

El libro empieza con una convincente identificación de las causas que explicarían el innegable declive de la pasión europea en España. Durante la segunda mitad del siglo XX, a la Europa occidental se la asociaba popularmente con la democracia y el bienestar social, dos valores en claro antagonismo con el odiado régimen franquista. Sin embargo, a estas alturas, tras más de dos décadas de giro neoliberal europeo, a nadie se le escapa que las instituciones de la Unión Europea poco tienen que ver con la promoción de estos dos valores. Más bien lo contrario. Desde el estallido de la crisis económica, casi todo lo que llega de la UE —ya sea en forma de recomendación, orden o chantaje—, sólo se puede interpretar como un renovado intento de socavar los principios de la democracia y favorecer el empobrecimiento general de la mayoría.

El irregular proceso con el que se pretendió aprobar la llamada “Constitución europea” constituye el ejemplo más significativo del talante demofóbico de la UE. Como se recordará, las autoridades europeas sortearon los resultados negativos de los referéndums de Francia y Holanda, con la cuestionable maniobra de trasladar los apartados más importantes del fracasado proyecto constitucional al nuevo Tratado de Lisboa, lo que permitió a la casi totalidad de los gobiernos ahorrarse el incierto trámite de tener que aprobarlo vía referéndum. La única excepción fue Irlanda, donde en un primer referéndum ganó el *no* al Tratado y no fue hasta el segundo, ya bajo la presión de la crisis y la intervención, cuando el pequeño país celta “entró en razón”. La presión para tumbar a los gobiernos electos de Grecia e Italia y sustituirlos por tecnócratas cercanos a la oligarquía financiera también fue otro episodio muy elocuente. Martín Seco acierta al señalar al Banco Central Europeo (BCE) como el logro más relevante e influyente de la filosofía antidemocrática que domina el actual proyecto de construcción europea. Con la creación del BCE, todos los países de la Eurozona cedieron la política monetaria —un pilar fundamental de toda política económica—, a un gobernador “independiente” de la política. Los estatutos del BCE están fuertemente impregnados por la ideología neoliberal. A diferencia de otros bancos centrales, entre cuyos mandatos figura el fomento de políticas de pleno empleo, el europeo se caracteriza por tener una única misión: la estabilidad de precios. Con la crisis se ha demostrado que el BCE no sólo es un organismo ideológicamente muy afín a los intereses de la élite financiera europea, sino que, además, es totalmente insensible al sufrimiento de las naciones más débiles de la

Eurozona. Junto con la libre circulación de capitales, el Banco Central Europeo es el otro gran responsable de la actual vulnerabilidad gubernamental ante los ataques especulativos de los mercados financieros. Para los países con problemas de financiación, el BCE se ha revelado como una institución opresiva y extranjera, siguiendo la política monetaria que más convenía a los intereses del gobierno alemán y negándose a apoyar la deuda de los países de la periferia. Desde Frankfurt se ha aprovechado la asfixia financiera de estos gobiernos para forzar cambios en la política fiscal, social y laboral con un marcado sesgo neoliberal, cambios que hundieron todavía más a la economía del país afectado y que suponen una injerencia intolerable contra la democracia y la soberanía nacional. La política de socorro financiero con fuertes dosis de condicionalidad ha cerrado un injustificable círculo de expropiación competencial. El BCE, que ya nació usurpando definitivamente la política monetaria de los mecanismos de fiscalización democrática, ha acabado imponiendo su criterio ideológico en todas las áreas relevantes de política económica.

La otra gran víctima del desarrollo institucional europeo ha sido el ya de por sí precario Estado del Bienestar español. La destrucción continua de garantías sociales ha sido facilitada por el aparente caos asimétrico del proceso de construcción europea, el cual, en el fondo, no deja de tener una coherencia bastante sólida. Sólo con que se analice con cierto detenimiento, no es difícil llegar a la conclusión de que la Unión Europea ha tendido a armonizar y fragmentar lo que más le ha convenido a las élites financieras. Por una parte, ha unificado la moneda, la religión del déficit cero y una legislación sobre la competencia, que, en la práctica, desarma a los gobiernos de toda posibilidad de legislar a favor de los intereses de sus clases populares. Al mismo tiempo, ha mantenido fraccionados el ámbito tributario (salvo algunas normas concretas en la imposición indirecta), las prestaciones sociales y la legislación laboral. Las consecuencias eran previsibles. La ausencia de una política fiscal, social y laboral de ámbito europeo, combinada con la libre circulación de mercancías y de capital, deja a los Estados a merced del chantaje de las grandes empresas. Éstas siempre podrán amenazar con marcharse al país donde las condiciones sean más amables para el gran capital y más duras para el trabajo. Ante la amenaza de deslocalización, los gobiernos se ven forzados a cargar el grueso de la presión fiscal en impuestos indirectos y en las nóminas, así como a dismantelar la legislación laboral existente. Sin los grandes instrumentos necesarios para articular una política económica nacional, los gobiernos han acabado optando por caer en la trampa que ellos mismos se habían tendido, aplicando políticas de *dumping* fiscal y laboral como única vía posible para ganar cierta competitividad. En consecuencia, el atractivo del proyecto europeo ha quedado irremediabilmente dañado por esta tendencia a homogeneizar las condiciones laborales por abajo. Para el Sur de Europa, el proceso de convergencia europea no está implicando el

prometido acercamiento paulatino al bienestar escandinavo, sino más bien un vertiginoso descenso a la competencia con la precariedad y la inseguridad laborales de la Europa del Este.

En este contexto, no resulta extraño que el necesario debate público que debería haber precedido el proyecto de la unión monetaria fuera sustituido por una ensordecedora campaña de propaganda para celebrar el aparente paso de gigante que estaba dando Europa en su ascenso hacia cotas históricas de integración política continental. De haberse producido un debate serio sobre el euro, quizás se hubieran tenido en cuenta las lecciones más evidentes del fracaso de su precedente más inmediato, el Sistema Monetario Europeo (SME), el mecanismo por el cual varias monedas nacionales europeas establecieron unos estrechos márgenes de fluctuación en sus respectivos tipos de cambio. El abandono efectivo del SME en 1993, cuando se ampliaron las bandas de fluctuación hasta un 15%, demostró que el establecimiento de tipos de cambio fijo entre economías tan diferentes provocaba problemas que acababan pagando los países con mayor déficit en sus balanzas de pago. También dejó claro que la imposición de límites en la fluctuación cambiaria no había implicado una correspondiente convergencia en los ritmos de inflación de los distintos países. Un debate previo sobre la conveniencia de entrar en la moneda única también habría popularizado el análisis económico que avala la creación de una moneda única para las llamadas “zonas monetarias óptimas”. Según este modelo explicativo, la Eurozona incumple dos de las cuatro principales condiciones para establecer un sistema de convergencia monetaria. No hay una auténtica movilidad laboral (las diferencias culturales y lingüísticas la hacen inviable y dolorosa) y, sobre todo, no hay una verdadera unión fiscal. Por “unión fiscal” no hay que entender la perversa caricatura que propone la canciller alemana (constitucionalización de la prohibición del déficit público estructural), sino el establecimiento de una Hacienda pública comunitaria, con potentes impuestos propios, con capacidad para hacer frente a los gastos y las prestaciones sociales de todos los ciudadanos europeos y con voluntad de corregir los desequilibrios territoriales transfiriendo enormes cantidades de riqueza desde las regiones ricas a las pobres. Hay que reconocer que la actual alternativa a la Hacienda europea, los llamados fondos de cohesión estructural, han supuesto un gran éxito en términos de efectividad publicitaria, pero sus efectos en la redistribución de la riqueza entre regiones han sido prácticamente insignificantes. Estos fondos siempre han representado una cifra irrisoria del PIB europeo (el presupuesto total europeo equivale a poco más del 1% del PIB global de la UE, y la principal partida es para la agricultura). En muchos casos, los fondos de cohesión han incentivado una política de grandes infraestructuras de dudosa utilidad, que ha distorsionado el presupuesto del gobierno español y que ha contribuido a consolidar un modelo productivo con altas tasas de paro.

Sin una auténtica unión fiscal y política que corrija los desequilibrios que provoca inevitablemente cualquier unión monetaria y comercial, el euro sólo puede funcionar como un instrumento intensificador de la tendencia a la desigualdad social y regional en el seno de la Eurozona. En efecto, actualmente, la moneda única fomenta la transferencia de recursos a través de los mercados financieros, pero, en contra de la lógica políticamente aceptable, esta transferencia se efectúa desde los países pobres a los países ricos. Alemania y otros países acreedores son los principales beneficiados del euro, al menos en el corto plazo. El mantenimiento del mismo tipo de cambio erosiona la competitividad de países como España con un ritmo de inflación mucho más elevado e incrementa sus déficits en la balanza de pagos, mientras favorece que Alemania acumule superávits. Como consecuencia, Alemania puede financiar su deuda a un tipo de interés privilegiado, mientras que los países de la periferia, abandonados por un BCE que sólo escucha a Berlín, se ven forzados a tener que financiar su deuda pública con tipos prohibitivos. Como se ha dicho, la unión monetaria también favorece el incremento de las desigualdades sociales. Sin posibilidad de recurrir a la devaluación de la moneda, se presiona a los países deudores para que fomenten la devaluación interna de los precios como estrategia para lograr la llamada *deflación competitiva*. La hegemonía neoliberal de las últimas décadas ha hecho impensable establecer mecanismos de intervención de precios para grandes áreas de la economía nacional, con lo que la deflación competitiva se acaba limitando a las políticas de contracción intencionada de los salarios.

Martín Seco no se limita a un análisis abstracto de la moneda única. El libro detalla la contribución del euro a la actual crisis económica española y concluye que, si bien el euro no es la única causa de la burbuja inmobiliaria y del déficit en la balanza de pagos, sí que ha actuado como uno de sus requisitos imprescindibles. En primer lugar, la moneda única ha supuesto un fuerte lastre para la competitividad de la economía española. El euro se creó con la promesa —incumplida— de que su propia puesta en marcha favorecería una confluencia en los ritmos de inflación y con la premisa —indefendible— según la cual los intereses de la economía alemana en política monetaria siempre serían idénticos a los de una economía tan diferente como la de España. La puesta en marcha de la unión monetaria ha evidenciado la fragilidad de estos supuestos teóricos. Desde la constitución de la unión monetaria en 1999 hasta 2008, la media de la inflación en la Eurozona fue del 22%, pero su comportamiento varió mucho en función del país. En Alemania los precios crecieron un 17,42%, mientras que en España lo hicieron en un 34,28%. Los productos españoles, pues, se encarecieron un 17% respecto a los alemanes. Hay que tener en cuenta que, al permanecer en el euro, los países del Sur de Europa no sólo pierden competitividad en relación con países como Alemania, Austria y Francia. También la pierden respecto a otras

potencias económicas mundiales. Desde su creación en 1999, el euro se ha apreciado un 31% frente al dólar, un 32% con la libra, un 54% con el rublo, un 70% con el peso mexicano... Aunque las recetas impuestas desde la UE defienden lo contrario, la verdad es que el diferencial de inflación entre España y Alemania no se explica por una política fiscal expansiva (España tenía superávit presupuestario al estallar la crisis) ni tampoco por incrementos salariales significativos. En cualquier caso, se trata de un diferencial que no debería sorprender a nadie que se haya tomado la molestia de observar la evolución histórica de los tipos de cambio entre los diversos países de la Eurozona. En los treinta años anteriores a la creación del euro, el marco se había apreciado en un 500% respecto a la peseta y en más de un 2.000% respecto al dracma.

En su momento, el euro también contribuyó a hinchar la burbuja inmobiliaria con una abundancia de crédito barato. Sin la moneda única europea, los bancos alemanes y franceses no hubieran podido prestar tanto y a un tipo tan atractivo a los bancos españoles. Sin duda, la crisis habría estallado de cualquier modo, pero no con esta magnitud. Habiendo cedido la soberanía monetaria, las autoridades españolas disponen ahora de menos instrumentos para hacerle frente. El euro, pues, tiene mucho que ver con la intensidad y el origen de la crisis, así como con las dificultades para poner en marcha soluciones realistas y socialmente equitativas.

A estas alturas, ya nadie se atreve a defender a los artífices de la moneda única europea como estadistas con una gran visión de futuro. Los apologetas entusiastas de ayer han cambiado el tono. Conscientes de que la única promesa concreta que puede ofrecer la Troika (BCE, Comisión Europea y FMI) es la de más “sudor, sangre y lágrimas”, los defensores de la permanencia incondicional en el euro oscilan entre el discurso del miedo y la apelación a la presunta irreversibilidad de la historia. Lo que se pretende, en definitiva, es acallar las preguntas razonables que se debería plantear la ciudadanía en la actual encrucijada histórica. ¿Es sostenible el euro tal como existe hoy día? ¿Los costes de permanecer en el euro son menores que los de marcharse? El autor huye del tono apocalíptico y expone, con matices, los distintos escenarios posibles.

En caso de permanecer dentro del euro, los desequilibrios actuales se podrían corregir de tres maneras. Una salida posible pasaría por una política fiscal expansiva de los países acreedores para estimular su demanda interna, lo que favorecería las exportaciones de los países deficitarios. Esta política debería estar coordinada con una política monetaria expansiva del BCE que permitiera la devaluación del euro y mayores tasas de inflación en la Eurozona, especialmente en Alemania. Sería una solución provisional y, a pesar de todo, difícil de conseguir. El principal obstáculo es que no depende de nosotros, sino

de un improbable cambio en el escenario político alemán, ya que, hoy por hoy, los grandes partidos de Alemania están en contra.

Otra solución —la que se está llevando a cabo en la actualidad— es cargar la responsabilidad del ajuste a los países deudores: la llamada *deflación competitiva*, una estrategia que, como ya se ha comentado, siempre se acaba limitando a la contracción salarial y en ningún caso garantiza los mismos resultados de una depreciación monetaria, porque parte de la errónea e interesada premisa que identifica los incrementos salariales como principal causa de la inflación. Vale la pena recordar que en España la inflación no viene dada por alzas en los salarios (de hecho, los costes laborales unitarios en términos reales cayeron seis puntos entre 1999 y 2007, tres puntos más que la media europea), sino por el aumento del excedente empresarial (más alto que muchos otros países de la UE). Como se sabe, el poder adquisitivo de los trabajadores durante los años de falsa prosperidad de antes de 2007 apenas se mantuvo. El principal defecto de la deflación competitiva es su carácter profundamente inequitativo. Afecta principalmente a los trabajadores y a los pequeños empresarios, mientras que los grandes empresarios, especialmente aquellos que dominan sectores de escasa o nula competencia, quedan beneficiados. Con la deflación competitiva, los que tienen deudas ven como éstas crecen respecto a sus salarios, mientras que los que acumulan riquezas se vuelven más ricos en términos relativos.

La tercera solución dentro del euro sería la de construir los cimientos necesarios para un funcionamiento sostenible de la unión monetaria a través de una verdadera unión política y fiscal. Es decir, un proceso político para Europa similar al de la Alemania unificada. Probablemente a muchos trabajadores alemanes de la antigua RDA, desencantados con el proceso de unificación alemana, les sorprendería saber que la máxima aspiración del Sur de Europa pase por una repetición de su cuestionable modelo de integración. Sin embargo, la verdad es que actualmente ésta es la mejor esperanza para los países de la periferia que decidan permanecer en el euro. Para lograr este objetivo, la dificultad política es, por decirlo de manera suave, casi insalvable. No existe un sentimiento de solidaridad europea comparable al de una nación y, por lo tanto, no es verosímil imaginar que Alemania esté dispuesta a practicar un grado de solidaridad interregional similar al que practican, por ejemplo, las Islas Baleares con el resto de España. Además, siempre habría que contar con el obstáculo añadido de no poder aspirar al mismo grado de movilidad laboral que permite la unidad cultural y lingüística de los alemanes. El horizonte de un gobierno nacional y democrático para toda la Eurozona, que guíe su política a partir de un interés general europeo y saque a la UE del actual atolladero, puede resultar un objetivo político loable, pero, en los tiempos de emergencia y colapso sociales que padecemos, no parece una opción muy factible. Para lograrla haría falta una revolución democrática de

ámbito europeo, basada en una conciencia colectiva que, a día de hoy, brilla por su ausencia. Es difícil imaginar la creación de este nuevo sentimiento de pertenencia cuando no se cuenta ni siquiera con una esfera pública europea. Valga como ejemplo que, tras décadas de “integración europea”, todavía no existe ni un solo gran medio de comunicación continental.

Finalmente, queda la opción de romper el tabú y empezar a sopesar la salida del euro como vía para corregir los desequilibrios de la economía española. Sin negar el *shock* económico inmediato que esta medida supondría, hay que recordar que la salida del euro no debería implicar necesariamente la salida de la UE (hay países de la UE que no entraron en el euro y que, en vista de su desastroso funcionamiento, han preferido mantenerse al margen). También hay que tener en cuenta que la salida de la moneda única tiene escenarios muy diversos. No es lo mismo ser la única moneda que sale del euro (peor escenario), que una salida colectiva y ordenada o una salida de un grupo de países, ya sea los que pertenecen a la antigua área del marco alemán o, por ejemplo, los del sur de Europa.

El principal problema de la salida del euro y la consiguiente devaluación de la nueva moneda nacional sería, sin duda, el encarecimiento de las importaciones y el posible —aunque cuestionado por no pocos economistas— efecto negativo que ello tendría en el incremento de la inflación, especialmente en un país como España, tan dependiente de las fuentes exteriores de energía. Sin embargo, no es menos cierto que la subida de precios en los productos importados podría favorecer la industria local, un fenómeno que, junto con el aumento del turismo y de las exportaciones, contribuiría a equilibrar la balanza de pagos. La nueva moneda contaría con el apoyo de un banco central propio que apoyaría a la deuda nacional y, con toda probabilidad, también recibiría el apoyo indirecto de los países con moneda fuerte, ya que a éstos tampoco les convendría una excesiva devaluación de la nueva moneda. Desde una óptica progresista, lo más atractivo de la devaluación es la posibilidad de repartir el coste del ajuste sobre todas las clases sociales, así como sobre los acreedores extranjeros que cometieron la imprudencia de conceder créditos (una moneda propia devaluada permitiría hacer una quita encubierta de la deuda). La salida del euro favorecería una salida más equitativa en la medida en que sólo modificaría los precios interiores con respecto a los exteriores, pero no tendría por qué alterar significativamente los precios relativos (incluidos los salarios) en el interior. Finalmente, si, como parece previsible, no se avanza seriamente hacia la unión política y fiscal europea, tarde o temprano la situación se volverá tan insostenible que la salida del euro acabará ocurriendo de forma ineluctable. En este caso, una salida planificada de la unión monetaria puede ser una alternativa mucho más razonable que la de tener que sufrir largos años de agonía para acabar siendo expulsados de forma caótica e

incontrolada.

El libro de Martín Seco es una obra inteligente y honesta sobre la historia de un desastre anunciado. También es un libro útil para ampliar los horizontes del discurso de la izquierda española, que en materia económica parece conformarse con lanzar propuestas de política fiscal dentro de los márgenes competenciales que permite el actual modelo de integración europea. Es muy probable que algunos comentaristas sientan la tentación de caricaturizar injustamente al libro de Martín Seco como una explicación falazmente totémica de la crisis o como un simple ataque de vanidad en forma de “yo ya lo decía”. Lo cierto es que Martín Seco expone sus argumentos de forma humilde. No los presenta como geniales hallazgos sino como meras constataciones de hechos obvios para cualquiera que no quisiera hacerse el ciego. Martín Seco tampoco plantea la salida del euro como una panacea. Sin minimizar el coste y el trauma inherentes que comportaría el retorno a la soberanía monetaria, considera, con razón, que los culpables de sus consecuencias no son los que proponen la salida del euro, sino los que nos empujaron a una entrada irresponsable y suicida. El autor lo compara inteligentemente con la burbuja inmobiliaria. Resultaba evidente que, una vez dentro, el pinchazo sería terrible, pero ¿acaso valió la pena alargarla para luego sufrir consecuencias aún más devastadoras?

Contra el euro es, por encima de todo, un libro contra el miedo. El autor razona sin complejos y sin temor a ser tachado de antieuropeísta, rechazando los constreñimientos mentales de quienes han interiorizado su papel como economistas coloniales. La mejor aportación del libro de Martín Seco es la generosidad con la que comparte sus conocimientos económicos para evidenciar que el debate del euro no puede limitarse a una cuestión técnica entre economistas profesionales. Tras constatar que dentro de la actual unión monetaria no es posible una salida democrática y social a la última crisis del capitalismo español, la discusión para transformar esta realidad sólo puede entenderse como parte de un debate de estrategia política. Se trata de decidir si es factible una solución europea o si, por el contrario, la izquierda y el movimiento democrático deben contar con un programa que, sin olvidar la esencia internacionalista de todo proyecto emancipador, incluya planes de contingencia ante una eventual recuperación de la soberanía monetaria y el consiguiente abandono del proyecto más ambicioso y devastador de la oligarquía financiera europea.

Nota

[1] David Marsh, *The Euro. The Battle For The New Global Currency*, New Haven, Yale University Press, 2009, pp. 120-121.

[Andreu Espasa es historiador y miembro de Attac-Acordem]

30/3/2013

¿Y si también quebraran los paraísos fiscales?

Miguel Ángel Mayo

En plena crisis financiera internacional, con problemas endémicos por parte de la mayoría de los países para controlar su déficit público de la deuda y bajo la amenaza constante de recortes presupuestarios en prestaciones sociales básicas —educación, sanidad, desempleo, jubilaciones...—, la sociedad en su conjunto demanda una acción contundente y eficaz de los gobiernos frente a una de las mayores lacras de la economía: la evasión de capitales hacia paraísos fiscales.

Historia

El origen de los paraísos fiscales se remonta a finales del siglo XIX, cuando el estado estadounidense de Nueva Jersey decidió rebajar sus tipos impositivos con el objetivo primordial de “atraer más industria a la región”.

Cabe hablar en ese momento del “inicio de la competencia fiscal por razón de territorio” y fijarnos de inmediato en el cambio en el panorama de estos paraísos fiscales, donde la existencia de una actividad económica industrial real brilla por su ausencia.

Por su parte, Europa —concretamente Suiza— comenzó a ofrecer beneficios fiscales y a instaurar mecanismos de opacidad a finales de la Primera Guerra Mundial, siendo el verdadero detonante de este tipo de centros la posibilidad ofrecida por el Banco de Inglaterra de permitir depósitos en moneda nacional fuera de sus respectivos países. Es en ese momento cuando se desarrolla una industria financiera en territorios como las Islas del Canal, las Islas Caimán, etc.

Podemos distinguir, no obstante, dos épocas diferenciadas respecto a estos establecimientos: entre los años cincuenta y los noventa, en que se conocía la existencia de estos centros pero ningún país los denunciaba explícitamente —pudiendo incluso publicitar de forma legal sus servicios financieros—, y finales de los años noventa, fecha en que los estados miembros de la OCDE publicaron una lista con todos los países responsables de tales operaciones. Desde entonces, y de manera creciente, las denuncias y críticas se han desatado de forma feroz contra los efectos perjudiciales que, para el sistema financiero y para la supervivencia fiscal de los países, han provocado los patrimonios gestionados desde los paraísos fiscales. Críticas que incluso han levantado ligeramente el velo que cubre las cuentas registradas en estos países, por el temor a ser calificados de paraísos fiscales.

Lista de los paraísos fiscales

No existe una lista única para los territorios considerados paraísos fiscales, y de hecho tampoco existe un criterio idéntico para la diversidad de organizaciones y países que las recogen.

A modo de análisis, la principal lista fue la publicada el 2 de noviembre de 2011 por la OCDE, en la que sólo quedan como países catalogados como paraísos fiscales Nauru, en la Micronesia, y Niue (la Roca de la Polinesia).

Además, podemos hacer referencia a los paraísos fiscales en la legislación española, recogidos en el Real Decreto 1080/1991, de 5 de julio de 1991.

Pero más representativos que cualquier lista pueden resultarnos algunos ejemplos de países, y lo que sin duda nos sorprendería sería su consideración o no como territorios calificados como paraísos fiscales:

- Nauru, un territorio paupérrimo con una extensión de unos 21 kilómetros cuadrados, cuenta nada menos que con unos 400 bancos.
- Las Islas Caimán, considerado por muchos como el quinto centro financiero internacional, tienen sólo 54.000 habitantes.
- Las Islas Barbados, que tiene domiciliados alrededor de 40 bancos, más de 350 compañías de seguros y cerca de 4.000 empresas.
- Liechtenstein, con unos 36.000 habitantes, cuenta con más de 40.000 entidades registradas.
- Aruba, que tiene 70 kilómetros cuadrados de superficie, y donde operan 17 bancos y más de 3.000 empresas.
- Las Islas Vírgenes Británicas, donde hay registradas unas 2.000 compañías por cada cien habitantes.
- Luxemburgo, con alrededor de 320 establecimientos financieros y donde operan unos 1.200 fondos, cuenta con más de 10.000 *holdings* y grupos de empresas y con 55 bancos propios.

Características de estos “centros financieros internacionales”

Nadie es capaz realmente de dar una definición exacta de “paraíso fiscal” y, de hecho, hemos visto que diferentes organizaciones internacionales o países tienen sus propias listas de paraísos fiscales, pero de lo que no cabe duda es de que estos “centros financieros internacionales” tienen unas características en común que los hacen “apetecibles” desde el punto de vista financiero y fiscal:

- Un nivel de tributación bajo o nulo aplicado a los no residentes, incluso cuando no desarrollan actividades reales en el territorio. Conviven, por

tanto, dos regímenes fiscales diferentes, el que afecta a residentes sujetos al pago de impuestos y el que afecta a no residentes que gozan de ventajas fiscales.

- Un secreto bancario reforzado, lo que asegura un alto nivel de anonimato en sus cuentas e impide disponer de un conocimiento real de las operaciones que se llevan a cabo en esa jurisdicción.
- Una amplia infraestructura de soporte (bancos, abogados, notarios, fideicomisarios...).
- Un procedimiento laxo en cuanto a la inscripción de una empresa en su territorio, con condicionantes marginales al reservarse a operadores con una importante cifra de inversión.
- Una eficacia y rapidez manifiestas en la incorporación de una entidad. Muchas de las entidades están constituidas previamente y permanecen vacías hasta que son adquiridas por un agente económico.
- Una ausencia de transparencia, al darse disposiciones legales, reglamentarias o prácticas administrativas que impiden el intercambio de información con otros países, en relación con contribuyentes que se benefician de las ventajas fiscales.

Con estas características, estamos en disposición de desentrañar el porqué de su denominación de “paraísos fiscales”, puesto que, como paraísos, permiten hacer prácticamente todo lo que a uno se le antoje desde el punto de vista financiero y fiscal.

Volumen gestionado

En el mundo hay unos sesenta centros financieros internacionales, los cuales están concentrados en Sudamérica —especialmente en el Caribe—, algunas regiones de Estados Unidos, Europa, el sudeste asiático y el océano Índico. Como vemos, los paraísos fiscales están repartidos absolutamente por todos los continentes a lo largo y ancho del globo terráqueo. Aunque su ubicación es clara, la información respecto a la cantidad de dinero que estos centros mueven es meramente un dato estimativo.

No obstante, un dato cierto y conocido es que estos centros dan cabida a más de dos millones de empresas, además de miles de bancos, fondos y aseguradoras.

Una de las estimaciones más fiables es un estudio publicado por Tax Justice Network, que nos indica una cantidad en torno a los 21 billones de dólares como estimación de la riqueza oculta en paraísos fiscales. Esta cantidad representa la suma de los PIB de Estados Unidos y Japón juntos, o, en nuestro caso, 15 veces el PIB de España. Además, según el autor del estudio, el

economista James Henry, se trataría de una estimación conservadora. La cifra podría elevarse hasta los 32 billones; aun así, el cálculo se limita a los activos financieros y excluye, por tanto, las propiedades inmobiliarias, los yates o las colecciones de arte.

El mismo estudio ofrece datos respecto a la brecha entre los que más tienen y el resto. Así es como se repartirían, según la investigación, los 55 billones de dólares que existen en forma de activos financieros netos a escala global: unas 90.000 personas, es decir, el 0,001% de la población, poseerían el 30%; algo más de 9 millones de personas, el 0,14% de la población, controlarían el 81,3%; por último, el 99,86% restante de la población se repartiría el 18,7% de esos 55 billones. Así pues, si incorporamos al análisis los fondos escondidos en paraísos fiscales, es posible que los niveles de desigualdad existentes sean mucho peores de lo que nos habían contado.

Suponiendo que los 21 billones de dólares que las personas más ricas del planeta esconden en paraísos fiscales produjeran una rentabilidad del 3% anual y que a ese beneficio se le aplicara un impuesto del 30%, se generarían ingresos fiscales por valor de 190.000 millones de dólares, una cifra muy superior a la cantidad que los países de la OCDE destinan cada año a financiar la Ayuda Oficial al Desarrollo. Dicho de otro modo, el servicio que los paraísos fiscales ofrecen en la actualidad para que las personas más ricas puedan ocultar su dinero supone un lastre inaceptable para el resto de la población. Esas mismas personas que esconden su dinero en paraísos fiscales utilizan servicios y bienes públicos para generar su riqueza, pero deciden no pagar por ello. Parece ser que para eso ya estamos el 99,86% de la población restante.

Problemas

Opacidad: Uno de los mayores problemas de la existencia de estos centros es el nulo intercambio de información, haciendo opacas las operaciones que se realizan en ellos.

Complejidad: La mayoría de las corporaciones e individuos que utilizan estos territorios diseñan complejas estructuras organizativas para la evasión fiscal. Esto provoca que la presión fiscal recaiga sobre las corporaciones e individuos que no pueden permitirse diseñar tales esquemas fiscales.

Ilegalidad: En la mayoría de los casos, las gestiones de patrimonios realizadas por estos territorios responden a actividades ilícitas. Son además numerosos los casos de corrupción y blanqueo de capitales asociados con cuentas abiertas en estos "centros financieros".

Y, fruto de todo ello, fraude y evasión fiscal: Según Xavier Harel, investigador

y autor de *La grande évasion: le vrai scandale des paradis fiscaux*, del 30 al 40% de los impuestos que deberían recaudar los países en desarrollo terminan en paraísos fiscales. Según Harel, los impuestos eludidos y evadidos cuestan anualmente a la Unión Europea alrededor de 200.000 millones de euros.

Sin lugar a dudas, los paraísos fiscales son el auténtico agujero negro de la economía mundial, distorsionan los flujos financieros, acrecientan las desigualdades sociales y representan un peligro constante para la economía real. Mucho habría que analizar sobre la actual crisis en Chipre y el modelo de estos centros financieros internacionales, sus causas y sus consecuencias; un análisis del que el resto de los países de la Unión Europea deberían tomar previsor ejemplo. “Y es que los pueblos que no conocen su historia, están condenados a repetirla”, como dijo Nicolás de Avellaneda.

[Miguel Ángel Mayo es colaborador de *mientrastanto.e* y coordinador en Cataluña del Sindicato de Técnicos de Hacienda (Gestha)]

27/3/2013

Hacia un bloque político y social. Algunas insuficiencias

Juan Manuel Aragüés Estragués

Introducción

La explosión ciudadana del 15-M en nuestro país supuso una inesperada recuperación de la calle para la intervención social y para la expresión de un malestar colectivo que, hasta ese momento, no había encontrado cauces adecuados. La estrechez y esterilidad del juego político de nuestras sociedades, la fatigosa unidimensionalidad de nuestros medios de comunicación, impedían que el malestar ciudadano pudiera vehicularse de modo adecuado. Y de pronto, las plazas y calles se llenaron de consignas, de gritos, de sonrisas cómplices entre curtidos activistas que habían olvidado, por el juego de las discrepancias milimétricas, el vasto campo común que les unía, resonaron nuevas voces que, de manera espontánea, querían recuperar el espacio del que se las había desplazado por una democracia formalizada al extremo. Como diría el viejo Spinoza, la muchedumbre, desunida, atomizada e impotente, dejaba paso a la multitud. Días, en muchos aspectos, de vino y rosas, en los que el Acontecimiento toma el espacio público.

La efervescencia de esas jornadas ha tenido como efecto más notable la constitución de una multiplicidad de movimientos reivindicativos que, al calor de los recortes impulsados por las políticas neoliberales, han conseguido un estado de movilización entre una parte importante de la ciudadanía. A golpe de convocatoria, las mareas inundan las calles, las manifestaciones se vuelven, especialmente en las jornadas de Huelga General, multitudinarias. Desde la óptica de la movilización y de la conciencia social, especialmente teniendo en cuenta la apatía en la que se venía desarrollando la sociedad española, el 15-M supone un inesperado éxito ciudadano.

Sin embargo, más allá de los regocijos, quisiera reflexionar en las siguientes líneas sobre algunos problemas e insuficiencias que afectan a nuestro presente movilizador, a nuestra dura lucha contra un neoliberalismo criminal que, desvestido de todas sus máscaras, se aplica con denuedo en la tarea del expolio de lo común. Entiendo que esos problemas e insuficiencias se convierten en un lastre que impide avanzar adecuadamente en lo que en estos momentos se me antoja imprescindible: la articulación de un amplísimo bloque social y político que haga frente a las agresiones que venimos sufriendo con la excusa de la crisis.

El consenso como herramienta

En muchos ámbitos de nuestras movilizaciones ha cundido la idea de que el consenso debía ser la herramienta única de gestión del debate, que el debate debe desembocar siempre en un consenso unitario, entendiéndose la votación como una expresión de sometimiento de las minorías por la mayoría y, por tanto, de formas de hacer política inadecuadas. Son muchas, desde mi perspectiva, las razones que permiten dudar de las bondades del consenso, al menos del consenso entendido como condición imprescindible para la toma de acuerdos.

En primer lugar, y comenzando por la cuestión más teórica, más filosófica, el consenso parte de una concepción idealista y moderna del ser humano, la concepción que se gesta de Descartes a Kant y Hegel, y en la que se teoriza la existencia de una naturaleza humana común. Desde esta óptica, las discrepancias son expresión de fuerzas, pasiones, defectos, insuficiencias que nos alejan del bien pensar. Si son sometidas por la razón común, se podrá alcanzar una visión única, y verdadera, de la realidad y, como consecuencia, una posición política unitaria, fundamento de esa *paz perpetua* de la que habló Kant. Quizá convenga recordar que el acontecimiento político por excelencia que da entrada a estos planteamientos en el juego social, la Revolución Francesa de 1789, se asienta sobre una reivindicación de igualdad que se dirige en dos direcciones. Hacia arriba, hacia la nobleza, la burguesía triunfante quiere restar toda legitimidad a los discursos que habían venido sustentando el privilegiado acceso al poder como la consecuencia necesaria de una naturaleza especial, la que acompaña a los aristócratas de sangre azul. Y por ello, espeta en su cara la declaración de igualdad, de común naturaleza. Pero ese gesto se dirige inmediatamente hacia abajo, hacia las clases populares, para deslegitimar cualquier pretensión de una reivindicación política específica, pues todos somos la nación, cuyo bien común debe ser objetivo de la política. La burguesía es la clase que se oculta bajo la idea de una naturaleza humana común, de un bien común, de una nación que a todos cobija.

Frente a esa tradición que denigra toda diferencia, que construye, desde una posición ideológica, un concepto de naturaleza humana compartida por todos los sujetos, la tradición materialista, que me atrevo a calificar como *la nuestra*, y que incluye a los sofistas, a Spinoza, a los materialistas franceses del XVIII, a Marx, a Nietzsche, entre otros muchos, subraya los elementos diferenciales que atraviesan a los seres humanos: el género, la clase, la cultura, la edad, son constituyentes subjetivos que justifican diferencias en la evaluación del mundo. Esa diferencia en la constitución subjetiva implica miradas matizada o radicalmente enfrentadas. Precisamente, si salimos a la calle es porque somos conscientes de la imposibilidad de consenso alguno con aquellos que sustentan una mirada antagónica sobre la realidad. Pero también, en nuestro propio interior, en ese nosotros inestable que

constituimos, las diferencias, aunque matizadas, implican que los debates no deban cerrarse con aplauso unánime. Habrá quien tiña su mirada más de cuestiones de género, quien acentúe el perfil ecológico, quien recoja con mayor potencia el hilo rojo de la tradición obrerista. En fin, perspectivas diferentes sobre la realidad, diferentes escalas en la detección y evaluación de los problemas que atraviesan lo real. Pretender la unanimidad como condición para la acción política es pura quimera, producto, quizá inconsciente, de una incorrecta teorización del carácter del sujeto.

En segundo lugar, porque los consensos suelen ser falsos consensos. En los procesos asamblearios a los que he asistido, llegada la hora de tomar una decisión, y habiendo establecido previamente la dinámica del consenso, se pregunta por las posibles voces disidentes, voces que, en ocasiones, no surgen por la presión del grupo o simplemente porque, lo sabemos, hay personas a las que cuesta un mundo expresarse en público con la palabra, no así alzando la mano para votar. En estas condiciones, el consenso no es tal y lo que surge de las reuniones es una posición de parte revestida de consenso.

En tercer lugar, y está implícito en alguna de las argumentaciones, la exigencia del consenso conduce a la parálisis política e, incluso, a la imposición de las minorías, pues, aunque una posición estuviera muy ampliamente respaldada, la exigencia de consenso la paralizaría.

Dicho esto, no se entienda que se está argumentando desde la desconsideración de la búsqueda de consensos. Entiendo que el consenso es un objetivo legítimo, que es preciso debatir para limar distancias y ampliar acuerdos, que la votación no es el primer recurso en un proceso de toma de decisiones. Pero, al mismo tiempo, también entiendo que la votación no debe ser vista como una opción ilegítima. Especialmente cuando no estamos hablando de organizaciones consolidadas, en las que hay unas mayorías y minorías definidas, y en las que, por lo tanto, el destino de la minoría es, siempre, la derrota, sino de debates en los que, en unos casos, podemos encontrarnos compartiendo el sentir mayoritario y en otros, quedarnos en posición de minoría. El consenso debe ser entendido como un instrumento de gestión de la discusión, pero no es el único instrumento y, desde luego, no debe implicar la renuncia a la expresión democrática del voto.

La cuestión de la diferencia

Venimos de una tradición en la que la diferencia siempre ha estado sometida a la identidad, en la que lo diferente ha sido entendido como lo anómalo, lo desviado, aquello que era preciso reconducir a los parámetros de la normalidad. Los modelos dominantes se han impuesto asfixiando toda voz disidente. La propia historia del pensamiento es la historia de esa asfixia,

como se ha encargado de mostrar Michel Onfray **[1]**. Precisamente por ello, el siglo XX, especialmente en su segunda mitad, vio surgir una potente reivindicación de la diferencia. Se trataba de colocar sobre la mesa la realidad de la diferencia, de la diversidad étnica, cultural, sexual, política.

Sin embargo, esa reivindicación de la diferencia se ha hecho de dos modos. El filósofo Gilles Deleuze lo resume de manera magistral. Indica Deleuze **[2]** que hay dos maneras de entender la diferencia. Una en la que se entiende que solo lo que se parece difiere, y por lo tanto, la diferencia aparece como una huida de la identidad; otra, en la que se entiende que la realidad es diferencia, que todo está sometido a la diferencia y, a partir de esa realidad de la diferencia, solo queda buscar elementos de coincidencia, ir construyendo lo común. Entender la diferencia de uno u otro modo tiene, a nuestro modo de ver, profundas implicaciones políticas.

Si entendemos la diferencia como huida de la identidad, como hacen autores como Lyotard o Vattimo, continuamos presos de la lógica de la tradición filosófica, de la lógica de la identidad. Asumimos la existencia de una identidad, de un marco constituido, que es preciso quebrar, haciendo aflorar la diferencia. Y, ciertamente, el monolitismo asfixiante de ciertos modelos, como el patriarcal, o el nacional, por poner un par de ejemplos, alimenta una reacción de manifestación de la diferencia; frente al modelo masculinizante del mundo, la reivindicación de la mirada mujer, frente a la normalización cultural de un Estado centralista, la expresión de otras culturas acalladas. Sin embargo, ese proceso de huida de la identidad puede desembocar en una espiral diabólica en la que la voluntad de diferenciarse, llevada al paroxismo, oculte evidentes elementos de cercanía. Lo que quiero decir es que si en el proyecto teórico-político está el manifestar la diferencia, siempre hallaremos el motivo, la justificación de esa diferencia, lo que nos llevará a desembocar en un archipiélago de subjetividades atomizadas, individualizadas, que luchan por su especificidad. No encuentro mejor ejemplo que la magnífica escena de la película *La vida de Bryan*, en la que se hace el catálogo de los diferentes grupos palestinos que luchan contra el ocupante romano. Magnífica metáfora de nuestra izquierda, una izquierda que si, ya cuando asumía como casi única la tradición obrerista, se veía atravesada por las particularidades (marxistas, marxistas-leninistas, trotskistas, maoístas pensamiento Mao-Tse-Tung y maoístas pensamiento DE Mao-Tse-Tung...), una vez aceptada la pluralidad de los sujetos de transformación social (feministas, pacifistas, ecologistas), debe enfrentarse a la extrema diseminación en cada uno de sus ámbitos constitutivos.

Por el contrario, si entendemos la diferencia como origen, es decir, si partimos de la concepción de que somos diferentes, bañados cada una y cada uno por la especificidad de su nacimiento, de su desarrollo, de sus relaciones

—recordemos que Marx define al ser humano como “el conjunto de las relaciones sociales” **[3]**—, de su formación, de sus encuentros, desde esa especificidad subjetiva solo cabe un camino en la relación con los otros: los posibles encuentros. No me hace falta reivindicar mi diferencia, porque soy consciente de ella, como de la diferencia del otro. De lo que se trata, si se pretende hacer política, es de, desde esa diferencia constitutiva, tender los puentes que nos conduzcan a lo común. Spinoza se encuentra detrás de esta idea. Y al resultado de ese proceso de encuentros es a lo que llama multitud **[4]**.

En un momento como el que vivimos, en el que la movilización no está protagonizada por colectivos organizados, sino por personas que se lanzan a la calle a expresar su malestar, un malestar que es particular, en la medida en que cada persona vive un aspecto de la crisis, se impone acudir a esa concepción de la diferencia como origen como pedestal desde el que construir lo común. Ese magma de voces que se alzaron en nuestras plazas aspiraba a ser un coro, un coro de voces diversas que entona una melodía común. No en vano surgió la idea de unos puntos políticos, de un programa de mínimos que expresara esa voz. Se entendió perfectamente, al menos en una amplia parte del movimiento, que no era momento de hacer bandera de reivindicaciones muy particulares, sino de buscar aquellas que nos aunaban. La diferencia había tomado las plazas, el trabajo, político, era construir lo común.

Politizar el movimiento

Resulta evidente que el 15-M supone un salto, cuantitativo y cualitativo, en el proceso de movilización de nuestro país. Cuantitativo por la cantidad, sostenimiento y envergadura de las movilizaciones, cualitativo porque a ellas se suman personas que dan, por primera vez, el salto a la protesta activa en la calle. Dicho de otro modo, desde la recuperación de la democracia, no se habían producido en nuestro país movilizaciones sostenidas de este calado. Sin embargo, la potencia de la movilización no está obteniendo, salvo casos aislados, como pueda ser el de los desahucios, resultados prácticos. Podemos tomar la calle, pero no transformamos la realidad, ni siquiera somos capaces de hacer disminuir la potencia de las agresiones que sufrimos. Ello nos lleva a algunos a considerar que es necesario un cambio en las estrategias que pasa, especialmente, por una mayor politización de la movilización.

Uno de los problemas con el que nos encontramos a la hora de dotar de una dimensión más política a la movilización ciudadana es el descrédito de la propia palabra “política” para muchas de las personas que participan en la movilización. Descrédito de la política que es entendida, de una manera muy simple, como la acción de los partidos políticos o las instituciones. Se produce

la paradoja de que el movimiento más político que se ha producido en decenios en nuestro país, pues pone en cuestión el orden establecido, es considerado por buena parte de sus protagonistas como un movimiento no político.

Frente a esa lectura reduccionista de la política como la acción de los partidos políticos y las instituciones, se impone una concepción amplia de la misma, en la que se entienda que los procesos de movilización son procesos políticos. No ha ayudado, a lo largo de estos años, sin duda, el empeñamiento de los sindicatos en negar el carácter político de sus movilizaciones. Debería ser una evidencia que cuando se ponen en cuestión iniciativas políticas, medidas legales, como se hace en una huelga general, o en las movilizaciones que ahora nos ocupan, se está haciendo política. Sin duda que no debe confundirse el dotar de dimensión política a la movilización con dotarle de una dimensión partidaria, pero, ¿qué hace la ciudadanía en la calle intentando evitar el expolio de lo público sino política?

Esa politización de la movilización pasa, por lo tanto, en un primer momento, por la comprensión de la propia acción como una acción política. Y como acción política debe clarificar unos objetivos, un proyecto. Esos objetivos están ahí, son coreados en los encierros, en las manifestaciones, no nos resultan extraños y pueden convertirse en la base de un programa de mínimos que aúne las diferentes mareas y movilizaciones. Es importante detectar los elementos compartidos en los diferentes sectores movilizados e, incluso, ampliarlos con nuevas propuestas de carácter general que puedan expresar al conjunto de la movilización. La construcción de un programa de mínimos desde abajo, que surja de la movilización social, es una exigencia para dotar de un horizonte a las luchas.

Y ese programa de mínimos es el paraguas que cobijará al movimiento organizado. Todo el que esté dispuesto a defender ese programa de mínimos, persona, colectivo, marea, organización, debe ser considerado como parte del bloque socio-político que es preciso construir. Pues el objetivo, desde mi punto de vista, es convertir la heterogeneidad y dispersión de la movilización, la diferencia que la constituye, en un bloque sociopolítico que articule a movimientos, partidos, sindicatos, colectivos y personas y que, incluso, se plantee converger en un futuro referente electoral.

Para este cometido entiendo que la tarea primordial es la de la superación de ese discurso sistémico que considera iguales a todos los partidos políticos y que tan profundamente ha calado en una parte de la población. No en vano el descrédito de la política es un objetivo sistémico. El sectarismo antipartidos, sin distinciones, que se ha instalado en una parte del movimiento, además de ser tremendamente injusto, le hace en realidad el juego al sistema, pues

desactiva instrumentos necesarios para un proceso de empoderamiento social.

Un nuevo papel de los partidos

No cabe duda que transformar la mirada que una parte de la ciudadanía movilizada tiene, tal como acabamos de apuntar, de los partidos es una ardua tarea. No menos que la de transformar el papel que los partidos deben desempeñar en el desarrollo del proceso de constitución del mencionado bloque político y social.

En Aragón tuvimos la experiencia de una alianza electoral, a la que denominamos La Izquierda de Aragón, y en la que confluyeron los dos partidos mayoritarios de la izquierda real de la Comunidad, Chunta e IU, junto con una suma de colectivos agrupados bajo el rótulo de la Iniciativa Social. La propuesta de un proceso de alianza electoral parte del ámbito social, de las mesas de convergencia y de sectores no organizados de la izquierda social. Durante un mes aproximadamente propiciamos encuentros entre CHA e IU y facilitamos el diálogo y acercamiento entre ambas formaciones. Sin embargo, llegado un momento, el proceso, especialmente, como no, la cuestión de las candidaturas, quedó en manos de los partidos. A una parte de la iniciativa social, el proceso le pareció insuficiente y pasó a apoyarlo desde fuera. Otros entendimos que un proceso de encuentro entre IU y CHA, tradicionalmente enfrentadas, aunque estuviera teñido de tacticismo, podía ser considerado como un éxito. Nos parecía suficiente que ambas formaciones hubieran entendido la exigencia de alianza que se les reclamaba desde el exterior de las mismas. Ahora bien, sí que dejamos claro que para nosotros se había abierto un camino irreversible. Y creemos que poca gente, excepto quizá los militantes más volcados hacia el interior de ambas formaciones, entendería que en próximas citas electorales no se acudiera de forma unitaria.

En todo caso, los tiempos han cambiado, la coyuntura no es la misma que propició esa primigenia alianza de 2011. No es la misma porque la crisis se ha profundizado, porque el gobierno del PP está procediendo, a marchas forzadas, a destrozar el “estado social y de derecho” que refiere nuestra Constitución, porque otras experiencias unitarias se han producido, tanto en España como fuera de ella. Y sobre todo, porque el momento es de una extrema gravedad. Por ello, no solo no hay vuelta atrás, sino que lo que se impone es un proceso todavía más amplio y en el que los partidos renuncien al protagonismo que tuvieron en esa primera alianza. No hay partido, ni siquiera suma de partidos, que sea capaz de dar cauce a todo lo que representa la actual movilización social. Una movilización que los partidos impulsan pero no pretenden monopolizar. Y bien pudiera ser esa su actitud en el proceso de constitución de un bloque político y social. En las actuales

circunstancias, los partidos deben actuar con un extremo tacto y generosidad. Potenciar el proceso, darle un tinte más político, debe ser su empeño, pero desde la renuncia a la pretensión de querer dirigirlo y encabezarlo electoralmente. Ello no quiere decir que no pueda ser un militante o dirigente de un partido quien encabece una lista electoral, sino que no podrá hacerlo por la imposición de su organización, sino como fruto, en todo caso, de la decisión del colectivo.

La crisis y sus efectos sociales abren la puerta a una exigencia que venía acompañando de lejos a cierta izquierda, pero que no había encontrado la coyuntura propicia para su plasmación: la exigencia de nuevas formas de hacer política. Las inercias de prácticas teñidas de burocratismo, el miedo a una verdadera apertura a la sociedad, impedían llevar a la práctica lo que los papeles exhibían. La actual situación nos coloca, a todos y todas, ante la necesidad de repensar la intervención política, si no queremos un mayor desenganche de la mayoría social. Cuestiones como las primarias o como las listas abiertas serán argumentos que, con toda seguridad, los sectores sociales colocarán sobre la mesa a la hora de concretar esos procesos de convergencia política y electoral. Y los partidos deben saber dar respuesta adecuada a esas exigencias. La posible disyuntiva ante la que nos encontramos es la de un proceso como el que vengo describiendo, de constitución de un bloque político-social con vocación, también electoral, y en el que se integren los partidos de la izquierda real, o el mantenimiento de las opciones partidarias por separado y la proliferación de plataformas electorales auspiciadas desde sectores sociales movilizados. Y aun pudiera darse una tercera opción: la aparición de una candidatura de tintes populistas que desbanque a ambos proyectos.

No es momento de cálculos electorales, de cultivar exiguos jardines. Los partidos de la izquierda son herramientas de transformación, no objetivos en sí mismos, y como tales herramientas deben promover la opción que apunte de mejor manera hacia ese horizonte de transformación que la movilización ciudadana reclama.

Conclusión

Las líneas que anteceden pretenden ser una reflexión sobre algunos problemas que apuntan en la movilización actual. No son, desde luego, todos, pero sí que considero que están presentes, por un lado, los tres primeros, en nuestras prácticas cotidianas y, por otro, el último de ellos, en nuestro inmediato horizonte. Y sin resolver todos y cada uno de ellos, se me antoja tremendamente complicado abordar la tarea que se propone en el artículo: la construcción de un bloque político-social con vocación electoral. Es en lo que están trabajando diferentes colectivos en todo el país. En Aragón, Ateneo

camina en esa dirección. Alcanzar ese ambicioso objetivo, impensable hace poco tiempo —como impensable era en Aragón una alianza entre CHA e IU solo unos meses antes de que se produjera—, exige dar respuesta a los problemas planteados. Si queremos desarrollar un proceso convergente desde la unanimidad de los participantes en todos y cada uno de los aspectos del proceso, si no somos conscientes de que no es el momento de los matices de cada postura, si no superamos el antipoliticismo que surca al movimiento, si los partidos políticos, planteada la cuestión, no son capaces de advertir cuál debe ser su nuevo papel en la actual coyuntura, la iniciativa no llegará a buen puerto. Sin duda, se nos plantea una ardua tarea. Por ello, es preciso ser conscientes, desde un primer momento, de los problemas que es preciso superar. Aquí solo se apuntan algunos. Seguros que otros compañeros, otras compañeras, advertirán otros, o enmendarán, total o parcialmente, los que aquí se plantean. En todo caso, estamos ante una discusión necesaria, imprescindible y que, por lo tanto, debe ser lo más franca posible. Lo que aquí se propone a consideración es, entre otras cosas, una invitación al debate.

Notas:

[1] Onfray, M. *Contrahistoria de la filosofía (1-6)* Anagrama, Barcelona.

[2] Deleuze, G. *Diferencia y repetición* Júcar, Madrid, 1988, pp. 202-203.

[3] Marx, K. “Tesis sobre Feuerbach” en Muñoz, J. *Marx* Península, Barcelona, p. 432.

[4] Spinoza, B. *Tratado político* Alaiña, Madrid, 1986, p.104.

[Juan Manuel Aragüés Estragués⁴es Profesor de Filosofía, Universidad de Zaragoza y coordinador en Aragón de Mesas de Convergencia]

24/3/2013

El proceso de unidad comunista en Cataluña: limando los extremos

Ricard Ribera Llorens

El espacio comunista en Cataluña se encuentra dividido en distintas estructuras de partido desde la crisis estallada en el V Congreso del PSUC de 1981 y la consiguiente creación del Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC) el año siguiente. El mapa actual proviene de 1997, cuando, después de la progresiva desaparición del PSUC histórico, la fundación del PSUCviu (bajo la influencia Partido Comunista de España) dibujó de nuevo un escenario con dos formaciones. El diseño de estrategias distintas que se acentúan en el papel que debe jugar Esquerra Unida i Alternativa (EUiA), su política de alianzas y la gestión federal de IU, junto a la inestabilidad propia de las relaciones entre dos partidos que compiten por un mismo espacio, consolidó la confrontación entre ellos. Pese a todo, en los últimos cuatro años se han producido los cambios suficientes para que se activara un proceso de unidad.

Desde 2010, el PCC primero y, después, el PSUCviu han modificado su estrategia debido al cambio en las direcciones de los dos partidos y al abandono de aquellos que anclaban la estrategia de cada partido en el extremo opuesto al del otro. Paralelamente, el cambio de rumbo del PCC ha facilitado unas buenas relaciones con el PCE en la dirección de IU desde que Cayo Lara es coordinador general, condición indispensable pero no suficiente para el acercamiento de todos los comunistas en Cataluña. Una mayor exigencia por parte del PCC en lo que se refiere a la visibilidad de los postulados políticos de EUiA y al peso de los movimientos sociales, junto al cambio de dirección en el PSUCviu, que apuesta por participar de nuevo en EUiA, son los factores que han propiciado el inicio del proceso de unidad.

El PCC, bajo el liderazgo de Marià Pere y Jordi Miralles, aplicó durante años un análisis político basado en la necesidad de tejer alianzas con la izquierda moderada y el centro-izquierda para contrarrestar la hegemonía neoliberal de la oligarquía catalana. Un frente, pues, de las izquierdas políticas y sociales bajo una cultura de complementariedad que hiciera bascular el centro de gravedad del sistema político hacia postulados progresistas. De esta estrategia surgía una táctica a favor de la unidad con el centro-izquierda en cada frente y del acercamiento a formas de acción y postulados políticos de izquierda socialdemócrata, dando mucha relevancia a la acción institucional.

La táctica de este partido en el frente institucional y en el de la política de alianzas consistía en presentar una EUiA con un discurso de bajo perfil ideológico frente al sistema y en asumir una alianza con Iniciativa per Catalunya Verds (ICV) en condiciones de desigualdad tanto en términos de

representación parlamentaria como de línea política. En aquellos años, la dirección de EUiA no criticó abiertamente aquellas decisiones y actuaciones de los gobiernos tripartitos que entraban en grave contradicción con su programa (como, por ejemplo, la aplicación del Plan Bolonia o la gestión de la *Conselleria* de Interior) y, dentro de Izquierda Unida, apostó por el liderazgo de Gaspar Llamazares y por su línea cercana al PSOE y poco proclive a los movimientos sociales alternativos. En Comisiones Obreras prefirió apelar a la unidad antes que construir o apuntalar el sector crítico, mientras que en el terreno de los movimientos sociales optó por los movimientos sectoriales (como *Dempeus per la Salut Pública*) antes que por los ámbitos más alternativos.

Antes de entrar en la estrategia que mantuvo el PSUCviu, hay que contextualizarla. Este partido nació años después de la “congelación” del PSUC histórico y a raíz de la moderación ideológica y la voluntad de acercamiento al PSC pregonada por la dirección de IC (entonces liderada por Rafael Ribó). Los fundadores del PSUCviu habían formado parte del sector más crítico dentro de IC, aunque el elemento que propició la escisión fue la crisis entre IU e IC, que también llevó a la fundación de EUiA. Este origen marcó la genética del PSUCviu en cuatro sentidos. Ante todo, en tanto que aspiró a ser el partido de los todos comunistas pese a haber sido creado por activistas muy concretos: los que en el V Congreso del PSUC formaron parte del sector leninista y no evolucionaron hacia el ecosocialismo, más aquellos que volvieron al PSUC en 1989 procedentes del PCC, por lo que resultó poco probable que se unificaran con este último. En segundo lugar, los del PSUCviu estaban empapados del propio funcionamiento de una IC institucionalizada y, de entrada, no construyeron partido, sino que pensaron que dominarían la nueva EUiA por su experiencia. Tercero, el hecho de ser una escisión de IC les llevó a radicalizarse y a despreciar el proyecto de ésta, pasando a estar a la izquierda del PCC pese a provenir de su derecha. Y por último, el apoyo que recibieron desde el PCE fue su principal activo hacia fuera y a nivel interno (sobre todo cuando perdieron fuerza dentro de EUiA), pero también les llevó a hacer un análisis de la política catalana desde la óptica del PCE y no partiendo de la realidad autóctona.

La pérdida del control de EUiA en 2002 supuso un desengaño muy importante para la militancia del PSUCviu, ya que culminó con un acuerdo de coalición desigual entre EUiA e ICV. Y como no fueron capaces de construir estructuras de partido y cohesión interna, al perder el control del proyecto de EUiA fueron perdiendo terreno dentro de ella y también militantes. Ello generó dentro de EUiA unas dinámicas de mayoría y minoría, esto es, una confrontación entre un PCC hegemónico y un PSUCviu que fundamentaba sus posiciones en la crítica y en las posturas de máximos, con mucho miedo a caer en contradicciones. En este contexto, el PSUCviu diseñó una estrategia basada

en crear alianzas para hacer crecer el anticapitalismo en Cataluña, dando mucha importancia a los movimientos sociales más alternativos y muy poca a la acción institucional (en parte por convencimiento y en parte porque no fue capaz de mantener su influencia dentro de una EUiA que no actuaba como frente anticapitalista). Para el PSUCviu, las alianzas con el centro-izquierda eran circunstanciales para poder aplicar acciones de gobierno concretas, pero en ningún caso eran estratégicas. Dicho elemento estratégico, junto a la procedencia de este partido y a la dinámica de minoría, hizo que no tolerara el formato y el papel político de la coalición ICV-EUiA ni el seguidismo hacia los ecosocialistas que desarrollaba la dirección de EUiA. Si sumamos los distintos elementos definitorios de la actuación del PSUCviu y los aplicamos a la dinámica española, entenderemos su crítica a la dirección de Gaspar Llamazares (conflicto con el PCE, complementariedad con el PSOE y acción institucionalizada) y cómo el apoyo del PCC a éste deteriorara las relaciones entre los dos partidos comunistas catalanes.

Semejante escenario empezó a cambiar a finales de 2008, cuando en la Asamblea Federal de IU el PCE sumó la mayoría relativa en detrimento del sector capitaneado por Llamazares. En aquella Asamblea, el PCC ejerció de bisagra pese a presentar a Joan Josep Nuet como candidato a coordinador general frente a Cayo Lara. Al fin, y gracias a la creación de una dirección integradora, Lara se hizo con las riendas de IU, por lo que el PCE volvió a trabajar a fondo en la organización y el PSUCviu tuvo que replantear toda su estrategia. En efecto, este partido reformuló su análisis respecto a EUiA por los cambios a nivel federal, las relaciones entre el PCC y el PCE y las nuevas posturas del PCC. Dicho cambio se consolidó en el convulso XIV Congreso, forzado por los sectores más críticos con la dirección de Albert Escofet y que terminó con el nombramiento de una nueva dirección capitaneada por Alfredo Clemente y Héctor Sánchez. De allí salió una nueva estrategia que mantiene el peso del trabajo en los movimientos sociales pero sin contraponerlo a EUiA y al ámbito institucional, que recupera el trabajo en EUiA, que acepta críticamente la coalición con ICV y plantea la necesidad de la unidad comunista en Cataluña.

Al mismo tiempo, un sector mayoritario del PCC, después de años de coalición con una ICV dominante y de gobiernos tripartitos, reclamó reformular su propuesta del “Frente de Izquierdas” desde un ámbito más combativo y menos institucionalizado y sin priorizar las alianzas con el centro-izquierda. Sus integrantes plantearon la constitución de un nuevo espacio de la izquierda alternativa que fuera más allá de la coalición con ICV y la necesidad de dotarse de un partido comunista fuerte y unitario. Este cambio estratégico, visualizado después del XII Congreso del PCC del año 2010 e impulsado por el nuevo secretario general Joan Josep Nuet, se encuentra en todos los frentes: apuesta por una EUiA integradora que mantenga un perfil propio más

marcado y con soberanía para tener relaciones con la izquierda alternativa más allá de la coalición con ICV (que debe mantenerse, aunque en condiciones de igualdad, y ampliarse); impulso de los movimientos sociales alternativos y del sector crítico dentro de CC.OO; buenas relaciones con el PCE y acercamiento al PSUCviu.

Como vemos, los dos partidos han abandonado los extremos tanto en un sentido estratégico como personal. Los dirigentes que controlaban las anteriores cúpulas han perdido la hegemonía en las direcciones actuales y ello se nota en las estrategias de ambos partidos, en la conceptualización de las alianzas y en las coincidencias en el análisis. Este cambio ha llevado a que estas personas abandonaran sus organizaciones. La importante minoría que perdió el congreso del PSUCviu de 2011 dejó el partido y creó el grupo Xarxa Socialista Unificada de Catalunya. En el ámbito del PCC el proceso está a medio camino: Marià Pere, secretario general hasta 2010, ha abandonado el partido, así como personas relevantes de su sector como Jordi Ribó. Otros, como los ex diputados Mercè Civit o Jordi Miralles, siguen afiliados pero con posiciones muy críticas.

Con estas condiciones propicias disminuye la competición, la gestión de EUiA es compartida y los dos partidos han iniciado los trabajos para concretar el proceso de unidad. Habrá dificultades que sortear como son los miembros críticos que se mantienen dentro del PCC, el equilibrio entre soberanía plena (modelo del PCC) y federación dependiente (modelo del PSUCviu) en las relaciones del nuevo partido con el PCE o la gestión del proceso de autodeterminación de Cataluña entre sectores de un PSUCviu que se han posicionado en un análisis muy poco soberanista. Con todo, si logran crear una síntesis satisfactoria y son capaces de dar vida a un proceso que no sea sólo una suma de dos grupos, sino que pueda abrirse a marxistas heterodoxos y comunistas sin carnet desengañados por años de divisiones y políticas erráticas, conseguirán una herramienta potente para la creación de un nuevo espacio de las izquierdas alternativas en Cataluña.

[Ricard Ribera es politólogo y autor del blog:
www.cienciasdelapolitica.cat]

26/3/2013

Universidad Complutense: relato de un discurso vacío

Fabián Estibáñez

Hasta el año 2003 la Universidad Complutense (UCM) se ha caracterizado por ser una universidad impermeable a los cambios habidos en el país desde el fin de la dictadura. Hasta entonces, ha mantenido la esencia del modelo napoleónico de administración pública y de universidad. Hablamos, en consecuencia, de una universidad autoritaria, irracionalmente jerarquizada, decimonónica y burocratizada hasta la inoperancia, donde la palabra *democracia* era un neologismo carente de significado.

En 1981 la Complutense intentó despertar de su letargo nacionalcatólico de la mano del rector Francisco Bustelo. Muchos, estudiantes en aquella época, creímos ingenuamente que la primera universidad del país en tamaño podía recuperar la identidad que le otorgaron la Institución Libre de Enseñanza y la Segunda República: una universidad creadora de conocimiento, abierta al diálogo y a la tolerancia, crítica, democrática. Poco duró aquel sueño para volver a la pesadilla del oscurantismo franquista con un rector afín al Antiguo Régimen: Amador Schüller.

El oscurantismo se mantuvo a lo largo de los años ochenta y noventa con rectores poco más o menos del mismo talante. Gustavo Villapalos, ex decano de la Facultad de Derecho, gobernó la Complutense durante más de diez años hasta que se catapultó de consejero de Educación en la Comunidad de Madrid. Sería injusto reconocerle algunos avances, como los cursos de verano de El Escorial, un cierto apoyo a la docencia y a la investigación, o una apertura a la acción sindical. Villapalos no pudo o no quiso transformar el espíritu endogámico y los privilegios de las castas docentes y administrativas emanadas de la dictadura. Su sucesor, Rafael Puyol, afín al Opus Dei, no aportó ningún cambio significativo.

Tuvo que llegar el profesor Carlos Berzosa en 2003 para que “la Complu fuera otra cosa”, como decía uno de los eslóganes de sus dos campañas electorales, y como así fue ciertamente. La Complutense experimentó un cambio profundo durante su mandato. Sus ocho años de gobierno transformaron decididamente la UCM, no sólo en sus elementos esenciales, la docencia y la investigación, elevándolas a la calidad de las mejores universidades europeas y norteamericanas, sino también en sus servicios a la comunidad universitaria, sus bibliotecas, cuya mejora fue notable, sus laboratorios, la atención a los alumnos —con la creación de la Casa del Estudiante— o la cooperación al desarrollo con países empobrecidos.

Especial mención merece la deuda que la Complutense saldó, gracias al rector Berzosa, con sus profesores, trabajadores y estudiantes víctimas de la Guerra Civil y de la represión, el exilio, la cárcel o el asesinato a manos del bando vencedor. Todos ellos recibieron el merecido homenaje y el reconocimiento que no sólo la universidad sino toda España debía a grandes pensadores y maestros cuya desaparición formó el secarral de pensamiento en que fue convertido el país entero por el bando vencedor. En cierto modo, la UCM devolvió a la sociedad española el esplendor de la Edad de Plata de la ciencia que la dictadura apagó con su afán de matar la inteligencia y vivificar la muerte. Fruto de esta apuesta decidida por dignificar la presencia de los ausentes y acallar las voces del silencio fue la creación de la Cátedra de la Memoria Histórica bajo la tutela del catedrático de Historia Contemporánea, el profesor Julio Aróstegui. Su reciente fallecimiento lo lamentamos profundamente quienes hemos conocido su trayectoria académica e intelectual y su compromiso incuestionable con la memoria de quienes fueron enterrados por el olvido, la ignorancia, el desprecio o la desidia.

No vamos a ocultar errores en la gestión del profesor Carlos Berzosa y de su equipo, como no haber limpiado suficientemente la universidad de elementos procedentes de etapas anteriores. Pero, en general, y tal como se reconoce ahora, transcurridos casi dos años desde que el profesor Berzosa dejó el rectorado, el balance de su gestión es altamente positivo porque el cambio que ha experimentado la UCM durante sus ocho años de mandato es incuestionable y marca, sin duda, un antes y un después en su historia. En gran parte, aquel sueño inocente y esperanzado que tuvimos con la llegada del profesor Bustelo al mando de la UCM se cumplió con el profesor Berzosa, veintiún años después.

Tras ocho años de mandato del rector Carlos Berzosa, y tras unas reñidas elecciones, éstas dieron la victoria en segunda vuelta al candidato José Carrillo, a la sazón catedrático de Matemáticas, frente a un contrincante que, lejos de todo pronóstico, fue el profesor José Iturmendi, quien fuera durante años decano de la Facultad de Derecho, y que se presentó a las elecciones con un programa nítidamente conservador, muy similar al de rectores anteriores a Berzosa citados en la primera parte de este artículo.

Muy al contrario que el candidato Carrillo, Iturmendi no ocultó en ningún momento la naturaleza de su proyecto para la mayor universidad del país. La pérdida en la primera vuelta por escasísimo margen del otro contendiente de la izquierda, el candidato Carlos Andradas —continuador de la obra del rector Carlos Berzosa y apoyado por éste y su equipo—, provocó una polarización de la segunda vuelta entre los dos principales sectores ideológicos de la universidad, de modo que la izquierda votó en su práctica totalidad a José Carrillo, y buena parte de la derecha (salvo un pequeño porcentaje, incluidos

algunos partidarios de los otros tres candidatos que también quedaron fuera en la primera vuelta) inclinó su elección por el candidato Iturmendi.

Poco tardó el nuevo rector en defraudar a sus votantes y simpatizantes, mucho menos que la esperanza puesta treinta años atrás en el profesor Francisco Bustelo. En pocos meses, el discurso y las promesas de Carrillo durante la campaña electoral se vinieron abajo como si su programa hubiera sido elaborado con un material parecido a la arenisca. Veamos algunos ejemplos:

No tuvo reparos el candidato Carrillo durante los dos períodos de la campaña electoral en prometer por activa y por pasiva dos cuestiones relacionadas con el gobierno de la Comunidad de Madrid, de cuya administración depende la economía de las universidades públicas madrileñas: la primera, que no se iba a dejar avasallar por la actitud prepotente de su presidenta y su afán de mermar los servicios públicos, la educación y las universidades públicas madrileñas, en particular; la segunda, que negociaría con la administración autonómica para lograr, como mínimo, 60 millones de euros anuales que permitieran una gestión digna con recursos suficientes para desarrollar las funciones encomendadas a la mayor universidad de Madrid y de España.

Lejos de cumplir ambas promesas, el profesor Carrillo, nada más tomar posesión de su nuevo cargo, adoptó una actitud acrítica y de constante entrega a los dictados de las políticas de la Comunidad de Madrid, no mostrando empacho alguno en acatar todas las órdenes emanadas de la Comunidad, incluyendo las que atentan directamente contra la autonomía universitaria o contra los derechos de los trabajadores, docentes o no docentes. Fruto de esta obediencia debida, la universidad ve recortados sus principales recursos para la docencia y la investigación o servicios como laboratorios o bibliotecas, disminuyendo notablemente la calidad de la que tanto hablan sus gestores. ¿Qué fue de aquellos 60 millones de euros anuales prometidos? Todo lo contrario: la Complutense se ha endeudado más con Carrillo, como veremos.

Una de las promesas estrella de su campaña, recogida en el programa, fue la defensa a ultranza de todos los derechos de los trabajadores, de los profesores y, sobre todo, de los no docentes, el personal laboral y funcionario administrativo y de servicios. No hubo mitin, encuentro o reunión donde se negara el candidato a acceder a todas las demandas del personal, por peregrinas que fueran. De hecho, el mayor porcentaje proporcional de votos obtenidos provino del sector PAS (Personal de Administración y Servicios).

De todo aquello, nada. Desde el primer momento, y ante la apremiante situación de la universidad como consecuencia del reiterado incumplimiento

de los compromisos de la CM, el rector y su equipo mostraron una actitud intransigente hacia las demandas de los trabajadores, en especial del PAS, negándose a la negociación con los sindicatos, rompiendo los escasísimos compromisos adquiridos tras una dura huelga los pasados días 5 y 6 de febrero o prohibiendo, como en los viejos tiempos, asambleas informativas y concentraciones, tal como ocurrió recientemente, el pasado 15 de febrero en la Facultad de Ciencias de la Información.

El rector Carrillo hace suyo el concepto de *racionalidad formal* de Max Weber, por oposición a la *racionalidad de valores*. Según aquélla, la burocracia es la encarnación suprema de la racionalidad de los fines y los medios; la racionalidad de valores, en cambio, es la que está al servicio de un fin moral escogido (Burrow, pp. 201 y ss.) La máxima autoridad de la UCM convierte la burocracia en un fin en sí mismo, elevándola a la categoría de fin supremo. Es la máquina omnipotente y omnisciente de poder cuyo valor absoluto es la encarnación del poder absoluto, el valor de la negación de toda ética, de todo fin moral, la racionalidad de los no valores, en términos weberianos.

“Una máquina sin vida —sostiene Weber— es la materialización de la mente ... También una materialización de la mente es esa máquina viva que la organización burocrática representa, con sus trabajadores formados, especializados ... sus regulaciones y sus relaciones de obediencia estratificadas jerárquicamente. Unida a la máquina muerta, trabaja para producir la jaula de esa esclavitud del futuro a la que algún día los hombres impotentes serán obligados a someterse como los *fellahin* del antiguo Egipto” (cit. por Arthur Mitzman, *The Iron Cage: An Historical Interpretation of Max Weber*, New Brunswick, 1985, p. 4n. En: Burrow, pp. 201 y ss.)

Al poco tiempo de acceder al cargo, el nuevo rector ha restituido en sus anteriores puestos a funcionarios provenientes de los tiempos de la dictadura, miembros de clanes familiares, no caracterizados precisamente por su honestidad ni por su profesionalidad al frente de la institución, ni mucho menos por su espíritu democrático o por su defensa de la universidad pública. De hecho, un gerente corrupto de la UCM se vio implicado en el famoso *Tamayazo*, desviando dinero de la universidad para sufragar gastos de aquella vileza, que el rector Berzosa denunció en su momento.

Una seña de identidad que lastra a este equipo de gobierno y contradice absolutamente su discurso electoral es, por un lado, la total ausencia de autocrítica y, lo que es mucho más grave, la persecución de la crítica. Lejos de escuchar las voces discordantes o las sugerencias que desde diferentes ámbitos se formulan, no se duda en arrinconar a quienes se atreven a pronunciarse y en acusar en público a los disidentes, incluso con amenazas, y en especial a los que en su día apoyaron al otro candidato de izquierda, el profesor Carlos Andradás. Prueba de ello es que este artículo no puede firmarse más que con pseudónimo, por muy increíble que parezca. No son

pocos los trabajadores de esta universidad que han sido rebajados de categoría, y por tanto de sueldo; se les arrincona, se les ningunea y se practica el llamado *mobbing* o acoso laboral sin miramientos.

Otra característica que lastra al rector es la apropiación descarada del discurso demagógico acuñado por dirigentes del Partido Popular, en especial de la Comunidad de Madrid, contra el rector Berzosa, no sólo en la campaña electoral, sino en el momento actual. Así, hicieron suyas las insidias y ataques de la presidenta de la CM contra aquél por su apoyo al juez Garzón; o por su apuesta decidida por sacar las capillas de la universidad, entre otras cosas.

Pero el mayor ataque de Carrillo que recuerda cansinamente el discurso dominante del PP se refiere a la famosa, en ambos casos, *herencia recibida*. Según Carrillo, su antecesor dejó a la UCM endeudada en más de 150 millones de euros. Carlos Berzosa contradice con datos económicos de su gestión —véase su artículo en *Nueva Tribuna* del 6 de febrero— el cúmulo de medias verdades que constituyen la gran mentira utilizada por los actuales gestores para engañar a la opinión pública, ocultando no sólo que la UCM fue saneada por Berzosa, sino también el incumplimiento del contrato programa suscrito entre la Comunidad de Madrid y la Universidad Complutense.

La Comunidad de Madrid rompió en el año 2008 sus compromisos con ésta y con todas las universidades públicas madrileñas, hecho denunciado en 2009 por el rector Carlos Berzosa cuando la CM se negó reiteradamente a cumplir sus acuerdos marco y contratos programa firmados con aquéllas. Tres años se demoró la Justicia en dar la razón a la UCM, condenando a la Comunidad a pagarle cerca de 70 millones de euros.

A pesar de esta sentencia y del pago que la CM ya se ha obligado a efectuar, el equipo gobernante de la UCM continúa empeñado en su política intransigente y antisocial, negándose al diálogo y a la negociación con los representantes de los trabajadores y prohibiendo asambleas y concentraciones. La inyección económica que la UCM acaba de recibir en virtud de las sentencias condenatorias a la CM la colocan en la mejor situación económica, con diferencia, del resto de las universidades públicas madrileñas. Ya no hay, por tanto, excusa ninguna para mantener los precios abusivos de los másters o para continuar castigando a su plantilla con bajadas de salarios y con amenazas de despidos, como acaba de ocurrir recientemente.

A pesar de su discurso pro servicios públicos, el rector de la UCM mantiene la misma política contraria a la universidad pública que el gobierno de la Comunidad de Madrid y de la nación. No es el único: en el momento de redactar este texto, la Universidad Politécnica de Madrid acaba de anunciar el próximo despido de 301 trabajadores de su plantilla. En protesta, han

renunciado dos decanos de esta universidad: el de la Facultad de Actividades Físicas y del Deporte, y el director de la Escuela de Ingenieros Aeronáuticos. Nuestra felicitación por este gesto que les honra y el deseo de que la lucha de los trabajadores de la UPM impida estos despidos abusivos y, sin duda, injustificados.

Conclusión

La gestión del rector José Carrillo al frente de la UCM está resultando estrepitosa. No hay miembro de la comunidad universitaria —salvo alguno del equipo, y cada vez menos— que no esté en desacuerdo con su política.

Pero el profesor Carrillo no es el único responsable de esta situación insostenible que ha provocado. Hay una segunda responsabilidad, no menos grave por su significado y trascendencia: el sindicato que lo aupó a rector. Es decir, Comisiones Obreras. Por ello, esta central tiene una deuda pendiente con quienes creyeron en su discurso y en el de su candidato. Sería un gesto de honestidad que le honraría hacer una declaración pública de reconocimiento de errores y petición de disculpas a la comunidad universitaria por haber apoyado a un candidato hace justo lo contrario de lo que prometió en campaña y contradice de principio a fin su programa electoral.

Por ello, es preciso también formular una segunda petición, que es una exigencia: por su ruptura de los compromisos con los trabajadores y con los estudiantes de la UCM; por las promesas incumplidas; por el incumplimiento absoluto de su programa electoral; por su complacencia ante los mandatos del gobierno de la Comunidad de Madrid; por su falta de voluntad para defender la universidad pública; por su incompetencia para sacar adelante la UCM, por favor, señor rector, por honestidad, por dignidad suya, de su equipo y de la universidad, deje el cargo, dimita, convoque nuevas elecciones. Reconozca que se ha equivocado: quienes sufrimos las consecuencias de su política, la práctica totalidad de los miembros de esta universidad, se lo vamos a agradecer y mucho.

[«Fabián Estibáñez» es trabajador de la UCM. Debido a la deriva autoritaria que ha tomado la universidad con el equipo del rector Carrillo, este artículo está firmado con pseudónimo, con el fin de evitar futuras represalias]

1/3/2013

Ensayo

Marta Camps Calvet

Entrevista a Francisco Fernández Buey

Recuperamos para el boletín de mt.e de este mes una interesante entrevista que Francisco Fernández Buey concedió hace un decenio en torno a la figura de V. I. Lenin. El texto puede ser considerado un complemento del n.º 119 de la revista mientras tanto, el monográfico en homenaje a PFB.

* * *

Lenin, figura histórica

¿Cuáles fueron las corrientes ideológicas que influyeron directamente en la figura de Lenin? Es decir, ¿me podría explicar un poco el Lenin de juventud premarxista?

Probablemente, la primera influencia que tuvo Lenin fue la de los populistas o “narodniks”, que habían desempeñado un papel importante en la Rusia de los años setenta-ochenta. Incluso por motivos familiares, porque su hermano estaba directamente vinculado a esta forma de resistencia, populista o “narodnik”, ante el absolutismo zarista. O sea que yo diría que la primera influencia fue esta, y inmediatamente después ya la lectura de Marx y de los marxistas de la época.

¿Qué nuevas aportaciones hizo Lenin respecto a la teoría de Marx y Engels? Sobre todo en lo que se refiere a la idea de partido.

Yo creo que la aportación principal de Lenin es, en primer lugar, una aplicación de la teoría económica, como decía Marx, de la ciencia económica, a el análisis de las condiciones económico-sociales de la Rusia de comienzos de siglo. Este punto es importante, porque probablemente la primera aportación substancial de Lenin es su análisis del desarrollo del capitalismo en Rusia, y este análisis está muy inspirado en el punto de vista económico de Marx. Y esto es anterior a cualquier juicio que hagamos sobre otras aportaciones. La segunda, y yo creo que la más importante, digamos que es

su teoría política. En Marx hay muchos apuntes, muchas consideraciones, muchas cosas interesantes para una teoría del partido, pero Marx no tuvo partido, y este es un punto importante; conoció, pues, la Liga de los Comunistas, estuvo allí unos meses; conoció la Primera Internacional, pero esta tampoco era un partido en un sentido propio, y, por lo tanto, Lenin es probablemente de los primeros que se han planteado el asunto específico de lo que podía ser un partido político socialdemócrata, que era la palabra que se usaba inicialmente en 1903, en 1905, y esto yo diría que muy adaptado a las características específicas de la situación rusa de la época. Hay otras aportaciones a la teoría marxista del partido; por ejemplo, la de Rosa Luxemburg. Pero la de Lenin es una consideración del partido específicamente adaptada a las condiciones del absolutismo zarista de la época, a la necesidad de un partido clandestino y con una organización profesional muy específica; esto no estaba en Marx. Esta es una novedad, quiero decir radical; esto no estaba en la obra de Marx.

Lenin aportaba nuevos aspectos ideológicos a la teoría marxista. ¿Qué factores de la realidad con que se encontró lo llevaron a hacer estos nuevos planteamientos, algunos contradictorios con la visión de Marx?

Tanto como contradictorios con la visión de Marx yo no lo diría. Aquí haría una precisión que sería la siguiente: se tendría que distinguir entre el Lenin teórico del partido y de la revolución, hasta 1917, y el Lenin estadista. Si consideramos el Lenin teórico del partido, de la revolución y del estado, yo diría que no hay contradicción con la visión de Marx, sino más bien una adaptación de la visión de Marx sobre el capitalismo, sobre el estado y su función en la sociedad capitalista, a condiciones nuevas que estarían caracterizadas por dos cosas. La primera es que Rusia era todavía un país relativamente atrasado en comparación con la Europa central y occidental. Lenin está pensando en una situación considerablemente distinta de la que era la situación en Alemania, a Francia, a Inglaterra. Y dos, que es una cosa que Marx difícilmente podía prever, aunque ya en el *Manifiesto comunista* está la previsión, digamos, de una cierta globalización del capital y del capitalismo, pero que no podía prever en la forma en que se produjo, que es el paso a una nueva fase del capitalismo, lo que Lenin y otros de su época llamaban "imperialismo"; esto es muy importante, porque también no es que esté en contradicción con la visión de Marx, es que es una ampliación importante de la visión de Marx. Y aún existiría otro factor también importante que no podía prever Marx, que es lo que representó la Primera Guerra Mundial, del 14 al 19; la consideración de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial fue clave para la formación de una teoría política y de una filosofía social en Lenin. O sea que, en resumen, yo diría: no hay contradicción; hay una ampliación desde el punto de vista de Marx. Se podrían ver contradicciones, por ejemplo, pues, en su formulación de la teoría del

partido, pero no tanto porque esto entre en contradicción con lo que Marx dijo, sino porque Marx dijo muy poca cosa sobre este tema.

¿Por qué Lenin no mostró interés por la Revolución de 1905? ¿Qué carácter tenía para Lenin esta revolución?

Bien, yo esto no lo diría, no diría que no mostró interés por la Revolución de 1905. Yo diría que la Revolución de 1905 sorprendió a Lenin como a mucha otra gente, no solamente a Lenin; la verdad es que la Revolución de 1905 sorprendió a casi todo el mundo, sorprendió también a Rosa Luxemburg, por ejemplo. Y ¿por qué? Pues porque la Revolución de 1905 tiene un origen muy complicado, es una revolución de carácter muy espontáneo que tiene sus raíces en la protesta en parte de los campesinos y en parte de los trabajadores contra el zarismo, pero que viene desencadenada por la participación de personas como Gapon y gente de estas características que no tenían nada a ver con la resistencia social y política de la época. En este sentido es en el que se puede decir que a Lenin le sorprendió la Revolución de 1905, pero que mostró mucho interés por la Revolución de 1905 queda demostrado por el hecho que inmediatamente después escribió mucho. Caracterizó la Revolución de 1905, pues como una revolución inicialmente democrático-burguesa antiabsolutista, digamos, un poco haciendo la comparación histórica con lo que fue la primera Revolución Francesa, la revolución del 89. Y, claro, consideró que esta no era una revolución socialista, una revolución proletaria, en el sentido que no se podía decir que la vanguardia de esta revolución fuera el proletariado. Probablemente, lo que Lenin no vio con toda la dimensión que tenía fue el carácter de una de las instituciones claves de la Revolución de 1905, que es el nacimiento de los soviets en una forma aún muy espontánea. Y eso sí, como que Lenin tenía una concepción muy, como decirlo, muy cerrada del partido político como organización, ante esta forma abierta del soviet, que no era ni el sindicato característico de las sociedades europeas occidentales ni el partido político de profesionales en el que él pensaba, sí que tuvo problemas para interpretar qué significaban los soviets en 1905.

Lenin creía que se podía pasar, en el caso de Rusia, de una sociedad semifeudal a una socialista sin pasar por la dolorosa fase capitalista. ¿Piensa que la revolución de octubre de 1917 forzó la historia?

¿Si lo pienso yo? Sí, sí que lo pienso, y creo que Lenin también lo pensaba. Quiero decir, esta idea de que se podía pasar, en el caso de Rusia, de una sociedad semifeudal a una sociedad socialista es una idea muy extendida en la Rusia de la época. Creo que se podría decir que muy extendida en Rusia desde los años ochenta del siglo XIX. Esta era una idea que tenían ya los populistas rusos desde Chernichevski, y el problema aquí es que Marx ya de

viejo llegó a pensar también esto en cierto modo. Cuando Vera Sassulich consulta a Marx si Rusia se podría ahorrar los sufrimientos del capitalismo, pues Marx, en 1880, se lo pensó mucho cómo contestar a esta pregunta. ¿Por qué? Porque era una pregunta complicada para el mismo Marx, sobretodo era complicada porque Marx había escrito en el volumen I de *El Capital* pasajes que parecían dar la idea que para llegar al socialismo era absolutamente necesario pasar por una etapa capitalista. Marx y también Engels hicieron la precisión en este momento, hacia el 80 del siglo XIX, que era posible en Rusia pasar de una sociedad semifeudal a una sociedad socialista, siempre y cuando, y esta era la condición, la revolución rusa coincidiese con la revolución en la Europa occidental; estaban pensando en Alemania, en Francia, en Inglaterra. Y lo dijeron muy explícitamente: si se produce esta coincidencia, probablemente Rusia podría ahorrarse los sufrimiento de...; esta idea, pues, Lenin la heredó de Marx. Ahora bien, hacia el 17, Rusia no era ya solamente una sociedad semifeudal; Rusia era dos cosas al mismo tiempo: en gran parte una sociedad semifeudal, pero en gran parte una sociedad con puntas de desarrollo capitalista importante. Y, pensando en ello, Lenin reconstruyó la teoría, digamos, pensando en la posibilidad de que, en esta ambigüedad entre las dos cosas, se podría llegar a una fórmula que fuese intermedia entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista. Por esta razón habla de una cosa que en la Europa occidental parece como contradictoria, esta idea de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado, que, claro, en nuestro lenguaje es una cosa un poco extraña, esto de dictadura democrática, que quería decir una formación social y económica revolucionaria con una vanguardia proletaria sobre un océano de campesinos, de payeses pobres; de todas formas, la verdad es que, hacia el 14-15, Lenin no tenía demasiadas esperanzas en una revolución inmediata en Rusia; cuando estalló la Primera Guerra Mundial, la verdad es que Lenin, llegó un momento..., y lo dijo explícitamente: “Yo ya soy viejo como para ver...”, etc., etc. Lo que cambió la cosa radicalmente fue la guerra, fue la Primera Guerra Mundial, fue esta inesperada cosa que los campesinos y los obreros durante la guerra, llegó un momento que, dada la situación en la que estaban, girasen las armas contra el zar y contra sus dirigentes. Y, en este sentido, yo creo que sí que se puede decir que el octubre de 1917 forzó la historia. Bien, de hecho, podríamos decir que todas las revoluciones han forzado la historia, no solamente esta, también la Revolución Francesa fue un forzamiento inesperado de la historia.

¿El hecho que la “dictadura del proletariado” en la URSS no llevara a la extinción del estado como Lenin predice en El estado y la revolución, y, en cambio, hubiera un crecimiento de la burocracia, un peligro que Lenin denuncia en su Testamento, se puede explicar sólo por las causas externas, o hubo de internas?

No, yo creo que hay de internas, yo creo que hay de internas. Veamos, esta idea de la extinción del estado, que es una idea no solamente de Lenin, sino también de Marx, que correspondería a la etapa superior del socialismo, o sea el comunismo, pues no fue formulada ni por Marx ni por Lenin con demasiada precisión; de hecho, cuando Lenin publica *El estado y la revolución*, las personas que se interesan más por este punto de vista son los anarcocomunistas, digamos, de la época. Había pocos socialistas en Europa que pensasen en la posibilidad de la extinción o desaparición del estado; en Alemania probablemente nadie. Normalmente, la tradición socialista, después socialdemócrata, más bien pensaba en la función, como decirlo, educativa y renovadora del estado alternativo, de "otro" estado, pero no pensaba en la extinción o desaparición del estado. Esta idea de la extinción o desaparición del estado es más bien anarquista o anarcocomunista. Ahora bien, *El estado y la revolución* es, por así decirlo, una declaración de principios generales. Cuando después de la revolución, los bolcheviques se encuentran en una situación real que es, primero, de guerra civil y, después, de cerco militar exterior, lo que hacen inmediatamente es reforzar el estado. Cambian muchas cosas, pero se encuentran en una situación, como decirlo, de necesidad. Entre que hubo una situación de necesidad, que esto tiene que ver con las causas externas, i que no hubo una teoría precisa sobre cómo tenía que evolucionar el estado para llegar a la extinción, pues la verdad es que las dos cosas juntas lo que hicieron, sobre todo inmediatamente después de la muerte de Lenin, que en el *Testamento* la verdad es que ya vio que esto no iba nada bien, es una prolongación de lo fue el estado zarista con una nueva forma. ¿Por qué? Porque tuvieron que recurrir a funcionarios del viejo aparato del estado existente, y ello condicionó muy mucho la cosa. Se podría ir un poco más allá, quiero decir, es probable que, ya en la discusión que tuvieron Marx y Bakunin sobre esto de la dictadura del proletariado y la extinción o desaparición del estado, el mismo Marx ya "no hilara muy fino", y este "no hilar muy fino", pues, haya tenido su influencia también en la reflexión del Lenin estadista, no tanto del Lenin revolucionario de *El estado y la revolución*, sino del Lenin del 18 al 22. La prueba es que el Lenin más viejo, no solamente el del *Testamento*, sino el del 21-22, es un Lenin un poco melancólico sobre estos problemas, porque siempre da muchísima importancia a la educación, a la formación, a lo que él llama la revolución cultural, que es básicamente alfabetización del campesinado, no podía ser otra cosa, ¿no?

Si Lenin no hubiera llegado a culminar su acción como revolucionario con el triunfo de la Revolución Rusa y la asunción del poder al frente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, ¿cómo se consideraría su aportación teórica frente a los Plejánov, Kautsky, Bernstein, Bebel, etc.?

Pues la verdad es que no sabría como responder a esta pregunta, porque se ha contestado de formas muy diferentes. Yo diría que hasta los años setenta

de este siglo [el XX] el hecho que Lenin hubiera culminado su acción como revolucionario con el triunfo de la Revolución Rusa ha sido el motivo para considerar que Lenin era uno de los grandes teóricos y prácticos de la política del siglo XX; después, cuando se fundió el sistema socialista en estos últimos años, pues la consideración de Lenin ha cambiado completamente. Hoy nadie diría, o muy pocos diríamos, que Lenin fue un gran teórico de la política y probablemente una de las personalidades políticas más importantes del siglo XX, o sea que yo supongo que, si esto no hubiera ocurrido, pues sí que se consideraría desde hace mucho tiempo que, en comparación con Kautsky, Bernstein, Bebel, etc., que Lenin fue un romántico sin importancia desde el punto de vista político como a veces se considera a Guevara o a otros que han perdido. Es muy difícil contestar a una pregunta como esta, porque normalmente eso que llaman el juicio de la historia está directamente condicionado por lo que pasa hoy. Siempre se hace un juicio desde la situación actual. Ahora bien, yo creo que desde un punto de vista estrictamente comparativo entre Plejánov, Kautsky, Bernstein y Lenin se podría decir lo siguiente, independientemente del asunto de si habría triunfado o no habría triunfado: probablemente, desde el punto de vista teórico general, Kautsky es más potente que Lenin. Y la prueba es que muy probablemente sin la teorización de Kautsky no hay Lenin. Ahora bien, desde el punto de vista de la teoría política y de la concepción de la política, yo creo que, independientemente de esta cuestión, Lenin, todavía hoy, es mucho más importante que Kautsky. Kautsky fue sobre todo un teórico. Lenin fue mucho más que un teórico de la política, fue un dirigente de la acción muy importante en el siglo. Pero esto, ya digo, independientemente de que haya triunfado o no haya triunfado.

¿Podría explicar brevemente la importancia histórica de la figura de Lenin, más allá de los análisis de combate —positivos o negativos— que se hacen de su figura?

Pues ya he dicho alguna cosa de ello. Lo esencial creo que es muy difícil a la hora de analizar la figura histórica de Lenin hacer abstracción de los análisis de combate, es muy difícil, porque Lenin fue un hombre de partido y con una concepción del mundo de la política muy explícito, y no hay quien pueda escribir o tratar sobre la figura de Lenin que no se sienta desde el primer momento motivado por la simpatía o antipatía del personaje desde el punto de vista político. Lo mejor en estos casos es ver qué dijeron de él sus contemporáneos y comparar qué dijeron. Y la verdad es que son muchos los contemporáneos de Lenin, y no estrictamente marxistas ni necesariamente marxistas, que reconocieron que esta era una figura histórica de primer orden. Decir después que esta ya no es una figura histórica de primer orden porque las cosas fueron de otra forma de la que pensaba Lenin es como decir que Napoleón no tuvo ningún tipo de importancia. Resumiendo, desde mi

punto de vista, Lenin estaría entre las cinco, seis personas del siglo XX más importantes desde el punto de vista político.

Lenin y la sociedad actual

¿Qué papel tienen en la izquierda actual las teorías de Lenin? Y en lo que se refiere a los partidos autodefinidos marxistas-leninistas, ¿tienen ahora alguna validez?

Esto ya me resulta más difícil, la verdad. Bien, la izquierda actual, y ¿qué es eso? La izquierda actual o ya no sabe quién era Lenin o en general no le interesa. Hay personas, individuos y pequeños grupos, y sobre todo no en Europa, en América Latina, que aún tienen interés por las teorías de Lenin, pero yo diría que, si por izquierda actual entendemos la izquierda entre comillas europea, el papel de las teorías de Lenin es 0,1. Y partidos autodefinidos marxistas-leninistas en este momento pienso lo mismo, es que son muy pocos los partidos autodefinidos así en Europa; otra cosa es en otros continentes. Por ejemplo, el Partido Comunista de Colombia sigue considerando que Lenin es el más grande del siglo XX, y Sendero Luminoso, y seguramente hay más. Pero la izquierda, así, en general, yo creo que ya ha abandonado Lenin hace demasiado y que ya no ni tan solo se lee, o sea que cómo pueden saber cuáles son las ideas de Lenin. Si haces la prueba de ir a una librería barcelonesa o madrileña a comprar las obras de Lenin no las encontrarás, bien, encontrarás un par de biografías más bien recientes, ya desde la consideración del final del mundo comunista, pero las obras de Lenin, no. Hasta los años setenta las podías encontrar en cualquier librería de Barcelona las obras completas, o una selección de las obras. En este momento... No sé, por ejemplo, *El estado y la revolución*, que sería una de las obras más interesantes de Lenin, hace aproximadamente tres años que un editor barcelonés me dijo: "Podríamos hacer una nueva edición de *El estado y la revolución*, y han pasado tres años y no se ha hecho.

En un momento histórico como el actual, en el que parece que las contradicciones propias del capitalismo no traen cambios sociales, ¿piensa que el voluntarismo ideológico propuesto por Lenin podría ser útil? ¿O quizá la etapa actual del neoliberalismo, con la globalización, apunta hacia una posible crisis, como ya anunciaba Marx?

Bien, yo creo que sin voluntad no hay revolución. Quiero decir, eso que las contradicciones internas del capitalismo sea globalizado o menos globalizado pueden llevar a la revolución y al socialismo yo no lo creo, y creo que Marx tampoco. Cuando Marx hablaba del "viejo topo", pues no pensaba solamente en las contradicciones internas del propio sistema, pensaba que la gente, proletarios y no solamente proletarios, se movilizarían; eso tiene a ver

directamente con la voluntad. Bien, una cosa es la voluntad y otra cosa es el voluntarismo ideológico; aquí la discusión estaría en cuándo pasamos de la afirmación de la importancia de la voluntad y la subjetividad de los individuos al voluntarismo ideológico. Por cierto, yo pienso que Lenin no es un voluntarista ideológico; a mi me parece que Lenin fue sobre todo un gran analista político y muy poco ideológico, porque una cosa es la afirmación constante de los principios, de las convicciones morales y políticas, y otra es esto del voluntarismo ideológico. Es posible que Lenin no haya sido el principal dirigente marxista o comunista de la época en poner en primer plano la voluntad. Mucho más voluntarista que Lenin era Gramsci, por ejemplo, y otros. En cualquier caso, yo no creo que la actual etapa del neoliberalismo, con la globalización, apunte hacia una crisis si por crisis se entiende exclusivamente una crisis económica; si por crisis entendemos una crisis en un sentido más profundo, cultural o sociocultural, pues a veces sí. Pero, en cualquier caso, una nueva crisis del capitalismo globalizado sin voluntad de transformación revolucionaria o radical no conducirá, pienso, a otra cosa que a una nueva forma de fascismo, como pasó en los años veinte-treinta. Esto, digo, si no hay la voluntad explícita de transformación radical y revolucionaria en un sentido alternativo a la sociedad existente, y desde este punto de vista yo pienso que, llamémosle voluntad concreta o voluntarismo ideológico como dices tú, esto es necesario. Sin esto no habrá cambios importantes.

Lenin afirma: "Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario"; ¿piensa que la izquierda actual tiene construida o está construyendo una teoría que pueda dar lugar a transformaciones económico-sociales? ¿O contrariamente piensa que la izquierda, utilizando palabras de Lenin, actúa por espontaneísmo?

Yo creo que es verdad que sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario. Creo que la izquierda no tiene aún, bien, que la izquierda sin comillas, que la izquierda de verdad, que la izquierda que se opone de verdad al capitalismo, no tiene aún una teoría; tiene teorías en plural, en competición y discusión; no tiene una teoría revolucionaria. Esto está claro; tiene una importante capacidad de análisis de las contradicciones del sistema, pero no tiene una teoría revolucionaria, y la prueba de esto es que hoy en día la palabra revolución ha desaparecido de la mente de casi todo el mundo. A veces se habla de revolución o de revolucionarios retóricamente, en contextos digamos que no tienen gran cosa a ver con lo que se dirá a continuación sobre lo que hemos de hacer. Por lo tanto, desde mi punto de vista estamos en una fase, o la izquierda está en una fase, más bien de resistencia, no de elaboración de una teoría revolucionaria. La prueba de ello es que la palabra equivalente hoy en día a revolución o a revolucionario es desobediencia, civil o no civil, pero desobediencia. Solamente de manera muy minoritaria, y normalmente cuando es de manera muy minoritaria con más voluntad que

teoría, por decirlo así, se podría hablar de carácter revolucionario. Espontaneísmo no estoy seguro, no creo que la izquierda actual sea muy espontaneísta, la verdad, al menos en Europa; es más bien conformista más que espontaneísta.

Según Lenin, el partido de cuadros con un núcleo dirigente muy claro es el único que puede conducir a una revolución desde el principio hasta al final. ¿Piensa que los partidos con esta estructura han llevado a fracasos? ¿Es un modelo útil para la izquierda actual?

Pues pienso que sí que han llevado a fracasos, que más allá del éxito del partido de Lenin, en la mayoría de los casos este tipo de partido de cuadros con un núcleo dirigente muy claro, pues ha fracasado. Estoy convencido que el Lenin de 1922 ya lo pensaba. Quiero decir que una de las últimas intervenciones de Lenin, me parece que fue en el IV Congreso de la Tercera Internacional, ya apunta a este problema cuando hable del peligro de la rusificación de los partidos en Europa, lo dijo muy explícitamente. Reconoció que eso era un error. Yo creo que tenía razón, y creo que el único dirigente comunista que de verdad ha dado la importancia que tenían a las palabras de Lenin el 1922 fue Gramsci, que fundó en esta consideración de Lenin la idea que para una sociedad en la que el estado no lo es todo, sino que hay muchas "casamatas", como decía él, y la sociedad civil no es tan gelatinosa como era en Rusia, el caso de Alemania, Francia, Inglaterra, la misma Italia o España, un partido exclusivamente de cuadros con un núcleo dirigente fuerte es insuficiente; hace falta un partido más grande, digamos, no exclusivamente de cuadros profesionalizados. Por precisar un poco más, seguramente se podría decir que este tipo de partido solamente ha tenido éxito, o ha jugado un papel positivo, en situaciones de clandestinidad, quiero decir, en situaciones de dictadura: en Italia en el momento del fascismo, en España en el momento del franquismo, en Grecia en el momento de la dictadura, en Portugal en el momento de la dictadura, pero después de esta fase me parece muy evidente que esto, este tipo, este modelo, es insuficiente y que no vale para la izquierda actual.

Todo el impulso revolucionario del siglo XX parece que haya desembocado en estos movimientos tan heterogéneos como los que se reúnen bajo el término antiglobalización. ¿Usted lo ve como un avance positivo o realmente es la constatación de un fracaso?

No, yo lo veo como un avance positivo. La constatación del fracaso es anterior al nacimiento del movimiento antiglobalización. Quiero decir, todo el mundo hablaba de derrota, fracaso, desbandada, lo que quieras, precisamente antes del surgimiento del movimiento antiglobalización. Tal era la fragmentación, la sensación de derrota y todo esto. O sea que, desde este punto de vista, a mí

me parece que se ha de considerar que por heterogéneos que sean estos movimientos, y aunque el término antiglobalización tampoco es muy apropiado, porqué, ¿cómo decirlo?, este es un movimiento de movimientos, tiene una parte positiva, no solamente “anti”, crítica de la globalización. Y en este sentido yo pienso que es un avance positivo y una esperanza. Es lo que vino después del reconocimiento del fracaso y de la derrota, y probablemente tiene una virtualidad, que es que, por primera vez en mucho tiempo, con independencia de las diferencias ideológicas, políticas, etc., en este movimiento hay una línea de actuación concreta y, además, unificada. Todavía está por ver, claro, porque no creo que haya motivo de idealizar Porto Alegre, el foro social mundial y todo eso, pero hay cosas importantes, por ejemplo, la convicción muy extendida que en este movimiento se está esbozando una forma de democracia alternativa a la democracia formal representativa existente, una transformación al menos de la democracia formal representativa en democracia participativa. Y, en esta transformación de la democracia representativa en democracia participativa, yo veo un potencial de transformación social importante.

Por cierto, ¿este movimiento tan heterogéneo recuerda de algún modo la Primera Internacional?

Pues sí, es a lo que más se parece. No es, digamos, la Primera Internacional en el sentido que probablemente es aún más heterogéneo que la Primera Internacional. Pero, si tenemos que hacer comparaciones con las internacionales que en el mundo han sido, se parece más, mucho más, a la Primera que a la Segunda, o a la Tercera o a la Cuarta. Sí, sí.

¿Usted cree que es posible en algún lugar del mundo, con un imperialismo tan dominante, que una estrategia como la bolchevique pudiera llevar al triunfo de la Revolución? ¿O tenemos que considerar que episodios como las revoluciones del siglo XX son hechos arqueológicos?

Bien, esto son dos preguntas. Primero la segunda, yo no creo que episodios como las revoluciones del siglo XX sean hechos arqueológicos; hay tantas veces que se ha afirmado que se ha terminado para siempre la época de las revoluciones y después ha habido más, que no me atrevería a hacer afirmaciones de este tipo, no se tiene que descartar. Y es posible que hoy en día, en algunos de los países de América Latina todavía se producen situaciones revolucionarias que recuerdan otras del siglo XX; aún no sabemos bien qué pasará en Venezuela, qué pasará en Colombia, qué pasará en Perú, qué pasará en Uruguay o Paraguay, o en Ecuador, de aquí a unos años. Yo creo que en estos países ha pasado de nuevo muy a primer plan lo que podríamos llamar la lucha de clases y no está descartado que haya episodios revolucionarios; ahora bien, también es verdad que las revoluciones no se

repiten, la Revolución Rusa no tuvo nada a ver con la Revolución Francesa; después, con posterioridad, se hace la teoría comparativa, pero fueron muchas las diferencias; lo que sí creo que modelos como el del Palacio de Invierno del octubre del 17, pues probablemente no se producirán, pero no descartaría otros episodios revolucionarios. En cambio, sí que descartaría que una estrategia como la bolchevique pueda llevar al triunfo de la revolución hoy en día, no creo que esto sea ya trasladable a la situación actual. Probablemente ya no lo era en los años veinte-treinta en una parte importante del mundo, así que hoy menos aún. Por ejemplo, ni la revolución china, ni la revolución cubana han sido continuación de la estrategia bolchevique. Mao Tse-tung inicia una Larga Marcha que dicen que es más bien una retirada estratégica que tiene muy poco a ver con el proceso revolucionario en Rusia. Y lo que hicieron Fidel Castro y Guevara en Cuba, pues tampoco es comparable a lo que pasó en la Revolución del 17. Así que han sucedido demasiadas cosas como para pensar que una estrategia como la bolchevique pudiera llevar al triunfo de la revolución en el siglo XXI, no lo creo.

5/2003

José A. Estévez Araújo
La Unión Europea en perspectiva

El presente texto fue publicado en el n.º 118 de la edición en papel de mientras tanto

* * *

1. Introducción

La editorial Akal ha traducido este año un libro de Perry Anderson titulado “El nuevo viejo mundo” [1]. La obra fue publicada originariamente en inglés el año 2009 [2]. Con posterioridad, la *New Left Review* realizó un simposio sobre la misma. Perry Anderson escribió, entonces, un artículo a propósito de los comentarios y críticas de quienes analizaron su libro. Dicho artículo lleva el título de “A Posteriori”. Está traducido al castellano y puede leerse en la edición española de la *New Left Review* [3].

“El nuevo viejo mundo” es fundamentalmente un estudio histórico sobre el origen, evolución y perspectivas de la Unión Europea. Pero contiene también capítulos específicos sobre Francia, Alemania, Italia, Chipre y Turquía. De hecho, esa combinación del análisis nacional con el análisis europeo fue una de las peculiaridades que llamó más la atención de los comentaristas. Se trata

de una característica muy novedosa dentro de la literatura dedicada a la Unión Europea, pues no resulta fácil articular ambos niveles de análisis. Aquí nos centraremos sobre todo en los hitos principales del proceso de integración europea como elemento que permite entender la situación actual de la Unión y sus repercusiones en España así como en plantear algunas perspectivas de futuro.

El objetivo político del libro, tal como ha señalado el propio Perry Anderson, es ofrecer un texto a la vez claro y crítico sobre la Unión Europea. En general los libros dedicados al análisis de las instituciones o las políticas europeas suelen ser muy técnicos y exigen un grado elevado de especialización por parte de los lectores. Por otra parte, en la literatura sobre la UE predomina el "pensamiento único". Las actitudes disidentes quedan claramente puestas en evidencia y generalmente conllevan el ninguneo del heterodoxo en el ámbito académico de los estudios europeos.

2. La Comunidad Económica Europea: una construcción por arriba

Tras la Segunda Guerra Mundial, no se quiso repetir el error de Versalles. El tratado que puso fin a la Gran Guerra consideró a Alemania culpable del conflicto y la sancionó al pago de indemnizaciones. El coste de las reparaciones de guerra y la humillación del tratado fueron un elemento de desestabilización de la República de Weimar y un caldo de cultivo para el extremismo nacionalista y el nazismo.

El antecedente inmediato de la comunidad económica europea fue la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) creada el año 1951. El objetivo de esta institución era conciliar los intereses siderúrgicos de Francia y de Alemania. Se trataba de que pudieran compartir sus recursos complementarios de carbón y mineral de hierro. La contraposición entre los intereses franceses y alemanes en el ámbito siderúrgico había sido una de las causas de las guerras mundiales.

Junto al deseo de evitar que se produjeran nuevos conflictos devastadores en Europa, otros factores influyeron en la creación de la Comunidad Económica Europea.

Uno de los arquitectos de la construcción europea fue Jean Monnet, cuyo equipo diseñó la CECA, antecesora de la CEE. Monnet era un personaje novelesco procedente del mundo financiero. Anderson ofrece el siguiente retrato del personaje elaborado a partir de los datos contenidos en la biografía de Duchêne **[4]**: "Monnet es una figura más cercana al mundo de André Malraux que al de George Duhamel. Este atildado hombrecillo de Charente fue un aventurero internacional de primer orden que hizo malabarismos

financieros y políticos a través de una serie de espectaculares apuestas, que comenzó con operaciones de aprovisionamiento durante la guerra y con fusiones de bancos, y terminó con los planes de unidad continental y los sueños de un directorio global. Monnet se hizo con los mercados de! brandy canadiense y organizó el suministro de trigo de los Aliados; emitió bonos en Varsovia y Bucarest, y luchó con Giannini en San Francisco; liquidó el emporio de Kreuger en Suecia y consiguió créditos ferroviarios para T.v. Soong en Shanghai; fundó, en colaboración con Dulles, la empresa American Motors en Detroit y negoció con Flick para vender material químico en la Alemania nazi ...” **[5]**. Resultaría paradójico que uno de los arquitectos de la construcción europea fuese un especulador y que, al final, la especulación pusiera fin a la historia de la Unión Europea.

Anderson critica el planteamiento de uno de los historiadores más importantes de la Comunidad Europea, su compatriota Milward **[6]**. Según este autor habría habido un impulso democrático en el origen de la construcción europea. Este impulso habría derivado del “consenso” de los ciudadanos, especialmente de los trabajadores, acerca de las instituciones sociales y las políticas de bienestar. Anderson defiende la tesis de que en realidad la construcción europea se diseñó en las altas esferas. Para él, el término “consenso” utilizado por Milward es una palabra engañosa. El “consenso” no es algo realmente democrático, sino más bien todo lo contrario: denota planteamientos elitistas y no participativos. Monnet sería un símbolo de esta construcción elitista, pues él mismo nunca se sometió a proceso electoral alguno. Los electores fueron consultados de forma directa mucho más tarde del momento de la creación de la comunidad económica europea. La comunidad se creó por el tratado de Roma en 1957 y la primera vez que los ciudadanos pudieron pronunciarse acerca de la misma fue en 1976 en Inglaterra. En realidad el hecho de que Inglaterra no se integrase desde el principio en la comunidad europea es, para Anderson, una prueba de que ese impulso democrático de búsqueda de la seguridad y el bienestar del que habla Milward, no fue un factor influyente en la creación de la comunidad. Si hubiera sido así, los trabajadores británicos habrían presionado para que su país no se desmarcara del proceso de integración europea.

Monnet debía su poder y su influencia al apoyo de Estados Unidos. Estados Unidos quería en esa época una Europa occidental fuerte que sirviera de bastión defensivo frente a la Unión Soviética. Se trataba de un planteamiento basado en los intereses derivados de la llamada "Guerra Fría". Por lo que cuenta Anderson, Eisenhower dijo que el día de la firma del tratado de Roma fue un día incluso más feliz que el de la victoria contra el régimen nazi. No obstante, el apoyo estadounidense a la construcción europea fue retirado tras la crisis de los años 70, en la época de Nixon y Kissinger. Estados Unidos empezó a ver entonces la Europa integrada como un peligroso competidor y

desde entonces ha intentado torpedear todos los avances del proceso de integración.

Otro de los factores que impulsaron la creación de la Comunidad fueron los intereses nacionalistas franceses y alemanes. Los franceses querían tener controlada a Alemania y los alemanes querían ser reconocidos como un régimen legítimo y mantener abierta la posibilidad de la reunificación.

3. El Acta Única: la exportación del neoliberalismo thatcheriano a la Comunidad Europea

Inicialmente la construcción europea tuvo un cierto carácter social. Eso no significa que a la Comunidad se le asignaran competencias en materia de políticas sociales. Pero si existía entre sus miembros un consenso en favor de las políticas keynesianas y del estado social. Todo esto desaparece a partir de los años 80, especialmente desde el momento en que se firma el Acta Única en 1986. Este tratado fue en parte resultado del fracaso del proyecto reformador del primer gobierno de coalición entre los socialistas de Mitterrand y los comunistas en Francia. Los mercados internacionales no permitieron la puesta en práctica de su programa de gobierno que implicaba, entre otras cosas, la nacionalización de la banca. Mitterrand adquirió conciencia de la pérdida de soberanía del estado y se "convirtió" al europeísmo y dio un giro hacia la disciplina liberal ortodoxa.

El Acta Única, cuyo objetivo fue la creación del mercado único, sirvió para implantar a nivel europeo las políticas neoliberales de desregulación de los mercados desarrolladas por la señora Thatcher en Inglaterra. Ese no era probablemente el objetivo de Delors, el principal impulsor del tratado. Su pretensión era más bien trasladar el modelo corporativo a nivel europeo. Pero el resultado final del proceso de creación del mercado único fue la implantación del neoliberalismo en la Comunidad Europea.

4. Maastricht y la moneda única: poner el neoliberalismo fuera del alcance de la democracia.

Las negociaciones que llevaron a la firma del Tratado de Maastricht y a la creación de una moneda única hay que analizarlas en el contexto del derrumbe de los regímenes del Este, la caída del muro y la reunificación alemana.

Anderson utiliza los datos proporcionados por Bernard Connolly en su libro *The Rotten Heart of Europe* [7]. Connolly es un alto funcionario de la UE de ideología neoliberal, contrario a la unión monetaria y que conoce bien los entresijos de las negociaciones que se llevaron a cabo en los años ochenta y

que condujeron al tratado de Maastricht.

Tras la crisis del sistema de Bretton Woods, la Comunidad Europea necesitó instaurar algún mecanismo que asegurase una cierta estabilidad en el cambio entre las diferentes divisas. El más elaborado de todos ellos, que dio paso a la unión monetaria, fue el Sistema Monetario Europeo. Teóricamente este sistema era un mecanismo simétrico. Las diferentes monedas podían fluctuar respecto a las otras dentro de unas determinadas bandas. Cuando una moneda se acercaba al límite superior o inferior de dicha banda, los bancos centrales de los países afectados debían intervenir comprando o vendiendo moneda para restablecer la situación de equilibrio. Sin embargo, como señala Connolly, el funcionamiento real del sistema monetario europeo era asimétrico. En la práctica, las monedas fuertes no intervenían y el peso de la recuperación del equilibrio recaía sobre los países con monedas débiles. Por otro lado, el marco alemán servía de punto de referencia para todas las demás monedas y, por consiguiente, el Bundesbank ejercía una cuasi-soberanía de facto sobre la política monetaria europea **[8]**.

Según Connolly, la entrada de España en el sistema monetario europeo en 1989 fue contraria al interés económico de las empresas y trabajadores del país. El nivel que se fijó para la peseta erosionaba la capacidad de combatir las presiones inflacionarias. España perdió competitividad y el resultado fue una recesión y el correspondiente aumento del desempleo. Connolly dice irónicamente que la decisión debió ser saludada con júbilo por las empresas francesas y alemanas. La única razón de la entrada de España en el sistema monetario europeo en esas condiciones fue la potenciación de la figura europea de Felipe González **[9]**. El coste de su ambición personal lo tuvo que pagar muy caro el conjunto del país (y en cierto modo lo seguimos pagando todavía).

En el año 1988 el Consejo decidió crear un grupo de estudio para la implantación de la moneda única europea. El comité estaba integrado por los gobernadores de los bancos centrales de los países comunitarios y presidido por Jacques Delors. Delors tuvo la habilidad de utilizar a favor de su proyecto de moneda única la ambición y el ego de los gobernadores. La creación de la moneda única exigía que los bancos centrales fueran independientes del gobierno. Eso daría más poder a los gobernadores de los bancos centrales que todavía no habían conseguido ese estatus. Además, los gobernadores tendrían un papel importante en la toma de decisiones del futuro Banco Central Europeo (BCE). En el informe final ni siquiera el gobernador del *Bundesbank* se opuso a la creación del BCE. Incluso el gobernador del Banco Central británico estampó su firma en el informe **[10]**.

La independencia de los bancos centrales respecto del gobierno y del

parlamento es uno de los dogmas del neoliberalismo. Los neoliberales intentan evitar con ello que los bancos centrales se utilicen para financiar el déficit de los estados como ocurría en la época del keynesianismo. Los gobiernos no podrán ordenar darle a la manivela de fabricar billetes, ni modificar los tipos de cambio o los tipos de interés. Esto beneficia a los mercados financieros y a los inversores extranjeros: el interés principal de ambos es que la moneda en la que invierten no se devalúe vía modificación de los tipos de cambio o por medio del aumento de la inflación para que sus inversiones no se vean perjudicadas.

Por otro lado, se pretende que los estados se vean obligados a acudir a los mercados financieros para obtener fondos. Eso somete a todos los países del mundo al poder de veto de dichos mercados. Estos pueden condicionar las decisiones en materia de política económica poniendo así en crisis tanto la soberanía estatal como la democracia. Por último, la financiación de los estados es un gran negocio en sí mismo, aparte de las ganancias que las entidades financieras pueden obtener por medio de las actividades especulativas. En este sentido, hay que tener en cuenta que, al contrario de lo que normalmente se piensa, en los mercados financieros se puede ganar mucho no sólo especulando al alza, sino también a la baja. Es decir, se puede ganar dinero consiguiendo que determinados títulos bajen de precio. Eso es lo que se está haciendo hoy en día con la deuda de los países periféricos de la zona euro. Un ejemplo sencillo de especulación a la baja sería el siguiente: un *broker* de una entidad financiera puede pedir prestados a otra entidad unos títulos que no posee para atender la demanda de un cliente. Si el valor de esos títulos baja antes de que tenga que devolverlos, podrá comprarlos por un valor inferior al que ha obtenido de su venta. De ese modo, podrá devolver los títulos prestados y obtener un beneficio más o menos sustancioso.

Al final, el diseño de la moneda única fue fruto fundamentalmente de un acuerdo franco-alemán. A Alemania le interesaba que le permitieran llevar a cabo la reunificación y Francia quería acabar con la soberanía de facto que ejercía el Banco Central alemán en la política monetaria europea. Alemania, sin embargo, impuso unas duras condiciones para la creación de la moneda única. Los "criterios de convergencia" que debían cumplir los países que desearan entrar en el euro eran muy exigentes. Se referían al volumen de la deuda pública, del déficit y de la inflación. Pero Alemania admitió que se estableciera una fecha fija para la introducción de la moneda única: 1999. Eso, en la práctica, significó permitir a los estados maquillar sus cuentas y "centrifugar" la deuda para cumplir formalmente con los requisitos en el plazo previsto. Una vez instaurado el euro, el "Pacto de Estabilidad" debería asegurar que el déficit y la deuda pública se mantuvieran dentro de límites estrictos so pena de fuertes multas por parte de la Comisión. Pero esto también se aplicó de forma laxa cuando Francia y Alemania incurrieron en

déficits mayores de lo permitido. La situación actual, como sabemos, es completamente diferente.

La entrada en el euro significaba para el país que lo decidiera la pérdida de la soberanía en materia económica. Los estados implantaron el euro en 1999 y la nueva moneda empezó a circular el 2001 (Grecia se incorporó al euro en 2002). Los Estados que entraron en el euro perdieron la capacidad de emitir moneda, de devaluarla, o de fijar los tipos de interés. Se creó el Banco Central Europeo, independiente, cuyo único mandato era el mantenimiento de la estabilidad de los precios.

La creación de una moneda única no llevó consigo la armonización fiscal. Eso, unido a la libertad de circulación de capitales, generó una dinámica de competencia a la baja en la imposición de las grandes fortunas y de las empresas. Así, por ejemplo, el déficit fiscal de Francia antes de la crisis no se debía a un aumento del gasto público, sino a una disminución de los ingresos como consecuencia de las rebajas fiscales a los ricos y a las empresas. En un informe reciente se calcula que en los paraísos fiscales están depositados entre 21 y 32 billones (millones de millones) de dólares **[11]**. Si se tiene en cuenta que el PIB mundial en 2011 fue de unos 78 billones de dólares y el de la Unión Europea de 15 billones se podrá uno representar la magnitud de dicha cifra.

La creación de la moneda única tampoco llevó a la creación de un presupuesto europeo digno de ese nombre, ni a políticas de convergencia real entre los países de la Unión Europea, ni a políticas redistributivas a nivel europeo, ni a la creación de una deuda pública europea. Las consecuencias de estos gravísimos defectos de diseño se están poniendo de manifiesto en la actualidad con especial virulencia como veremos.

El coste de la reunificación alemana se cifra en 1 billón (1 millón de millones) de dólares. Este dato fue ocultado inicialmente a la opinión pública alemana por parte de Helmut Kohl, quien afirmó públicamente que la reunificación se realizaría a coste cero. Pero hay que tener en cuenta por ejemplo que los ahorros y los salarios de los habitantes del este de Alemania se cambiaron a razón de un marco occidental por uno oriental, lo que supuso un enorme dispendio.

Alemania siguió una política de "represión salarial" entre 1998 y 2006. Los salarios reales disminuyeron durante siete años consecutivos disminuyendo así los costes por unidad de producto. Mientras tanto, los salarios en el sur de Europa subieron durante ese período. Eso determinó una pérdida de competitividad de los productos españoles, italianos, portugueses o griegos, que no pudo ser compensada por medio de una devaluación de la moneda.

Dos factores que ayudaron a esta presión sobre los salarios fueron la propia unificación y la ampliación de la Unión Europea hacia el este. La reunificación alemana significó la aparición de una masa de trabajadores cualificados sin empleo como consecuencia del desmantelamiento de las industrias de Alemania del este. La ampliación hacia el Este (quizá sería más exacto llamarla "colonización") hizo posible la deslocalización de las plantas productivas hacia los nuevos países, que tenían una mano de obra cualificada y un nivel salarial mucho más bajo que el alemán. Así, los salarios en el sector automovilístico de Eslovaquia eran una octava parte de los que percibían los trabajadores alemanes. La amenaza de trasladar las plantas a otro país fue un eficaz elemento de presión sobre los trabajadores y los sindicatos para que aceptaran rebajas salariales y jornadas de trabajo más prolongadas.

La recuperación alemana llegó en el año 2006 y el país germano se convirtió en ese momento en el principal exportador de la Unión Europea. La economía alemana pudo a partir de ese momento ejercer el dominio en el seno de Europa. Se daban las condiciones para la creación de un *Grossmacht* regional.

Hay que recordar, además, la responsabilidad de Alemania en la descomposición y la guerra civil en Yugoslavia. El proceso se agravó como consecuencia del reconocimiento unilateral de Eslovenia por parte del estado alemán en 1991. Eso ponía de manifiesto que, después de su reunificación, Alemania iba a tener un comportamiento más "asertivo" en el ámbito de la política internacional.

5. El proyecto de Constitución Europea: la falta de democracia en la Unión Europea.

Anderson señala acertadamente que la expresión "déficit democrático" no describe adecuadamente la situación de la democracia en la Unión Europea. Se trata de un eufemismo puesto en circulación por los eurócratas para maquillar lo que es pura y llanamente una ausencia total de democracia aderezada con algunos simulacros de consultas populares.

El funcionamiento de las instituciones de la Unión Europea tiene un sesgo eminentemente oligárquico. Los lobbies tienen un enorme peso en las decisiones de la Comisión, especialmente desde la aprobación del Acta Única en 1986. Anderson señala que de los lobbies presentes en Bruselas el 90% son representantes de los intereses de las empresas. Sólo el 5% actúa en nombre de movimientos ecologistas, feministas, o sindicales [12]. El Parlamento Europeo, único organismo elegido por sufragio universal, no tiene la iniciativa legislativa y sólo cuenta con un poder de reformulación y veto de los proyectos elaborados por la Comisión y aprobados por el Consejo. Sus debates no son objeto de atención por parte de los medios de comunicación.

No existen partidos políticos a escala europea. Los lobbies, sin embargo, sí que ejercen una fuerte presión sobre los parlamentarios. Todo esto tiene como consecuencia, entre otras cosas, el desinterés de los ciudadanos europeos por las elecciones al parlamento, desinterés que se manifiesta en los bajos índices de participación. También tiene como consecuencia el absentismo de los propios parlamentarios europeos, que asisten a sus sesiones en porcentajes escandalosamente bajos.

Las normas europeas se generan realmente en el COREPER (Comité de Representantes Permanentes en la UE) donde se reúnen los emisarios de los países europeos y los funcionarios de la Comisión. El COREPER cocina las decisiones que adoptará formalmente el Consejo prefabricando un consenso sobre las mismas. Esto conlleva un enorme grado de secretismo en las negociaciones. Con ello los ejecutivos de los países miembros gozan de un enorme grado de discrecionalidad, sin control por parte de los parlamentos de sus países ni de la opinión pública. Anderson considera que esto significa no sólo la desaparición de la democracia, sino también la desaparición de la propia política. En las negociaciones diplomáticas entre países, aunque exista secretismo, se producen discrepancias, enfrentamientos y rupturas. En la Unión Europea, sin embargo, todo se cubre con un manto de aparente unanimidad. La ausencia de una dialéctica gobierno-oposición a nivel europeo **[13]**, así como la falta de atención de los medios de comunicación respecto a la inmensa mayoría de las decisiones que se adoptan en la Unión Europea agravan el problema. Además, los problemas que trata la UE se han presentado durante la mayor parte de la vida de esta institución como cuestiones técnicas que tienen que ser resueltas por expertos. La tecnocracia justifica la falta de democracia.

Además de la falta de control de los ciudadanos de los países miembros sobre las decisiones que se adoptan en la Unión Europea, estas condicionan las decisiones que pueden adoptarse a nivel nacional. Esto resulta meridianamente claro en la actualidad, en el contexto de la crisis económica. Pero en otros momentos no ha resultado tan evidente para la ciudadanía. Sin embargo, la implantación de un modelo neoliberal a nivel europeo desde 1986 ha sido uno de los factores determinantes de la "laminación" de los sistemas asistenciales en Europa. Como consecuencia de esto y de la ampliación hacia el Este, en la actualidad el coeficiente de Gini, que mide el grado de desigualdad, es mayor en la Unión Europea que en Estados Unidos.

La falta de democracia en la Unión Europea se ha puesto de manifiesto especialmente en el caso de las "farsas" de las consultas populares. Las instituciones europeas siempre han adoptado la postura de que si el resultado de los referéndums era contrario a sus planteamientos, lo que debía hacerse era "disolver al pueblo". Esta actitud profundamente antidemocrática se puso

claramente de manifiesto en el caso del proyecto de Constitución Europea. Cuando los sondeos pusieron de manifiesto la fuerte oposición al documento por parte del electorado francés, se hicieron una serie de maniobras para presionar sobre su decisión. Se organizó una ceremonia de ratificación en el Senado alemán a la que asistió el antiguo Presidente de la República francesa Giscard D'Estaing, a su vez Presidente de la Convención que elaboró el proyecto de Constitución Europea. Un grupo de intelectuales alemanes encabezados por Habermas y Günter Grass publicaron un escrito en diversos periódicos europeos presentando una visión apocalíptica en el caso de que en Francia triunfara el no. Eso sería un suicidio para el país francés, significaría también el incumplimiento de un deber hacia las víctimas de las guerras y las dictaduras europeas. En el caso de Holanda el tono de las admoniciones subió todavía más y se llegó a decir que un no al proyecto de constitución significaría la vuelta de Auschwitz (un ejemplo de este tipo de escritos puede encontrarse traducido en el libro de Habermas [14]. Se trata de un texto elaborado por Habermas y Derrida y publicado en diversos periódicos europeos. Uno de los autores que lo suscribieron y promovieron fue Fernando Savater.)

Finalmente el tratado de Lisboa aprobó los contenidos de la constitución europea por medio de la ratificación de los parlamentos y sin la participación de los ciudadanos. (La única excepción fue Irlanda cuya constitución exige que los tratados europeos sean sometidos a referéndum). La presión ideológica dentro de la Unión Europea es tan intensa que puede hablarse con propiedad de "pensamiento único". Como señala Connolly, cuando se implanta un patrón único en la "opinión pública", el disidente queda puesto en evidencia y puede ser fácilmente identificado y señalado con el dedo. La propaganda cuasi-totalitaria ha sido utilizada sistemáticamente por la Unión Europea.

6. A Posteriori

En su libro, Anderson cita a una serie de intelectuales que auguraron un futuro enormemente prometedor para Europa en el siglo XXI. Sin embargo, la situación actual de la Unión Europea, al borde del colapso, pone de manifiesto la falta de fundamento de esas previsiones tan optimistas. El libro pretendía con esto llevar a cabo un "ataque sistemático contra el narcisismo europeo" como el propio Perry Anderson ha señalado [15].

En el artículo "A posteriori" se amplifican las críticas contenidas en el libro contra los planteamientos de Habermas, en especial los textos incluidos en el volumen titulado *Zur Verfassung Europas* [16]. Las críticas a Habermas se refieren fundamentalmente a dos de sus tesis. La primera es la consideración de la actual crisis de la eurozona como una manifestación de la "astucia de la

razón", que permitirá profundizar la integración europea. En efecto, Habermas afirma literalmente que "La expansión supranacional de la solidaridad cívica depende de los procesos de aprendizaje que, como es posible esperar de la crisis actual, pueden ser estimulados por la percepción de las necesidades económicas y políticas. Mientras tanto, *la astucia de la razón económica* ha puesto en marcha, al menos, una comunicación interestatal" [17]. La segunda tesis que critica Perry Anderson permite inscribir a Habermas dentro de los narcisistas europeo. El filósofo alemán considera que la unión europea puede ser el germen de una comunidad cosmopolita global. Dicha comunidad se construiría siguiendo el modelo de la integración europea. Así, en un paso de su libro, Habermas afirma que "La estructura históricamente sin precedentes de la UE sería el bosquejo de una sociedad mundial constituida políticamente (...). Por ejemplo, la imagen de una cooperación constituyente entre los ciudadanos y los estados muestra el camino por el que la comunidad internacional de los estados actualmente existente podría convertirse en una comunidad cosmopolita en el sentido pleno del término" [18]. Realmente resulta difícil de entender que alguien como Habermas pueda poner como modelo de proceso constituyente participativo la construcción de la Unión Europea. Perry Anderson lo atribuye a que el filósofo es "víctima de su propia eminencia" [19] y está rodeado de admiradores que le adulan lo que la ha llevado a una pérdida absoluta de su capacidad autocrítica.

7. La crisis en la zona euro y la situación actual.

Para Anderson la crisis actual de la Unión Europea es el resultado de dos series de procesos. Por un lado, obviamente, la crisis financiera del año 2008 y sus consecuencias, para cuya comprensión recomienda la lectura de los análisis de Robert Brenner [20]. Por otro lado, y en el ámbito específicamente europeo la propia forma en que se construyó la moneda única en un contexto de fuertes desequilibrios entre los países de la zona euro. Esto condujo a una afluencia de capitales desde los países del norte rico hacia los países periféricos. La pérdida de confianza en el cobro de estas deudas a partir del año 2008 hizo estallar la crisis.

En efecto, como señala Cesaratto [21], la creación de la moneda única iba destinada a favorecer este movimiento de capitales tras el fracaso del Sistema Monetario Europeo. Al haber una moneda única en la eurozona desaparecería el peligro de que los tipos de cambio entre las divisas se modificasen. Además, los bajos tipos de interés del banco central europeo y la alta inflación de los países periféricos hacía que en realidad los préstamos no tuvieran prácticamente intereses.

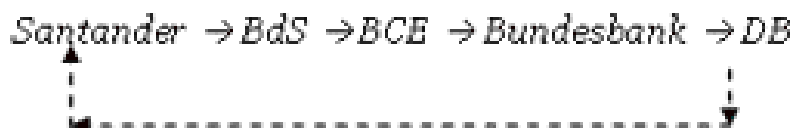
En el caso español, como en el de otros países periféricos, la creación de la moneda única favoreció que los bancos españoles recibieran créditos de los

bancos alemanes. Estos préstamos iban, en parte, dirigidos a financiar las importaciones de bienes alemanes. De esta manera, la economía alemana en lugar de actuar de "locomotora" de la economía europea ha actuado de "vagón de carga" de la misma. En lugar de importar, toda su política económica se dirige a la exportación. La moneda única, la baja de los salarios y la contención de la inflación por debajo de la media europea hace que para los países periféricos resulte muy difícil ser competitivos frente a los productos alemanes. Como dice taxativamente Cesaratto: "Alemania está jugando sucio"

Con la burbuja inmobiliaria, los bancos españoles empezaron a conceder grandes créditos a los promotores inmobiliarios. A su vez, los bancos españoles obtenían préstamos de los bancos alemanes para financiar estos créditos. En el contexto especulativo de la burbuja inmobiliaria, los créditos a los promotores inmobiliarios y los préstamos de los bancos alemanes se refinanciaban sistemáticamente. Cuando estalló la burbuja, los bancos alemanes dejaron de renovar los créditos y quisieron recuperar el monto de las deudas de los bancos españoles. Por eso, a través de las instituciones europeas y bajo la presión del gobierno alemán se ha obligado al estado español a que transforme la deuda privada de los bancos españoles con los bancos alemanes en deuda pública. Ese es el secreto del "rescate" de instituciones como Bankia. Obviamente, la situación española sería muy distinta en la actualidad si los capitales extranjeros en lugar de dedicarse a la especulación inmobiliaria y al consumo se hubieran dedicado a modernizar la economía, invirtiéndose en potenciar los avances tecnológicos y la transformación ecológica de la economía.

Un problema interesante que plantea este artículo es cómo es posible que se dé una crisis de la balanza de pagos entre países con una moneda única. Como dice el autor, ni Cerdeña ni Calabria incurrieron nunca en una crisis de la balanza de pagos una vez que se instauró la moneda única en Italia y se unificó el estado italiano. Tampoco entre las regiones españolas hay problemas de "balanza de pagos". Para entender esta paradoja, hay que tener en cuenta la forma como se realizan los pagos interbancarios en la eurozona. Dichos pagos se efectúan por medio de un mecanismo denominado TARGET 2 (T2). El mecanismo funciona del siguiente modo: imaginemos que un banco español, por ejemplo el Santander, tiene que realizar el pago correspondiente a una importación de bienes alemanes por parte de uno de sus clientes. El Santander solicita, entonces, al Banco de España que transfiera una parte de las reservas que tiene allí depositadas a un banco alemán, por ejemplo el Deutsche Bank (DB). Esta transferencia se realiza a través del Banco Central Europeo y el Bundesbank acredita la cantidad correspondiente al DB. Como el Banco de Santander ha perdido reservas obligatorias y el DB las ha aumentado, lo que ocurría hasta el año 2008 es que el DB prestaba el dinero

al Santander. El esquema que representa el proceso, incluido en el texto de Cesaratto es el siguiente ("BdS" serían las siglas correspondientes al Banco de España en italiano):



Pero a partir del año 2008 los bancos alemanes dejaron de prestar dinero a los bancos españoles (y a los de otros países periféricos). Cuando los préstamos vencen y los bancos alemanes no lo refinancian, los bancos españoles tienen que acudir al banco central europeo en busca de liquidez. En el banco central europeo se encuentran depositados en forma de reservas los “superávits” de los bancos alemanes. Estas reservas las utiliza el BCE para prestar dinero a los bancos españoles. Este proceso lleva a un nuevo aumento de las reservas de los bancos alemanes, que volverán a ser solicitadas por los bancos periféricos dando así lugar a una espiral creciente. A finales del año 2011 el Banco Central Europeo tenía 500.000 millones de euros en reservas de los bancos alemanes frente a 400.000 millones de euros de deudas de los bancos periféricos. De acuerdo con los datos más recientes las reservas de los bancos alemanes en el BCE habrían ascendido a 700.000 millones de euros. Obviamente, si la unión monetaria se rompe, esas reservas se convertirían en papel mojado.

El hecho de que el Banco Central Europeo no pueda financiar a los estados, ni comprarles su deuda ha llevado a que la crisis en la Unión Europea haya tenido unas consecuencias muy diferentes a las que ha tenido en Estados Unidos, donde la Reserva Federal puede emitir deuda pública y ayudar a los estados quebrados como California. En la UE, Alemania, a la cabeza de los países del norte, está imponiendo políticas de austeridad de corte neoliberal a los países periféricos.

La crisis ha tenido también unas consecuencias des-democratizadoras en los regímenes de los países afectados. En Italia se ha sustituido un gobierno parlamentario por otro tecnocrático sin realizar elecciones. La situación de Grecia le recuerda a Anderson la que sufrió Austria en el periodo de entreguerras: la imposición de un gobierno por parte de la “Troika” se parece a lo que sucedió en 1922 cuando la Entente envió a Austria a un alto comisionado encargado de dirigir su economía. Por otro lado, la ideología del imperialismo alemán se está empezando a manifestar de forma explícita. En una prestigiosa revista de opinión alemana se compara la situación de Alemania en la Unión Europea con la de Prusia en el imperio alemán. También se ha dicho textualmente que ahora Europa “habla en alemán”.

8. Perspectivas: La "regla de oro" y el mecanismo de estabilidad

Tras la crisis del año 2008, los rescates a los bancos, la recesión económica, y el fin de los préstamos de los bancos de los países ricos de la Unión Europea, especialmente alemanes, a los países periféricos, así como el estallido de la burbuja inmobiliaria en países como España e Irlanda, condujeron a la crisis de la eurozona. Su primera manifestación fue el problema de la deuda griega. Esta crisis se agravó a causa de la especulación a la baja con la deuda griega, primero, y portuguesa, española e italiana, después, por parte de las entidades financieras.

En el año 2010 se introdujo, por medio de un Reglamento, el "Mecanismo Europeo de Estabilización". Este mecanismo preveía la posibilidad de otorgar préstamos a los estados en dificultades. Pero dichos préstamos estaban supeditados a planes de ajuste que debían ser aprobados por las autoridades europeas. El mecanismo contaba con el apoyo del FMI. La situación guardaba similitudes con la de América Latina en los años ochenta: un conjunto de países endeudados, y unos préstamos del FMI que obligaban a cumplir y aplicar los principios neoliberales del llamado "Consenso de Washington".

Así, desde el año 2010 se ha incrementado el poder de control de las instituciones europeas sobre los países de la eurozona. Se han introducido mecanismos más rigurosos para asegurar el cumplimiento del Pacto de Estabilidad. Ese pacto establece un límite del 3% del PIB para el déficit y un límite del 60% del PIB para la deuda que un país puede tener.

En la actualidad están en proceso de ratificación dos tratados que establecerán un mecanismo de estabilización (MEDE) en la Unión Europea y que impondrán una "regla de oro" a los países de la eurozona [22]. La "regla de oro" es la disposición principal del "Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza en la Unión Europea". Consiste en la exigencia de que los estados de la eurozona establezcan disposiciones, preferentemente de carácter constitucional, que automaticen el mecanismo de control presupuestario en el caso de que se superen los parámetros establecidos en el Pacto de Estabilidad. La constitución española ya fue reformada en este sentido antes de las últimas elecciones generales. De acuerdo con el nuevo redactado del artículo 135 CE: "El Estado y las Comunidades Autónomas no podrán incurrir en un déficit estructural que supere los márgenes establecidos, en su caso, por la Unión Europea para sus Estados Miembros. Una Ley Orgánica fijará el déficit estructural máximo permitido al Estado y a las Comunidades Autónomas, en relación con su producto interior bruto."

Los parámetros europeos se han hecho más exigentes al imponer el art. 3 del Tratado el objetivo del equilibrio presupuestario y un límite del déficit

estructural inferior al 0,5 % del Producto Interior Bruto. El Tratado fue firmado en marzo de 2012 por 25 de los 27 estados de la Unión. España autorizó su ratificación por medio de la Ley Orgánica 3/2012, de 25 de julio. Esta ley fue aprobada con los votos del PP, PSOE, CiU, UPyD y PNV. Izquierda Unida se opuso y pidió la celebración de un referéndum.

Parecía que iba a haber dificultad de ratificar este tratado en Francia por la oposición de Los Verdes y de parte de los diputados del Partido Socialista. A finales de septiembre al PS le faltaban cerca de 50 votos (propios, comunistas y verdes) en la Asamblea y 40 en el Senado. El 30 de septiembre se celebró en París una gran marcha nacional durante la cual se reclamó la celebración de un referéndum sobre estos temas.

Finalmente la Asamblea Nacional y el Senado franceses ratificaron el tratado el 9 y el 11 octubre respectivamente. Hollande consiguió su objetivo de no tener que contabilizar los votos de la derecha (que fueron, en cualquier caso, favorables al tratado) para obtener la mayoría. Algunos diputados ecologistas y de izquierda votaron finalmente a favor. Pero 20 diputados socialistas votaron en contra y nueve se abstuvieron. Al final apoyaron la ratificación 477 de los 577 miembros de la Asamblea. En el Senado el tratado obtuvo 306 votos a favor y 32 en contra, fundamentalmente de ecologistas y miembros de la izquierda.

El mecanismo europeo de estabilización (MEDE) ha sido presentado como la contrapartida del Tratado de Estabilidad, como el instrumento para salvar a los estados en dificultades o, incluso, como una manifestación de la "solidaridad" a nivel europeo. Sin embargo, un análisis del contenido del Tratado que lo instituye pone de manifiesto que esta manera de vender el producto no es sino una forma de "publicidad engañosa".

El MEDE, creado por el Tratado Constitutivo Del Mecanismo Europeo De Estabilidad es una organización financiera intergubernamental que gestionará las ayudas a los países de la zona euro en dificultades.

Los dos órganos colegiados más importantes del MEDE son el Consejo de Gobernadores y el Consejo de Administración. Cada país miembro del MEDE nombra uno de los gobernadores y uno de los administradores. Pero los derechos de voto de cada país son diferentes. Se establece un sistema de voto ponderado similar al que rige en el Consejo de Ministros de la UE o en el propio FMI. No rige la regla de un país, un voto. Tampoco tiene cada miembro un poder de decisión proporcional a su población. El número de votos depende del número de acciones del MEDE suscritas por el estado correspondiente, es decir, del capital aportado por dicho estado. La "clave de contribución" (porcentaje de capital) y el número de acciones a suscribir por

cada miembro del MEDE se encuentran establecidos en los anexos I y II del Tratado. La suma de los votos atribuidos a cada estado en función del capital desembolsado es lo que sirve para fijar los quórum y la mayoría simple o cualificada precisas para adoptar las decisiones. Así, Alemania tiene que suscribir 1.900.248 acciones de 100 euros, lo que le dará un 27% de los votos en el MEDE.

Un aspecto especialmente absurdo del MEDE es que todos los países del euro están obligados a aportar fondos de acuerdo con los porcentajes y cuantías establecidas en los anexos. Por ejemplo al Reino de España le corresponde una clave de contribución del 11,9037%, lo que se traduce en la obligación de suscribir 833.259 acciones de 100 € cada una. Es decir, 83.325.900 euros. La pregunta que se plantea es: ¿de dónde van a salir esos más de 80.000 millones de euros? Con toda probabilidad, el estado español tendrá que endeudarse para pagar las cuotas que le corresponde desembolsar al MEDE. Es decir, para tener préstamos del MEDE, tendrá que aportar capital y, para ello, tendrá que endeudarse aún más. Resulta absurdo que los países en dificultades (incluida Grecia) deban aportar fondos a un mecanismo presuntamente creado precisamente para ayudar a esos mismos países.

Los miembros de los órganos directivos del MEDE gozarán de “inmunidad de jurisdicción en relación con las acciones que realicen en el desempeño de sus funciones oficiales” (art. 35.1). El MEDE en sí mismo no podrá ser objeto de investigación judicial alguna y “los archivos del MEDE y todos los documentos que le pertenezcan o estén en su posesión serán inviolables” (art. 32).

Este secretismo y esta impunidad son objeto de comentario por Lidia Undiemi, una economista italiana que analiza el MEDE centrándose especialmente en los aspectos antidemocráticos de su funcionamiento. Su análisis puede escucharse en italiano en el vídeo colgado en el siguiente link: <http://www.youtube.com/watch?v=3ols5fnvHjw> (aunque me resultó bastante chocante que dicho vídeo estuviera precedido, en el momento en que lo vi en Internet, por un anuncio nada menos que del Deutsche Bank).

Las inmunidades de los dirigentes del MEDE y el carácter secreto de sus documentos implican una falta de control democrático sobre las decisiones del organismo intergubernamental. Esta falta de transparencia y responsabilidad es especialmente grave porque las decisiones del MEDE van a condicionar la política económica y social de los países de la zona euro. Se inscriben, además en el marco general de la ausencia de democracia en el seno de la UE, especialmente en la Comisión y el Banco Central Europeo dos órganos que, como veremos, tienen gran capacidad de influencia sobre las decisiones del MEDE.

El artículo 21.1 del Tratado establece que “para la realización de su cometido, el MEDE estará autorizado a tomar fondos prestados de los bancos, entidades financieras u otras personas o entidades en el mercado de capitales”. La cantidad de 500.000 millones de euros susceptibles de ser prestados por el MEDE es claramente insuficiente para resolver los problemas financieros de los estados de la zona euro. Por lo tanto, el recurso a los mercados de capitales es algo que con toda seguridad se va a producir. Esto permitirá a los representantes de los prestamistas (por ejemplo, un banco o un fondo soberano chino) asistir como observadores a las reuniones en las que se establezcan las condiciones para la asistencia financiera del estado solicitante. Por otro lado, esta posibilidad de recurrir a capitales privados unida al secretismo, inviolabilidad e inmunidad de las personas y documentos del MEDE crean un excelente caldo de cultivo para la corrupción. A este respecto, Lidia Undiemi señala el peligro de que el MEDE pueda convertirse, por ejemplo, en un gigantesco mecanismo de blanqueo de capitales.

El Tratado Constitutivo Del Mecanismo Europeo De Estabilidad señala la necesidad de una "cooperación estrecha" con el FMI que se traduce en una participación activa de este organismo tanto a nivel financiero, como técnico. El FMI podrá conceder créditos y puede ser consultado a la hora de elaborar los informes previos a la concesión de “Acuerdos del servicio de asistencia financiera” por parte del MEDE. Así, por ejemplo el FMI puede evaluar la sostenibilidad de la deuda pública de los países solicitantes de dichas ayudas.

En el Tratado se prevén varios tipos de “instrumentos de asistencia financiera” a los estados por parte del MEDE. Estas ayudas pueden consistir en líneas de crédito, préstamos o adquisición de deuda soberana. Constituye una novedad que el MEDE pueda adquirir deuda soberana directamente a los estados además de comprar títulos en los mercados secundarios. En el artículo 15 del Tratado se prevé un instrumento de asistencia financiera específicamente pensado para la recapitalización de las entidades financieras de un estado. Pero de la lectura del texto del tratado en sentido estricto no se desprende que sean los bancos beneficiarios y no los estados receptores quienes respondan de los préstamos concedidos en virtud de este instrumento, tal como se había anunciado inicialmente.

La concesión de cualquiera de los instrumentos de asistencia financiera está condicionada a una evaluación previa por parte del BCE y de la Comisión Europea en la que se determine, entre otras cosas, la sostenibilidad de la deuda pública del país solicitante. La concesión de la ayuda está también sometida a una “estricta condicionalidad”. Los requisitos que debe cumplir el estado solicitante se fijarán en un “Memorándum de Entendimiento” elaborado por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y, en su caso, El FMI. El memorándum será aprobado por el MEDE y deberá ser aceptado por el

estado solicitante. La Comisión Europea, el Banco Central Europeo, y en su caso el FMI velarán por el cumplimiento de las condiciones incluidas en el memorándum.

El “Memorándum de Entendimiento” elaborado en julio por la Unión Europea para el rescate de la banca española puede darnos una idea del tipo de condiciones que puede imponer el MEDE a los estados que soliciten su ayuda para recapitalizar la banca **[23]**. Ese memorándum exigía a España un ajuste fiscal de 65.000 millones de euros en dos años a cambio de prorrogar 12 meses el plazo para reducir el déficit fiscal. Se preveía también un seguimiento estricto de las medidas adoptadas para el cumplimiento de los requisitos establecidos en el Pacto de Estabilidad. Esto va en contra de la propaganda del Gobierno español que ha afirmado que la financiación de los rescates bancarios a través del MEDE sólo impone condiciones que tienen que ver con las medidas a adoptar respecto de las instituciones recapitalizadas.

El memorándum de entendimiento también permite prever cómo se van a distribuir las pérdidas causadas por los bancos deudores entre los diferentes acreedores. Los estados europeos que integren el MEDE defenderán los intereses de sus bancos nacionales con los que tengan deudas los bancos españoles. Eso lo pone de manifiesto el trato que se da a las tristemente famosas “preferentes”. Las preferentes son un tipo de valores que las cajas de ahorro emitieron en su proceso de conversión en bancos, conversión a la que fueron obligadas el año 2010. Las cajas convencieron a muchos de sus clientes de que canjearan sus depósitos por dichas acciones. Pero no les explicaron que esos títulos son diferentes de los depósitos a plazo: no están garantizados como lo están los depósitos, su rentabilidad no es fija, sino que depende de los beneficios de la entidad, y, sobre todo, no tienen un plazo de vencimiento, sino que son perpetuos. Eso se traduce en que cualquier intento de vender las preferentes en el mercado significaría una pérdida del 50 al 60% del dinero invertido. Para beneficiar a los bancos europeos, la Unión Europea ha impuesto diversas condiciones en relación con las preferentes. Por ejemplo ya se ha vetado que los bancos españoles puedan volver a cambiar las preferentes por depósitos. También se ha impuesto la condición de que el canje de las preferentes por acciones ordinarias no debe superar en más de un 10% el valor de mercado de las primeras. En definitiva, a los países poderosos de la Unión Europea, especialmente a Alemania, no les importa que los 700.000 pequeños inversores españoles que compraron preferentes se arruinen. Lo que les interesa es minimizar las pérdidas de sus respectivos bancos.

La ratificación del Tratado Constitutivo del Mecanismo Europeo de Estabilidad, firmado en febrero de 2012, encontraba su principal escollo en el recurso interpuesto ante el Tribunal Constitucional alemán. Finalmente dicho Tribunal

autorizó con condiciones la participación de Alemania en el MEDE. El 27 de septiembre de 2012 el Tratado entró en vigor tras el depósito de los instrumentos de ratificación por parte de Alemania. El Congreso español había aprobado el tratado el 17 de mayo de 2012 con el apoyo de PP, PSOE, CiU y PNV. Los gobernadores del Mecanismo Europeo de Estabilidad, se reunieron por primera vez el día 8 de octubre.

En la situación actual se plantean, según Anderson, dos alternativas extremas para la Unión Europea. La primera sería el desmantelamiento de la unión monetaria. El euro puede desaparecer o mantenerse para los países centrales, siendo expulsados los países periféricos de la moneda única. La segunda sería la transferencia de nuevas competencias y fondos a la unión europea que permitieran ejercer una política fiscal, social y redistributiva a nivel europeo. A los principales impulsores de las políticas de ajuste no les está yendo bien en sus propios países. En Alemania, Merkel está perdiendo todas las elecciones regionales. En Francia, Sarkozy perdió la Presidencia. Sin embargo, la llegada de los socialdemócratas al poder no constituye por sí misma una fuente de esperanza. La actuación de Hollande lo ha puesto claramente de manifiesto. Tendría que darse una movilización social muy fuerte a nivel europeo, algo que parece estar empezando a producirse. Anderson no habla del caso de Islandia, probablemente porque ese país no forma parte de la UE. Pero el camino que siguieron los ciudadanos islandeses al negarse a pagar la deuda de sus bancos en referéndum parece la senda que debe servir de modelo.

Notas

[1] ANDERSON, Perry: *El nuevo viejo mundo*, Madrid, Akal, 2012.

[2] ANDERSON Perry: *The New Old World*, London y New York, Verso, 2009.

[3] ANDERSON Perry: "A Posteriori", *New Left Review* (en español), 73, 2012, pp. 43-54.

[4] DUCHÈNE, François: *Jean Monnet : The First Statesman of Interdependence*, New York, Norton, 1994.

[5] ANDERSON, Perry: *El nuevo viejo mundo*, p. 28.

[6] Especialmente las contenidas en la obra Milward A., *The Reconstruction of Western Europe 1945-51*, Londres, 1984.

[7] CONNOLLY Bernard: *The Rotten Heart of Europe*, London, Faber and Faber, 1995.

[8] CONNOLLY Bernard: *The Rotten Heart of Europe*, cit. pp. 33-34

[9] CONNOLLY Bernard: *The Rotten Heart of Europe*, cit. pp. 80 ss.

[10] CONNOLLY Bernard: *The Rotten Heart of Europe*, cit. pp. 78 ss.

[11] El informe se titula "The Price of Offshore Revisited". Fue elaborado por James S. Henry y publicado por *Tax Justice Network* en julio de 2012. Puede consultarse en: http://www.taxjustice.net/cms/upload/pdf/Price_of_Offshore_Revisited_120722.pdf. Un análisis del informe puede encontrarse en el artículo de Sarah Jaffe "6 cosas que debemos saber sobre los 21 billones (al menos) de dólares que esconden las personas más ricas del mundo en paraísos fiscales", publicado en *Sin Permiso*, el 2 de septiembre de 2012.

[12] Un excelente trabajo sobre la influencia de los lobbies en la UE con estudios de caso muy documentados es el libro de Balanyá, B. y otros: *Europa S.A. :La influencia de las multinacionales en la construcción de la UE*, Barcelona, Icaria, 2002.

[13] Véase al respecto el trabajo de Claus Offe y Ulrich K. Preuss: "The Problem of Legitimacy in the European Polity. Is Democratization the Answer?", publicado en *Constitutionalism Webpapers*, ConWEB No 6/2006.

[14] HABERMAS, J.: "El 15 de febrero, o lo que une a los europeos", en ID.: *El Occidente escindido. Pequeños escritos políticos*, Madrid, Trotta, 2006, pp. 45-53

[15] ANDERSON, Perry: "A posteriori", cit. p. 44

[16] HABERMAS, Jürgen: *Zur Verfassung Europas*, Frankfurt, Suhrkamp, 2011

[17] HABERMAS, Jürgen: *Zur Verfassung Europas*, cit. p. 77 cursivas más.

[18] HABERMAS, Jürgen: *Zur Verfassung Europas*, cit., pp. 85-86.

[19] ANDERSON, Perry: *El nuevo viejo mundo*, p. 45.

[20] BRENNER Robert: *The Economics of Global Turbulence*, Londres y Nueva York, 2006 [ed. cast.: *La economía de la turbulencia global*, trad. de Juanmari Madariaga, Madrid, Akal, 2009]; y «What is Good for Goldman Sachs is Good for America», de 2009 [«Lo que es bueno para Goldman Sachs es bueno para América», incluido como prólogo en *La economía de la turbulencia global*].

[21] CESARATTO, S.: “Il vecchio e il nuovo della crisi europea”, en CESARATTO, Sergio e PIVETTI, Massimo (a cura di): *Oltre l'austerità*, Roma, MicroMega, 2012, pp. 26-43. El artículo está incluido en la segunda parte del libro titulada: “La crisi europea come crisi di bilancia dei pagamenti e il ruolo della Germania”.

[22] Véase al respecto JENNAR, Raoul Marc: “Dos tratados para un golpe de Estado europeo”, en *Le Monde Diplomatique en español*, julio de 2012, p. 10.

[23] Sigo aquí las informaciones contenidas en RAMIREZ, Alejandro: “Rescate bancario a España: la semana en la que todo se dio la vuelta” en *Sin Permiso*, 15 de julio de 2012.

25/3/2013

La Biblioteca de Babel

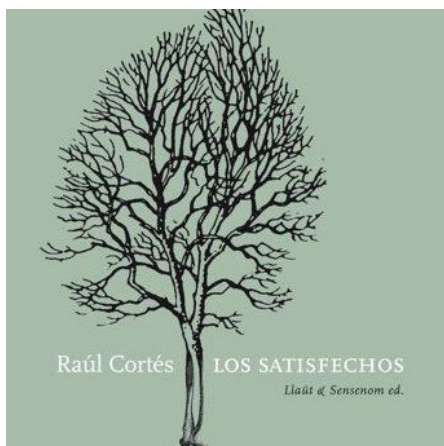
Raúl Cortés

Los satisfechos

Introd. de Pilar Bellido y epílogo de Eugenio Barba

Llaüt&sensenom, Barcelona, 2013, 94 pags.

Violencia sistémica y contra-estética de la jambre



Cuando en los pasillos del Parlamento se discutía si admitir a trámite o censurar una Iniciativa Legislativa Popular sobre desahucios, firmada por casi millón y medio de personas, una pareja de ancianos se suicidaba en su casa ahogados por las deudas. *Carecían de nombre*. Volvemos a coger la cuchara, que reposa sobre el plato de comida, cuando el telediario, acto seguido, sintoniza en directo con un huracán, este sí con nombre, en Estados Unidos. Boquiabiertos comentamos la catástrofe que un pueblo de Philadelphia ha sufrido por las inclemencias del tiempo. La violencia de la naturaleza, ante la que nada puede hacerse, enmascara la violencia que ha causado la muerte de aquellos dos ancianos. Pero aún nos queda un tercer acto: el fundamentalismo islamista retrocede en Mali gracias a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad impuestas a través de la sangre por nuestra vecina Francia, paladín de la democracia europea.

Slavoj Žižek ha mostrado la problemática de la violencia bajo tres ejes categoriales **[1]**: 1) la violencia simbólica que subyace al lenguaje, 2) la violencia sistémica, objetiva y normal circunscrita al ámbito económico y político, y 3) la violencia subjetiva configurada desde la observación cotidiana. Es esta última la que nos deja una huella que ameniza la conversación en la sobremesa: el terrorista que en nombre de una religión se ha inmolado o el torrente de lluvia que ha provocado una decena de muertes. Si la segunda situación nos provoca casi una leve satisfacción («*es allí, lejos, donde se inundan las casas*»), la primera, por el contrario, nos sitúa en una posición de tensión permanente («*mi vecino es de piel oscura, ¿peligra mi vida?*»). Es esta

violencia subjetiva la que impone un velo sobre la violencia sistémica o estructural. El sistema de explotación y dominación económica queda soslayado, ladeado y oscurecido. Es lo *normal*; es lo que se ajusta a la *norma*; es lo que hemos *pactado* en aquel ficticio contrato social.

Un animal hambriento ante una posible comida se la come. El animal-humano ante una posible comida se pregunta, duda, se siente culpable al no saber quién es su dueño. He aquí cuando el individuo hace suya la violencia sistémica. Estos dilemas no solo evitan saciar el hambre sino que nos plantean la situación en la que nos encontramos. Una ética al servicio del capitalismo y no del ser humano en tanto animal (que vive y se desarrolla en un ecosistema). La ética (o, por decirlo con Weber, el espíritu **[2]**) capitalista no se pregunta «¿por qué pasas hambre?», «¿por qué te suicidas?» o «¿cuáles condiciones no te permiten comer lo necesario para seguir vivo?». Esta ética te hace preguntarte por el dueño del plato de comida que tienes frente a ti: sangre frita, ajo, tomate y aceite.

Sobre ello nos habla Raúl Cortés en su última obra bajo el elocuente título *Los satisfechos*. El joven dramaturgo nos adentra en el interior del poder y de sus engaños vestidos de ética, como ya hiciera en otras de sus obras **[3]**, a través de un retrato de la *jambre*. La doble propuesta del teatro de la decepción de nuevo en escena: una contra-ética y una contra-estética de resistencia que nos lleva a la intersección entre teatro y justicia, más allá de los malheridos (pero siempre coloniales) derechos humanos. La pregunta, planteada en el acápite del texto por Wilhelm Reich, no es por qué el hambriento roba, sino por qué no roba. O podríamos decir: por qué no se ocupan casas deshabitadas, por qué no se permite prestar ayuda a quien la solicita, por qué hemos de pasar por el filtro de las instituciones para poder convivir, etc.

Frente a la belleza burguesa, la estética deformada de lo no-bello como lo no-dicho que es capaz de retorcer, degenerar y desestabilizar el sistema. Una contra-estética que denuncia los crímenes contra la humanidad (animalidad) perpetrados por el capitalismo y sus cómplices. Un plato de comida, no precisamente apetecible, aislado en un velatorio, sin un dueño que lo reclame y sin barreras que impidan el acceso para ser comido. Sin embargo, es capaz de dominar el cuerpo y el alma de los ahí congregados: un cura, una prostituta y un sepulturero. Los ausentes son aquellos que no pasan hambre, los que quedan saciados y abandonan los restos de sus banquetes. Las normas (no solo en su sentido estrictamente jurídico, sino también social y moral) de los *satisfechos*, ausentes pero siempre presentes en la boca abierta y en los ojos desenchajados de los tres hambrientos, forjan muros (abstractos) que mantienen inaccesible el plato de comida. La sacrosanta propiedad privada, que hace saltar las alarmas cuando alguien coge un paquete de legumbres del supermercado, nos convierte en ciudadanos débiles, dóciles,

pasivos, manipulables; en definitiva, por decirlo con Juan Ramón Capella, siervos **[4]**.

Tres alimañas se tropiezan en un velatorio. La pesadumbre de la vida se refleja en sus rostros. Se entierra el hambre y con ella también se entierran ellos mismos. Los únicos supervivientes: sus piojos. Trampantoso, el sacerdote, reclama la resignación y el sacrificio como medio redentor para ganarse el Cielo ante aquella propiedad que no les pertenece («Todo, absolutamente todo en la vida tiene dueño. Tiene dueño el cántaro que va a la fuente, y la fuente tiene dueño también. Y hasta el agua que lo colma tiene dueño porque, si no es de nadie, pertenece a Dios. ¡Así que... esperemos!», pág. 28). Piernavieja, gitano y sepulturero de profesión que anda harto de enterrar a muertos ahorcados por la violencia sistémica, reclama comer para vivir («Comer cuando se tiene hambre, venga el pan de donde venga, nunca será robar», pág. 51). La Enjuta, trabajadora sexual (lo que el sistema llama *puta*), media entre aquellos dos piojosos («¿Tan grave es el delito de pasar hambre?», pág. 38). Los tres, el mismo hambriento, discuten sin perturbar el silencio de la noche de aquellos «[el hambre tiene la cara de aquellos] que usan la harina para empolverar sus pelucas, la harina de pan que no preña nuestras mesas» (pág. 42).

Más allá del drama humano, la dramaturgia de Raúl Cortés nos pone sobre la mesa el Yo libre del capitalismo y la ocultación de la imagen vital de la explotación. Efectivamente, el capitalismo inventó al sujeto libre: se produce incesantemente la libertad que ha de ser consumida a cada instancia (libertad de mercado, libertad de comercio, libertad de consumo, etc.). Pero para que funcione se necesitan una serie de tecnologías de disciplina y regulación —por decirlo con Foucault, mecanismos disciplinarios y dispositivos de seguridad **[5]**— que produzcan la población idónea para esta nueva racionalidad de gobierno.

El Yo libre lo es precisamente porque se ha borrado la imagen vital de la explotación. No es que el capitalismo, como cualquier otro modo de producción histórico, no sea un sistema de explotación, sino que, al contrario, ha conseguido naturalizarla, borrar su imagen. De ahí que la lógica del sistema convierta a la huelga o a los sindicatos —los actores tradicionales que eran capaces de mostrar la explotación— en simples espectáculos de un parque temático.

Eso es lo que precisamente se exhibe en esta nueva obra del teatro de la decepción: la falta de libertad del Yo porque precisamente la explotación es visible, a pesar de la ausencia de los satisfechos. Raúl no borra la explotación. Al contrario, la parodia en la *jambre*. Rastrea (y recupera) el aura del teatro, por dura y terrible que esta sea, a través del margen, del artesano y del taller,

y de esta forma desenmascara al sistema. Si, como nos enseña Juan Carlos Rodríguez, la matriz ideológica del esclavismo estuvo constituida por la relación Dueño/esclavo y la del feudalismo por la relación Señor/siervo, la matriz ideológica del capitalismo no puede ser otra que la relación Sujeto/sujeto **[6]**. Si en las dos primeras es bien obvia la situación de desigualdad (se diferencian nítidamente los explotadores de los explotados), en la tercera ambos aparecen iguales. He aquí uno de los logros de la revolución burguesa: la igualdad ante la ley. Pero esta igualdad formal, junto a la libertad también formal del Yo, enmascaran las desigualdades materiales. Por eso la diferencia entre el Sujeto y el sujeto radica en el uso de la mayúscula, esto es, unos son más sujetos que otros y lo son precisamente porque se confunde la realidad histórica con la evolución de la especie. Es aquí cuando se produce la naturalización del sistema.

Por eso los satisfechos están ausentes. No necesitan materializarse en un cuerpo, pues son pura forma abstracta. Podríamos decir, en términos normativos, que se trata de una anomia, de un estado de excepción que ha devenido regla **[7]**. De ahí que los satisfechos sean más sujetos que aquel decadente trío hambriento. Con la simple decisión de arrojar los restos (el detritus) de la comida consiguen explotar a esos sujetos con minúscula. Por eso los ancianos que se suicidan no tienen nombre. Por eso, ante su ausencia, Piernavieja solo pueda clamar: «mi aspecto es la vergüenza de los satisfechos» (pág. 54).

Frente a la violencia sistémica que nos hace plantearnos si comer aquel plato de sangre frita no podemos más que resistir a través de la disidencia y el exilio, como señala Eugenio Barba (Odin Teatret) en el epílogo de la obra de Raúl Cortés. Por decirlo con un concepto benjaminiano, se hace precisa aquella medialidad sin fines en que consiste la violencia pura **[8]**. En una de las acotaciones del texto podemos hallar su rastro: «*horca, exilio o sumisión...Cada cual arderá en la hoguera que elija*» (pág. 38).

Notas

[1] Žižek, S., *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Ed. Paidós, Barcelona, 2009.

[2] Weber, M., *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2003.

[3] Especialmente, Cortés Mena, R., *Trilogía del desaliento*, Ed. Llàüt&Sense, Barcelona, 2010. Sobre el teatro de la decepción desarrollado por el autor, Cortés Mena, R., «Teatro de la decepción», comunicación presentada en las jornadas *Prácticas artísticas-políticas-poéticas, hacia la experiencia de lo común*, 2010.

[4] Capella, J. R., *Los ciudadanos siervos*, Ed. Trotta, Madrid, 2005.

[5] Se ocupa del paso de la razón gubernamental liberal a la neoliberal con la consecuente producción de una sociedad convertida en una disciplinada empresa Foucault, M., *El nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal, 2009.

[6] Desde su prima obra hasta la última publicada, Juan Carlos Rodríguez ha insistido en la historicidad de la literatura y su relación con las condiciones ideológicas características de las formaciones sociales burguesas. Rodríguez, J. C., *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*, Ed. Akal, Madrid, 1974. Su última obra *Tras la muerte del aura (En contra y a favor de la Ilustración)*, Editorial de la Universidad de Granada, 2011, dedica especial atención a la creación del Yo libre y a la ocultación de la explotación, así como a la relación Sujeto/sujeto, pp. 7 a 36.

[7] Se hace referencia a la conocida sentencia de Benjamin: «La tradición de los oprimidos nos enseña que el estado de excepción en el que vivimos es la regla». Benjamin, W., «Sobre el concepto de historia», en *Obras*, Libro I, vol.2, Ed. Abada, Madrid, 2008, tesis VIII.

[8] Benjamin, W., «Por una crítica de la violencia», en *Obras*, Libro II, vol.1, Ed. Abada, Madrid, 2007, pp. 183-206.

[Daniel J. García López es profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Almería. Contacto: danieljgl@ual.es]

Daniel J. García López
12/3/2013

En la pantalla

Simon Klose

TPB AFK: The Pirate Bay Away From Keyboard

Suecia, 2013

AFK (Away From Keyboard) significa, en el *dialecto informático online*, que uno no está en ese momento ante un ordenador. Como dice uno de los protagonistas del filme, implica *en la vida real*, alejado de la intercomunicación informática.

Precisamente la vida de los tres principales encargados del mantenimiento de la página web www.thepiratebay.se a lo largo del proceso judicial en el que se vieron envueltos por infringir derechos de autor es lo que muestra este documental. The Pirate Bay es la mayor página web de ficheros P2P en todo el mundo, y la repercusión de este proceso fue más que notable. El documental nos enseña la vida diaria de los acusados mucho más allá de las fases judiciales.

El filme muestra una visión objetiva y subjetiva a la vez sobre la problemática de la Propiedad Intelectual en Internet. Objetiva porque, a pesar de que el director tiene estrecha relación con los tres acusados, el documental muestra los hechos con el realismo y la complejidad que tienen las relaciones humanas. Podemos ver sus miedos, sus defectos y su falta de valentía, hasta el punto de crear cierta discordia entre los mismos ante el miedo y la tensión del proceso judicial. Vemos cómo éste afecta a la actitud personal entre ellos y cómo el entusiasmo inicial deja paso al cansancio y el hartazgo.

Subjetiva porque hace referencia a un proceso judicial concreto y porque se centra en una parte de la problemática: las páginas web —y quienes están detrás— encargadas de compartir contenidos protegidos por derechos de autor. Los argumentos, opiniones o puntos de vista de quienes defienden posturas contrarias (ciertos autores o la industria hollywoodiense, por ejemplo) son un mero complemento a la historia principal.

Son muchas y diversas las conclusiones que pueden sacarse del film, pero una en concreto puede ser el punto de partida de un debate constructivo. Y es que a pesar de la multimillonaria multa que los acusados deben pagar, a pesar de los meses en prisión a los que son condenados, a pesar de los cierres continuos de la web, ésta sigue todavía abierta, con más usuarios y más archivos.

La desigualdad de riqueza en Estados Unidos

Esclarecedor vídeo que pone al descubierto la cruda realidad de la distribución de la riqueza en Estados Unidos.

4/3/2013

Un corto recortado

Corto sobre los recortes educativos y en defensa de la escuela pública realizado por alumnos y profesores de primaria en Valderrobres (Teruel), con la colaboración de alumnos y profesores de secundaria del IES de la localidad y dirigido por Lorenzo Latorre.

6/3/2013

El extremista discreto

El Lobo Feroz **Pavlov**

Esta mañana me he tropezado con un pariente lejano, un perro doméstico. La verdad es que yo ando hambriento, pues desde que empezó la crisis cada vez se encuentra menos comida donde la suelo buscar (y eso que habito un barrio de clase media); sin embargo aquel perro estaba más que gordo: opíparamente opulento. Mi extrañeza llegó al colmo cuando me dijo que era un perro del instituto de investigaciones de Pavlov. Todo el mundo sabe que los perros de Pavlov están flacos y siempre salivando porque solo comen cuando el investigador toca la campana; éste, sin embargo, no parecía un verdadero perro de Pavlov, de modo que entré en sospechas y le pregunté abruptamente cómo se lo montaba.

—Es muy sencillo: cuando tengo hambre simulo temblar y me pongo a salivar, de modo que el investigador tiene el reflejo de tocar la campana y me da de comer inmediatamente.

Un perro listo. El mundo se puede volver del revés, a condición de que guardes ciertas apariencias. Así, el Psoe se sigue llamando Psoe a pesar de ser en realidad el Partido Social-liberal Obrero Español. El Partido Popular hace la más antipopular de las políticas. O Manel Prat, el jefe de los mossos d'esquadra catalanes, dice que "Quieren desacreditar a los mossos d'esquadra", cuando los desacredita él mismo. Y Botín afirma que *para finales de año* la economía irá mejor, aunque omite que para él. Todos se esfuerzan por desmontar el estado del bienestar para salvar el estado del bienestar. Se privatiza la gestión de la sanidad pública para ahorrar, y no para lucrarse con ella y dar preferencia a los pacientes procedentes de las mutuas privadas. Se endurecen las condiciones de las pensiones para salvar las pensiones. Bárcenas solicita en el juzgado más de 900.000 euros de indemnización por despido improcedente.

Y, hasta ahora, los jóvenes del 15 M y compañía sostienen la política de no intervenir en las elecciones. Deberían ir al instituto de Pavlov, y adquirir reflejos políticos.

30/3/2013

De otras fuentes

Rafael Poch Chávez y Yeltsin

Dejémonos de hipocresías: el principal delito de Hugo Chávez fue ocuparse de los pobres. Todo lo demás, incluso si hubiera sido un caudillo autoritario, como han venido vendiéndonos los *killer-periodistas* de nuestra parroquia con particular encono, se le habría perdonado. Y la demostración es Yeltsin, el presidente Yeltsin de Rusia, ¿se acuerdan?

A diferencia de Chávez, Yeltsin protagonizó una contrarrevolución en beneficio de los ricos. A diferencia del venezolano, sus elecciones y referendos estaban amañados, pero a Yeltsin se le perdonaba todo. Hasta dio un golpe de estado, en octubre de 1993, en el que disolvió a cañonazos el primer parlamento enteramente electo de la historia de Rusia. No solo no fue condenado por ello, sino que fue elogiado. Aun recuerdo la editorial que un diario alemán, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, dedicó al evento. “Sternstunde der Demokratie”, la hora estelar de la democracia, decía, con un cinismo que habría complacido al mismo Goebbels. Era la línea habitual: repasen la hemeroteca euroatlántica, los *Economist*, *Financial Times*, y naturalmente también los nuestros, sobre Rusia a partir del 4 de octubre de 1993 y verán.

A Yeltsin se le perdonó todo, hasta su guerra infame contra Chechenia en la que murieron decenas de miles y donde ciudades como Grozny quedaron reducidas a una especie de Stalingrado. Clinton colaboró, probablemente, en la eliminación del líder independentista checheno, el General Dhojar Dudayev, dirigiendo un misil a partir de una imprudente llamada telefónica que el General realizó con su móvil. Entonces el ejército ruso aún no tenía la tecnología para aquel “tracking”, aquel tipo de rastreo informático-militar...

El segundo gran delito de Chávez, estrechamente ligado al primero, fue desafiar al Imperio. Integrar y coordinar ese desafío con otros países, crear Albas y bancos, desarrollar relaciones internacionales autónomas.

Doscientos años después de su independencia, las repúblicas latinoamericanas apenas ahora comienzan a ejercerla, y no todas. Recordemos que históricamente a los políticos latinoamericanos que emprendieron tal temeridad se los liquidaba, la lista es conocida y no es necesario mencionarla. Y lo mismo pasa en África desde Lumumba, en los sesenta, hasta Sankara, el Sankara de Burkina Faso, asesinado en 1987, ¿les suena el nombre?, pasando por Amílcar Cabral, Ben Barka y tantos otros. Antes de reírse de las sospechas lanzadas desde Caracas sobre el presunto

carácter inducido de la enfermedad mortal de Chávez, uno debería desempolvar los libros de historia. ¿De qué se ríen estos necios?

Desde África, donde ahora mismo se está sufriendo una ofensiva militar imperial para controlar aún más estrechamente recursos y posiciones estratégicas, se ve con cierta sana envidia el avance emancipador que las repúblicas hermanas de América Latina han afirmado en los últimos años; desde Bolivia, hasta Ecuador, de Venezuela a Brasil y Argentina. Que eso no tenga mucho de “socialismo del siglo XXI”, cambia poco el asunto: es un claro avance emancipador, y punto.

En la mayoría en desarrollo de los países del mundo, Chávez va a ser valorado por eso, por esos dos aspectos que en Euroatlántida son pecado. Pero incluso en esto hay matices. En Alemania, por ejemplo, los medios de comunicación no hablan de Chávez con la retrógrada inquina que demuestran los medios y los periodistas del *estáblishment* españolito. Desde luego no lo alaban, pero mantienen una distancia que en España se ha perdido por completo. En muy pocos países de Euroatlántida se utiliza con tanto desprecio como en España la palabra “*tercermundista*” o “*tercer mundo*”, referida a los países en desarrollo que intentan salir de hoyo. El motivo es que España misma era un país “*tercermundista*” hasta hace no mucho.

En la transformación psicológica del españolito medio de los últimos treinta años se ha producido lo que denomino un proceso de “asfaltado mental”: de la misma forma en que nuestros paisajes han sido destructivamente degradados y transformados por el ladrillo, la mentalidad del españolito medio ha perdido cualidades y valores esenciales, vinculadas al sentido de la dignidad, de la solidaridad y del sentido de reacción ante la injusticia. En el país del Quijote creció una nueva arrogancia de nuevo rico, cutre e hijoputecado. España se “*agringó*”.

Ahora que la crisis mundial nos regresa a determinados puntos de partida, ahora que nadamos manifiestamente impotentes en el charco de nuestra propia porquería político-económica, es el momento de reflexionar y de relacionar nuestro charco nacional con el asfaltado intelectual. Si lo hacemos quizás aún estemos a tiempo de retomar aquellas relaciones y complicidades con América Latina que en los años setenta eran tan obvias e indiscutibles. Al fin y al cabo, nuestra creciente condición de “*tercer mundo europeo*”, de sometidos a los designios dominantes de Berlín y Bruselas, de obedientes alumnos aventajados en el cumplimiento de los programas suicidas que la gran banca y el gran capital, incluido el nuestro, imponen a nuestro país en contra de sus intereses nacionales más básicos, toda esa miseria, nos hermana bastante con los amigos del otro lado del Atlántico-Sur. Y actualiza también en nuestra propia casa sus impulsos emancipadores.

Independientemente de cual sea la complicada evolución que se viva ahora, Chávez ha colocado a Venezuela, un país cuyo 80% de la población no existía, no solo en el mapa de América, sino en el del mundo. Yeltsin dismanteló la Rusia soviética, ahora tan añorada por sus garantías sociales, sentando las bases de las grandes convulsiones sociales que aún están por venir en aquel país. Pero, de acuerdo con las circunstancias de nuestro lamentable asfalto nacional, condenamos siempre al primero y aplaudimos en su día al segundo.

[Publicado en el blog del autor en [La Vanguardia](#)]

6/3/2013

Gonzalo Pontón La tiranía de la multitud



El maestro ataca de nuevo. Ahora con ***El futuro es un país extraño***, producto del inmenso trabajo acumulado en *Por el bien del imperio* (P&P 2011) y de su reflexión alarmada ante los síntomas de la inmunodeficiencia social adquirida. Para Josep Fontana los rasgos más visibles de esta patología son la privatización de la política, primero, y la del propio estado más adelante, que se guarece de los ciudadanos tras un fuerte aparato represivo: “Todo apunta a un futuro de retorno hacia una privatización global semejante a la de los tiempos feudales ... [Vamos hacia una] nueva sociedad de la desigualdad”.

Es muy difícil no estar de acuerdo con el gran historiador catalán. Aunque le podemos regatear un poco en lo del feudalismo. En realidad a lo que estamos asistiendo es a las consecuencias de la regeneración de la fe capitalista, tan deturpada desde hace más de dos siglos por debilidades absurdas, renunciadas innecesarias, concesiones arrancadas a viva fuerza o temores irracionales que, en su “época dorada”, le habían hecho caer en un cierto sentimiento

cristiano de culpa. Oportunamente, la luz de Trenton (Estados Unidos) está devolviendo a la fe capitalista su pureza primigenia, aquella que iluminó en el siglo XVIII a Gran Bretaña, su anciana madre. Tras la revolución “gloriosa” (aunque ya venía de antiguo), la aristocracia terrateniente y la burguesía comercial británicas privatizaron la política por el simple procedimiento de apropiársela, enmascarándolo con un camelo de democracia electoral inexistente. El Banco de Inglaterra, la Compañía de las Indias Orientales y la Compañía del Mar de Sur privatizaron luego el estado controlando la Corte, el Gobierno, las dos cámaras del Parlamento y los tribunales de justicia. Los *lobbies* de comerciantes y manufactureros, como la Compañía de Rusia, la Compañía de Levante, la Compañía de la Bahía del Hudson, la Society of West Indies Merchants, la Midland Association of Ironmasters o el West Riding Committee of Worsted Manufacturers transmitían su voluntad al gobierno (que era su hechura) y dictaban las leyes adecuadas al Parlamento (donde se sentaban ellos mismos). En aquel mundo de pureza capitalista, la desigualdad entre los hombres era tan natural como la que se daba entre los zorros y sus cazadores. Los grandes apóstoles del Nuevo Testamento del beneficio a ultranza guiaban a los fieles: “Los hombres son más felices si se hallan en la desigualdad y la subordinación”, escribía el doctor Johnson, al tiempo que anunciaba un porvenir de progreso indefinido. El duque de Devonshire que, cuando no estaba en su castillo rural, vivía en Saint James, en el lujoso palacio que le había construido John Nash, tenía unas rentas de 50.000 libras anuales, mientras que Edward Farmer, deshollinador que vivía en una covacha del East End, sudaba hollín para ganar 12 libras al año. ¿Por qué no? No hay que confundir *the classes with the asses*. A lo largo del siglo XVIII la renta per cápita inglesa creció un 4,5% (cuidado con las estadísticas), pero los impuestos se multiplicaron por 18 en términos reales (también aquí cuidado con las estadísticas). Lo cierto en cualquier caso es que los impuestos directos pasaron de constituir el 36 % de los ingresos de la hacienda, al 16%, mientras que los indirectos, que partían del 26% llegaron al 75% a finales de siglo. Con esta imposición regresiva, el estado (o sea, los que ya sabemos) transfirió desde los consumidores pobres a los grandes financieros el 40% de toda la imposición fiscal, o sea el 5% de la renta nacional británica. Estas transferencias, junto con el diferencial entre precios y salarios, fueron la mayor fuente de financiación de la industria británica. Lo explicó muy bien el mayor economista de aquel tiempo y, por lo que parece, de todos los tiempos: “En una sociedad civilizada [*sic*], los pobres proveen para ellos mismos y para el enorme lujo de sus superiores [*sic*]”. Además, el precariado de la época no tenía de qué quejarse; podía acogerse a las generosísimas leyes de pobres, hospedarse en las fastuosas *workhouses* o residir en las espectaculares cárceles privatizadas, que acogían de buen grado a quienes según la Black Act no sabían respetar la propiedad privada, ni la religión, ni tenían la decencia de pagar sus deudas y arrastraban por las calles sus borracheras de ginebra solo para que Hogarth los dibujara. Hacia mediados de

siglo, casi la mitad de los presos del King's Bench lo estaban por deudas. Si el acreedor no les había esquilmado, podían alquilar una celda individual al empresario-alcaide por cinco libras. Si no, se le hacinaba en una celda común de cincuenta metros cuadrados rebosante de morosos con sus mujeres e hijos, todos infectados de viruela entonces mortal. Ese fue el destino de Robert Castal, el autor de *The Villas of the Ancients*.

En la Canaán del capitalismo, sin embargo, el precio justo del pan equivalía a nuestra actual noción de estado del bienestar. Era una línea roja. Cuando subían los precios se producían de inmediato miles (literalmente) de motines de subsistencia que se concretaban en acciones populares directas, disciplinadas y con objetivos muy bien definidos, como nos explicó Thompson hace ya muchos años. La multitud era pronta y diligentemente masacrada por el ejército. El *Scots Magazine* ya advertía en julio de 1754 que "los pobres siempre están dispuestos a amotinarse y a hacer daño... y no pasará mucho tiempo sin que cometan desmanes". Los cometieron por toda Europa durante doscientos años. El más inteligente de todos los reaccionarios británicos, Edmund Burke, advirtió claramente que el enemigo de su fe siempre estaba al acecho y había que velar para impedir "la tiranía de la multitud". Parece que el capitalismo ha aprendido la lección. ¿Y nosotros, los herejes?

[Fuente: www.pasadopresente.com]

10/3/2013

Ernest Alòs
Entrevista a Josep Fontana⁴

Más desigualdad, menos derechos y más represión para que nadie lo cuestionara. Este es el 'extraño' futuro que el maestro Josep Fontana augura a no ser que los movimientos de contestación social lleguen a poner el miedo en el cuerpo al sistema. De la desigualdad a las crisis, de las crisis a la privatización de los servicios públicos, de la pérdida de derechos ciudadanos a la represión para mantener este nuevo estado de las cosas. Un proceso que empezó en los años 70, que Josep Fontana apuntaba en las conclusiones de su monumental *Por el bien del imperio* (2011) pero al que ahora dedica un breve y amargo volumen, *futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de principios de siglo XXI* (Ed. Pasado & Presente, Barcelona, 2013).

-La tesis ya estaba en su anterior libro. ¿El nuevo es una actualización, un epílogo, un resumen?

-Lo que ha pasado es más bien lo siguiente: cuando acabé aquel libro la crisis siguió avanzando y tuve más claras algunas cosas. Que hay una inflexión muy importante, que posiblemente había intuido pero de la que no había acabado de ver la trascendencia. Acabé aquel libro cuando la crisis teóricamente aún parecía una crisis. Pero es un proceso de mucho más alcance, iniciado en los años 70 y que aquí ha tomado fuerza después de 2008, y por el que se ha aprovechado el tinglado de la recesión para ir a un proceso de destrucción del Estado del bienestar; no solo los costes de la sanidad pública, la educación pública o el sistema de pensiones, sino un cambio en las reglas del juego que vino claramente mostrado con la reforma laboral. La naturaleza de este proceso es de una gravedad y una profundidad que nadie preveía. La esperanza de que pudiese haber algún tipo de cambio de trayectoria no era una esperanza que hubiese desaparecido. En estos momentos, la profundidad del desastre y la evidencia de que se trata de un cambio de larguísima duración, que puede continuar y tener unas consecuencias catastróficas, es una evidencia muy clara.

-Un proceso que empezó en Estados Unidos pero que acaba llegando a Europa, sostiene

-Quería explicar los procesos por los que esto ha ido avanzando, la ocupación de la política por los intereses económicos, que es cada vez más visible. Solo hace falta ver cuál ha sido la reacción de los estados europeos ante la crisis bancaria. Excepto en Islandia, se ha optado por preservar todo lo posible el sistema. Está claro que aquí no había ningún problema de deuda pública hasta que no han asumido la deuda bancaria. El siguiente paso es la privatización del Estado mismo, el proceso de vender a los ciudadanos, y el establecimiento de un sistema represivo eficaz. Debemos darnos cuenta de que esta no es una situación temporal de la que se saldrá. A lo mejor habrá ciertos elementos de crisis que se paren, aunque de momento los síntomas, por ejemplo en Inglaterra, no son esto. Pero incluso si saliéramos de la crisis, el mundo en el que usted vivirá no será el mundo que el que habrá vivido antes de ella, sino que habrá cambiado profundamente.

-Empieza diciendo que en ningún lugar está escrito que las cosas tengan que ir mejor. Pero acaba citando a dos autores que mantienen que la única oportunidad es que el sistema resista que las cosas vayan aún peor.

-Para mí, la reflexión como historiador va más lejos. Fuimos educados en la idea de que la historia era una narración de progreso continuado, pero comienzas a ver que esta historia no era verdad, que hay progresos y descensos y que todo está vinculado básicamente a la capacidad de lucha que hay en cada momento determinado para exigir unos derechos sociales. Que las cosas vayan a peor no es imposible. La única cosa que podría dinamitar esto es que se llegara a un momento en el que se tuviera miedo a que un estallido social profundo pudiera poner en peligro las reglas del juego, como en los años 70 y 80 desempeñó el papel de la amenaza de la URSS a la hora de hacer posible la subversión del sistema. Lo que pasa es que este está bien preparado para evitarlo. Tiene unos recursos crecientes de información y capacidad para atacar y desmontar el tipo de protesta que puede producir.

-¿Y ese miedo no existe ya hoy?

-Se ha acabado una época, la de la vieja política más o menos socialdemócrata, en la que las cosas se negociaban. Es difícil darse cuenta de hasta qué punto durante 200 años ha habido efectivamente unos miedos que han justificado que quienes tenían los recursos en sus manos se aviniesen a negociar. Eran unos miedos irracionales. Pero eran miedos. Ahora, la exigencia a la gente para que se baje los sueldos se está convirtiendo en una cosa sistemática. Se ha acabado negociar. Han decidido que las cosas tienen que cambiar que vamos a un proceso de crecimiento de la desigualdad.

-¿Y los movimientos de protesta?

-Pero no hay alternativas. Que salgan en manifestación chiquillos no importa a nadie. Mientras vayan a la Puerta del Sol o la plaza de Catalunya y sus padres voten al PP o a C no hay nada que hacer. ¿De dónde tendría que venir este estallido social? El movimiento que parecía que iba a ser el futuro, el de Occupy y los indignados, sigue funcionando pero está completamente controlado, en el sentido de que está disgregado. Se están haciendo cosas pequeñas, aisladas, frente a unos medios para controlarlas que son cada vez más eficaces. Y eso que en Europa tienen mucho que aprender de EEUU, seguramente porque tienen pocas amenazas de las que preocuparse. Los movimientos de protesta y de quej son aún de naturaleza muy puntual. Representan solo intereses sectoriales y no consiguen movilizar nada en una gran escala. Movilizarse contra las hipotecas para conseguir la dación en pago es poner una cataplasma. Pueden dormir tranquilos por este lado, y evidentemente duermen tranquilos. Aunque de momento, desde el Ministerio de Justicia empieza, por un lado, a penalizar la protesta de manera que te pueden llevar a la cárcel por cualquier cosa, y por el otro a dificultar los medios de acceso a cualquier tipo de reclamación.

-En su último artículo en EL PERIÓDICO decía que los sobres a los políticos eran la calderilla.

-Lo importante es qué han dado las empresas para lograr contratos y concesiones. Las contrapartidas. El problema es una política comprada por los intereses económicos dominantes y contra la cual nuestra capacidad de reacción es nula, a excepción de la posibilidad de arrancarle alguna concesión mordiendo por aquí o por allá. Se ha pasado a juego de condicionar la política a privatizar el Estado mismo, a convertir esto en un sistema en que serás, fundamentalmente, un individuo que paga por cualquier servicio que necesites.

-¿Entonces podremos hablar de ciudadanía o de servidumbre?

-Sí, en un sentido prácticamente medieval. Examinar lo que sucede en EEUU es bueno porque ves que son reglas de funcionamiento que tardarán un poco más en llegar, porq

el colchón de la protección social es más grande, pero que llegarán. En EEUU les dicen que el nivel de educación es fundamental para lograr un puesto de trabajo bien remunerado y que la educación es cara y que es necesario que pidan préstamos. Y el drama que en EE significa la deuda que los estudiantes no pueden devolver es parecido al de aquí con los desahucios. Este es el grado de perversión de las reglas sociales, mientras el sistema tiene una capacidad increíble para seguir engañando y distrayendo a la gente. El retorno a un sistema feudal es gravísimo. Por eso hablo de crisis social, no económica. Démonos cuenta de que la historia ha dado un giro global, importante, que lleva hacia donde lleva, y que necesaria una toma de conciencia.

-El debate de la independencia, al lado de todo de lo que hemos estado hablando...

-Evidentemente representa una explosión de malestar e indignación que buena parte de la gente canaliza contra un mal gobierno, y como el Gobierno es de Madrid, piensa: «Separémonos, que no iremos tan mal». Es el más grande reconocimiento a ese malestar a que la gente tiene el derecho a decidir. Lo que es penoso e inmoral es que haya políticos que para conseguir sus fines engañen a la gente cuando realmente saben que este camino es inviable y no lo pueden seguir. Suponga usted que, efectivamente, hacemos un referendo y que da mayoría. Entonces, ¿qué hacemos? En un coloquio me contestaron «vayamos a Europa». Sí, donde hay una ventanilla que dice «demandas de creación de nuevos estados», y les llevamos el resultado del referendo... Normalmente ninguna independencia se consigue sin una guerra de la independencia. La separación de Chequia y Eslovaquia fue un hecho anormal que no tiene nada que ver. Las independencias de Yugoslavia se consiguieron con mucha sangre y con apoyo militar extranjero. Pensar que hay un plan viable y realizable que pasa por la celebración de un referendo y posteriormente negociar una separación, hoy día, es una fantasía chinesca.

[Publicado en *El Periódico*, 5 marzo 2013]

5/3/2013